

SELECCIÓN DE TEXTOS HISTÓRICO-POLÍTICOS DE TUCÍDIDES

Alfonso Gómez-Lobo

INTRODUCCIÓN

Tanto los políticos como los filósofos que han estudiado a Tucídides (aprox. 460-399 a. C.) suelen estar de acuerdo en que éste fue un magistral analista de la realidad política. Hobbes no sólo admiraba su obra sino que la tradujo y extrajo de ella algunas de sus ideas matrices, entre ellas, su juicio profundamente negativo sobre toda guerra civil. En la década de 1960 circuló una anécdota que resulta significativa incluso si fuese falsa: que el general Charles de Gaulle mantenía siempre a mano la traducción de Madame de Romilly del texto de Tucídides.

El consenso de los lectores de Tucídides comienza a desintegrarse cuando se intenta precisar en qué consisten exactamente las ideas políticas y las convicciones últimas del gran escritor griego. La falta de acuerdo en torno a esta cuestión más particular es natural porque Tucídides no es un filósofo o un cultivador de la ciencia política (en el sentido moderno de esta expresión), sino un indagador y expositor del pasado, un historiador. Su

ALFONSO GÓMEZ-LOBO. Ph. D. (Munich). Profesor de la Universidad de Georgetown. Autor de numerosos trabajos sobre filosofía griega, entre ellos cabe mencionar su reciente libro *La Ética de Sócrates* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989). Sus trabajos “Los axiomas de la ética socrática” y “El diálogo de Melos y la visión histórica de Tucídides” fueron publicados anteriormente en los números 40 y 44, respectivamente, de *Estudios Públicos*.

intención es “narrar la guerra entre los peloponesios y los atenienses” (I. 1), es decir, poner por escrito un devastador conflicto que sacudió al mundo griego entre los años 431 y 404 a. C.

El proyecto de escribir sobre una guerra no era nuevo. Heródoto (480-425 a. C.) había expuesto la invasión persa del año 480 a. C. y lo había hecho como continuador de la gran tradición épica generada por la guerra de Troya¹. Tucídides sigue los pasos de Homero y Heródoto, heredando de ellos el importante recurso literario de hacer que los hechos vayan flanqueados por palabras, que las grandes proezas vayan acompañadas por discursos de los protagonistas.

En el Libro VII de su *Historia*, cuando Heródoto llega al momento en que se va a iniciar la gigantesca expedición contra Grecia, la narración se detiene y el lector asiste a un debate entre Jerjes y sus consejeros. La discusión supuestamente tiene lugar en Susa, a miles de kilómetros de Grecia, y es tan helénica en su forma y en su teología que no puede caber duda de que se trata de una invención de Heródoto.

La idea de que un historiador invente algo nos parece hoy repugnante. Sin embargo, una breve reflexión sobre el actuar humano nos puede ayudar a entender la generalizada costumbre entre los historiadores antiguos de inventar discursos (este hábito se extiende incluso a *Los Hechos de los Apóstoles*, donde un discurso como el de Pablo ante el Areópago en el capítulo 17 es ciertamente una creación de Lucas)².

Las acciones humanas tienen un rasgo peculiar. Dos actos que desde fuera parecen idénticos pueden ser radicalmente distintos. Un médico puede darle un fuerte analgésico a un paciente moribundo para aliviar su sufrimiento (a sabiendas de que le acortará la vida) y otro médico puede darle a su paciente el mismo analgésico con el propósito de matarlo. En el segundo caso se habrá cometido un asesinato, en el anterior, no.

Si no conocemos las intenciones de una persona, no sabremos qué está haciendo y, por lo general, las intenciones sólo las puede conocer, desde dentro, ella misma³. De allí la importancia de la expresión verbal.

¹ Cf. Alfonso Gómez-Lobo, “Las intenciones de Heródoto”, *Estudios Públicos*, 59 (1995), pp. 65-80. Cito a Heródoto y Tucídides haciendo mención del libro y capítulo de sus respectivas *Historias*.

² Cf. Hans Conzelmann, “Die Rede des Paulus auf dem Areopag”, *Gymnasium Helveticum*, 12 (1958), pp. 118-132. Este importante trabajo aparece en inglés en L. E. Keck y J. L. Martyn (eds.), *Studies in Luke-Acts* (Nashville/Nueva York: 1966), pp. 217-230.

³ No quiero negar, por cierto, la conocida experiencia del autoengaño en el plano de la conciencia.

Sólo si la persona nos dice lo que intenta hacer podremos entender lo que hace. A veces, empero, tenemos que contentarnos con una mera conjetura acerca de lo que esa persona nos habría dicho.

Los discursos atribuidos al rey persa y sus consejeros, por lo tanto, no son una invención arbitraria de Heródoto sino un dispositivo del historiador para comunicarnos sus propias conjeturas acerca de la intención última de Jerjes. A juicio de Heródoto, el rey persa se propone extender su imperio de modo tal que llegue a ser “coextensivo con el cielo de Zeus” (VII. 8). Se trata de un proyecto de suprema arrogancia, *ohybris*, que conviene poner en boca del rey mismo. Los Libros VII, VIII y IX de Heródoto cobran sentido una vez que hemos entendido esto.

Tucídides también intercala numerosos discursos en su narración y sucede con frecuencia que algunas de las observaciones políticas más interesantes aparecen dentro de ellos. Ésta, por cierto, es una de las causas de la diversidad de opiniones que estamos tratando de explicar. ¿Podemos atribuirle a Tucídides mismo, por ejemplo, la concepción del poder que pone en boca de “los atenienses”, “los corintios” o de “un político siciliano”? ¿Cuántas de esas afirmaciones expresan pretextos que esconden la verdadera causa o intención del político que las enuncia? La falta de una reflexión crítica sobre estas preguntas ha producido algunos estudios que atribuyen al autor lo que dicen sus personajes⁴. Hacer esto equivale a decir que Shakespeare comparte las convicciones de Otelo o de Macbeth.

Felizmente existen importantes aserciones hechas por Tucídides con voz propia. Éstas no son muy abundantes pero tienen para nosotros un valor metodológico de primera magnitud, puesto que podemos contrastarlas con los discursos de sus protagonistas. Al leer a Tucídides es de vital importancia no perder de vista quién expresa una idea. Para facilitar la lectura de esta selección, los discursos han sido impresos en cursiva, destacándose así visualmente los pasajes cuyas ideas no se deben atribuir directamente a Tucídides.

Como vimos, Tucídides no se entiende sin el precedente de Homero y Heródoto, pero su obra es muy distinta de las de sus predecesores. Homero es un poeta épico cuya *Ilíada* no tiene como tema central la guerra propiamente tal. Ésta ya había comenzado cuando se inicia el poema y terminó mucho después del último canto. Lo que canta Homero es la cole-

⁴ En el libro de J. H. Finley, *Three Essays on Thucydides* (Cambridge: 1967), suele cometerse este error. Cf. Hornblower, *Thucydides* (Londres: 1987), p. 163. Hornblower es uno de los pocos autores que aplican con rigor el principio de no atribuir al historiador ninguna idea que aparezca solamente en un discurso. Véase en especial el cap. 7.

ra de Aquiles, su gestación, su culminación y su apaciguamiento final. Todo esto ocurre en un tiempo mítico, un tiempo desconectado del tiempo histórico.

Heródoto comienza su obra con Creso, rey de Lidia, un individuo de cuya existencia en el tiempo histórico él posee pruebas verificables (el historiador ha visto sus ofrendas en el santuario de Delfos), y termina, en lo esencial, con el triunfo de los griegos en la batalla de Micale (479 a. C.). Puesto que Heródoto nace alrededor de esta fecha (o un poco antes), su obra se ocupa en su totalidad de hechos que a él no le tocó vivir. Su gran mérito es haberles dado sentido a esos acontecimientos al subsumirlos bajo una gran visión histórica regida por un principio teológico-moral de justicia que sostiene que toda arrogancia humana será castigada. La arrogancia de Jerjes recibe su justo castigo en las derrotas que sufre en Artemisio, Salamina, Platea y Micale.

La adopción de un gran marco de referencia no impide que Heródoto incluya cuentos, anécdotas, descripciones de costumbres y vestimentas, observaciones geográficas, en fin, miles de detalles que hacen de su lectura algo entretenido y cautivante. La investigación feminista ha detectado 375 pasajes de la obra de Heródoto en que se menciona a una mujer. En más de la mitad de esos casos las mujeres ejercen una genuina causalidad histórica y determinan el curso de los hechos⁵.

Nada de esto encontramos en Tucídides. Éste menciona a un escaso número de mujeres y ninguna de ellas les imprime un sello a los acontecimientos. Rara vez incluye una descripción geográfica o etnográfica y por lo general evita las anécdotas. Algunos personajes mencionan a los dioses sin que el historiador atribuya a éstos causalidad natural o histórica. Por el contrario, Tucídides dice explícitamente, como autor, que el rezar en los templos o el consultar oráculos resultó ser perfectamente inútil durante la peste que azotó a la ciudad de Atenas (II. 47). A primera vista tampoco se advierte en su narración un principio moral que afecte los hechos desde dentro y los haga inteligibles, pero cabe reconocer que este punto ha sido motivo de vigorosa disputa⁶.

La obra de Tucídides es análoga a la pintura de Miguel Ángel en cuanto éste no manifiesta interés alguno por la representación del paisaje, de

⁵ Cf. Carolyn Dewald, "Women and culture in Herodotus' Histories", en H. P. Foley (ed.), *Reflections on Women in Antiquity* (Nueva York: 1981), pp. 91-125.

⁶ Hay un fascinante libro en que se sostiene que Tucídides adopta una visión histórica basada en la teología trágica de Esquilo: Francis M. Cornford, *Thucydides Mythistoricus* (Londres: 1907). Pocos investigadores aceptan hoy la tesis de Cornford.

la naturaleza o del contexto de sus figuras (salvo que la escena lo requiera: para la tentación de Adán se necesitaba una serpiente y un árbol). Lo único que le interesa al gran pintor florentino es el cuerpo humano y, más específicamente, el cuerpo masculino. Las figuras femeninas de Miguel Ángel, como ha observado más de un crítico, no son sino cuerpos viriles dotados de pechos. Asimismo, lo que vemos en la obra de Tucídides son hombres que pronuncian discursos o actúan en medio de un paisaje austero y desolado. No deja de asombrarnos que no haya en Tucídides una sola alusión a la belleza del Partenón, del Erecteón o del templo de Atenea Nike, las grandes creaciones de la arquitectura ateniense erigidas por iniciativa de Pericles, el ateniense que Tucídides más admiraba. Hay una referencia pasajera a los propileos y a la famosa estatua de Atenea de Fidias, pero sólo para indicar su costo o el posible empleo del oro de la escultura como capital para financiar la guerra (II. 13).

Tampoco hay en sus páginas alusión alguna a Sócrates, el filósofo que deambulaba por los lugares públicos de Atenas durante la segunda mitad del siglo V. Sócrates era unos diez a quince años mayor que Tucídides y resulta difícil imaginar que el historiador no haya tenido noticia de él. Aristófanes escribió una comedia, *Las nubes*, en que se ríe de Sócrates, una pieza de teatro que sólo se entiende si el grueso público sabe quién era éste. Sin embargo, el silencio sobre Sócrates tiene una explicación.

La obra única de Tucídides, conocida hoy bajo el inexacto título de *Historia de la guerra del Peloponeso*, incluye una sección (I. 89-116) que cubre los años que mediaron entre el fin de la invasión persa (y por ende el fin de la obra de Heródoto) y el año en que comenzó la guerra contra Esparta (431). Ésta terminó el año 404, pero la narración de Tucídides se interrumpe bruscamente, en medio de una frase (como el *Arte de la fuga* de Bach) que narra acontecimientos del año 411. Puesto que Tucídides tuvo conocimiento del fin de la guerra (II. 65), lo que cabe inferir es que el historiador murió en una fecha cercana a la ejecución de Sócrates (399) sin haber logrado terminar la redacción final de su obra.

Sócrates por su parte no tuvo ninguna figuración política antes del año 406. En ese año, probablemente debido a que la población de Atenas había mermado por las bajas sufridas durante la guerra, Sócrates fue miembro del Consejo (*boule*) y en su calidad de tal le tocó presidir la Asamblea (*ekklesia*), el órgano soberano de la democracia, durante una tumultuosa sesión en que alguien propuso juzgar en bloque a los generales en ejercicio durante una batalla naval después de la cual, se decía, éstos se negaron a recuperar los cadáveres de sus compañeros de armas. La medida de juzgarlos en conjunto, esto es, sin deslindar la responsabilidad personal de cada uno, era inconstitucional y Sócrates se negó a someter a votación la mo-

ción correspondiente⁷. Puesto que su actitud desafiante tuvo un impacto político, podemos suponer que Tucídides, en esa ocasión, habría no sólo mencionado al filósofo sino que le habría asignado un discurso. Esta sugerencia⁸, aunque fascinante, es totalmente especulativa e infundada, pero nos revela algo importante sobre el temple de Tucídides: lo único que le interesa consignar en su obra son los hechos o las palabras que tienen relevancia política. En efecto, el entrar en guerra, la adopción de una estrategia general y la conducción cotidiana de las operaciones bélicas, etc., son todas decisiones que constituyen un subconjunto de las decisiones políticas. ¿Cómo se toman las decisiones políticas? Tucídides nos ofrece una doble respuesta. Por una parte, las decisiones políticas no se toman desde la nada. Se toman desde lo que uno ya es, o bien, como se diría en griego, desde una *fysis*, un modo natural de ser. De allí que, muy al comienzo de su obra, Tucídides inserte un discurso pronunciado por representantes de la ciudad de Corinto, en el cual se retrata en forma magistral la diferencia en el modo de ser que separa a espartanos y atenienses. Los atenienses son ágiles, modernos, osados, abiertos a la innovación, oportunistas e individualistas. Los espartanos en cambio son cautelosos, lentos para decidir, sobrios, conservadores y algo indolentes. El discurso en el cual se incluye este capítulo (I. 70) tiene por objeto movilizar a los espartanos a la guerra y, por ende, no debe ser leído como si se tratara de un retrato objetivo e imparcial, pero de hecho prepara al lector para entender la dinámica subyacente en muchos acontecimientos de la guerra misma. El general Brásidas, por ejemplo, despliega en el norte de Grecia una asombrosa velocidad en sus operaciones (algo así como un *Blitzkrieg* anterior a la invención del tanque) (IV. 75-88). Si lo caracterizamos como “el más ateniense de los espartanos”, habremos entendido perfectamente la lección de Tucídides⁹.

Por otra parte, las decisiones políticas deberían ser objeto de *gnome*, de decisión con conocimiento racional de las metas y las opciones. Pero en el mundo real las tomas de decisiones suelen responder a otra dimensión del ser humano, al *pathos*, la pasión o emoción. Según Tucídides, los espartanos declaran la guerra no porque hayan sido persuadidos por los argumentos racionales de sus aliados, sino por una pasión fundamental: el temor frente

⁷ Cf. Jenofonte, *Hellenica*, I. 7. 14-15.

⁸ De S. Hornblower, *op. cit.* p. 120.

⁹ En VIII. 96 Tucídides emite un juicio semejante sobre los siracusanos.

al aumento del poderío ateniense (I. 23 y I. 88). Son también sus pasiones las que inducen a los atenienses a emprender la aciaga conquista de Sicilia, que los llevó a la más completa derrota¹⁰. Esta intuición tiene un efecto paradójico en el estilo de Tucídides: el más racional de los escritores del siglo V termina incluyendo en su historia algunas de las páginas más tristes y patéticas de la literatura de todos los tiempos. Es difícil leer los capítulos 72-87 del Libro VII sin verse afectado emocionalmente.

A diferencia de Heródoto, Tucídides no escribió sobre el pasado. Algunos hechos los vivió de cerca y probablemente tenía amigos personales entre los atenienses masacrados en Sicilia. En cuanto ciudadano con plenos derechos, Tucídides participó sin duda en las principales decisiones que tomó Atenas, observó su natural dinamismo y pudo constatar cómo las pasiones influyeron sobre muchas de las resoluciones adoptadas al comienzo de la guerra.

Su participación directa en la actividad política cesó bruscamente en el año 424, al ser condenado al exilio por la Asamblea ateniense en una sesión donde sin duda prevaleció la ira en su contra por haber llegado con retraso a Anfípolis para impedir que el general Brásidas se tomara la ciudad. En efecto, Tucídides había sido elegido general ese año y tenía bajo su mando una pequeña flota de siete barcos de guerra (trirremes) en la isla de Tasos. Según su propio testimonio, Tucídides zarpó a toda velocidad apenas tuvo noticia de las intenciones espartanas, pero Brásidas, quien avanzaba por tierra, fue aun más veloz y la ciudad se rindió antes de la llegada del historiador (IV. 104).

El exilio de Tucídides privó a los atenienses de los servicios de uno de sus más inteligentes conciudadanos, pero le dio a éste la oportunidad de escribir una obra que él mismo califica, con justificada arrogancia, como *ktema es aiei*, “una adquisición para siempre” (I. 22).

Ideas políticas de Tucídides

Durante casi cien años, aproximadamente del 507 al 411 a. C., Atenas vivió en un régimen de democracia directa en que los magistrados (salvo los generales) eran elegidos por sorteo y los ciudadanos decidían

¹⁰ En el capítulo 24 del Libro VI Tucídides emplea toda una panoplia de términos griegos que denotan pasiones, incluso pasiones eróticas, para ilustrar el entusiasmo de los atenienses por emprender la expedición.

todos los asuntos importantes en la Asamblea¹¹. Tucídides, como vimos, participó en ese sistema, conoció sus defectos y su juicio no es muy halagador. En su *Historia* hay más de un pasaje en que se alude a la ignorancia de los miembros de la Asamblea que decidían asuntos de vital importancia para la *polis*. Los atenienses que votaron a favor de la invasión de Sicilia, nos dice, ignoraban en su mayoría el tamaño de la isla y el número de sus habitantes (VI. 1).

En definitiva, Tucídides piensa que la democracia fue un régimen aceptable mientras los atenienses tuvieron como conductor y guía a Pericles. En sus días Atenas era “de palabra una democracia, de hecho un imperio (*arjé*) del primer ciudadano” (II. 65). Después de la muerte de Pericles surgió una serie de demagogos cuya ambición e imprudencia, según Tucídides, llevó a la ciudad a la ruina. Algunos historiadores actuales critican este juicio y piensan que las semillas de la decadencia fueron sembradas por Pericles mismo al lanzar a los atenienses en pos de una política imperialista que le significaba al ciudadano medio considerables ventajas económicas. Muchos años después, Platón, en el *Gorgias*, formuló duras críticas al imperialismo ateniense por haber estado fundado sobre un vicio cardinal: la *pleonexia*, la codicia o ambición de poseer siempre más riqueza y poderío.

La democracia clásica fue disuelta por primera vez en el año 411 por un golpe oligárquico que instauró el llamado régimen de los Cuatrocientos. Éste fue depuesto en menos de un año y la Asamblea decretó que la autoridad política quedaría en manos de los Cinco Mil, es decir, de un número limitado de ciudadanos. Esta decisión restringió los derechos políticos a los atenienses que podían costearse el armamento de hoplita (soldado de infantería pesada) y que por lo tanto poseían medios económicos de mediana cuantía. El sistema resultante podría describirse como oligarquía ampliada o democracia restringida, pero lo interesante es que Tucídides considera que por primera vez, al menos en su época, los atenienses se gobernaron bien porque consiguieron establecer una moderada confluencia de los intereses de los oligarcas y de los demócratas (VIII. 97).

¹¹ La democracia ateniense excluía a las mujeres y de hecho creó para ellas un régimen de más restricciones que las que concernían a las mujeres de clase alta en el período homérico-arcaico. Sobre este tema véase el excelente libro de Sue Blundell, *Women in Ancient Greece* (Cambridge: 1995). Las instituciones atenienses han sido cuidadosamente descritas por D. Stockton en *The Classical Athenian Democracy* (Oxford: 1990).

La preferencia de Tucídides por el régimen de los Cinco Mil no debe inducirnos a pensar que en sus páginas hay algo así como una especulación de su parte sobre “el mejor régimen”¹². Es bastante pragmático: la clave para él es que un régimen logre evitar la *stasis*, o lucha interna, y el régimen de los Cinco Mil lo logró (VIII. 98). En su opinión, la guerra civil, la lucha entre ciudadanos de una misma *polis*, es el peor mal que puede acaecerle a una comunidad política porque su resultado directo es una pérdida de poder.

En efecto, según Tucídides, no es un régimen constitucional lo que decide el destino de un Estado, sino su poder. Uno de sus grandes logros es precisamente su análisis de esta noción. El poder, a su juicio, es una realidad que se posee sólo si se posee otra cosa. En este sentido el poder es análogo al placer. Es imposible pasarlo bien directamente y sin más. Hay que hacer *otra cosa* (ir al cine, leer un libro, salir con amigos) para experimentar placer. En filosofía actual decimos que el placer es una noción “de segundo orden” porque debemos hacer algo inmediato o “de primer orden” para alcanzarlo. Algo semejante ocurre con el poder.

¿Qué es aquello *otro* que hay que poseer para tener poder? En el famoso diálogo de Melos los atenienses sostienen una posición que podríamos llamar la teoría de la imagen del poder. Según ésta, el poder depende de cómo un individuo o un Estado es percibido por los demás. Si se lo percibe fuerte, es fuerte, si se lo percibe débil, ya se ha debilitado. En su contexto esta teoría es por cierto una racionalización o excusa de los atenienses para aniquilar a un Estado neutral. Su mera independencia, alegan los estrategos atenienses, es un signo de que Atenas no tiene poder suficiente para subyugarlo¹³.

Conforme al principio hermenéutico formulado más arriba, no debemos atribuirle a Tucídides esta teoría del poder sino más bien buscar en sus páginas una toma de posición como autor. Afortunadamente ésta existe y puede ser extraída de su análisis del desarrollo de Grecia desde sus primitivos orígenes hasta el apogeo de Esparta y Atenas a mediados del siglo V a. C. (I. 2-20).

¹² Cf. R. C. Bartlett, “La ciencia aristotélica del mejor régimen”, *Estudios Públicos* 59 (1995), pp. 35-64.

¹³ Cf. A. Gómez-Lobo, “El diálogo de Melos y la visión histórica de Tucídides”, *Estudios Públicos*, 44 (1991), pp. 247-273.

Los factores de poder en el mundo griego constituyen un sistema complejo de retroalimentación. Para que haya poder tiene que haber estabilidad suficiente para generar excedentes económicos que permitan financiar muros y naves. Pero al tener muros las ciudades pueden construirse cerca de la costa, lo que facilita el comercio, y al tener naves de guerra que eliminen la piratería, las ciudades pueden comerciar más, aumentando así sus excedentes. Éstos pueden reinvertirse nuevamente en factores de seguridad y protección (muros y naves de guerra).

La prosperidad económica genera, a su vez, una mayor estabilidad interna que refuerza el poderío naval y éste induce a otras ciudades a unirse o ponerse bajo la protección de la ciudad más fuerte. De este modo se gestan los bloques de poder, como, por ejemplo, el imperio ateniense. En cierto sentido lo que ha hecho Tucídides es analizar y proyectar hacia el pasado las bases de sustentación de la experiencia imperial de Atenas.

No cabe duda de que los factores que determinan el poder varían según las distintas condiciones históricas y geográficas, que por cierto no se repiten en forma idéntica, pero Tucídides tiene el mérito de haber introducido el marco conceptual que permite iniciar el análisis de instancias particulares de poder.

Dada la naturaleza de esta selección, el énfasis ha recaído sobre los discursos y los pasajes con opiniones de Tucídides mismo. He incluido también la famosa descripción de la peste que azotó a los atenienses, porque dentro del estilo paratáctico del autor ésta marca un fuerte contraste con la idealización de la vida democrática, expresada en el discurso fúnebre de Pericles que la precede inmediatamente.

La traducción utilizada aquí, con ligeras modificaciones, es la de Antonio Guzmán Guerra (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid: Alianza Editorial, 1989). La fuente fundamental para el estudio de Tucídides es hoy la edición crítica del texto griego de H. S. Stuart y J. E. Powell publicada en Oxford por vez primera en 1900 y reimpressa numerosas veces. En esta selección la segunda persona del plural (“vosotros”) ha sido sustituida por “ustedes” para acomodar mejor la traducción a los hábitos lingüísticos hispanoamericanos.

SELECCIÓN

Libro I: Capítulos 1-19

[*Contexto y contenido.* La obra se inicia con el nombre del autor y su ciudad. Se omite tanto el patronímico, que generalmente se enfatiza para indicar filiación aristocrática, como el demótico o nombre del *demos* al cual un individuo pertenece oficialmente en el sistema democrático. Luego viene el tema, lo que equivale al título de la obra: la guerra entre los peloponesios y los atenienses, y la indicación de que el autor comenzó a compilar notas por escrito (*xynegrapse*) desde el momento en que se inició el conflicto. Los capítulos siguientes constituyen una sostenida argumentación en defensa de la aserción de que esta guerra fue la mayor convulsión (*kinesis*) que ha experimentado la humanidad. Desde la perspectiva, por ejemplo, de la capital del imperio persa, ésta parece ser una exageración, motivada sin duda por la necesidad retórica de captar la atención y benevolencia del lector; pero si pensamos en la nación griega y sus vecinos inmediatos, la aserción bien puede ser verdadera. Estos capítulos han sido denominados convencionalmente “la arqueología”, porque en ellos Tucídides traza el desarrollo de la cultura griega desde sus más remotos orígenes hasta la segunda mitad del siglo V, basándose en vestigios arqueológicos, en interpretación racional de mitos o de Homero, y en otras fuentes de inferencia sobre el pasado. Esta reconstrucción de la cultura es una novedad para su momento. En la tradición y en la poesía anterior, el pasado era siempre una época mejor que el período actual. Se suponía que antaño predominaban los héroes, cercanos a los dioses y realizadores de grandes proezas, en claro contraste con los males y las desgracias del presente. A una visión de este tipo se la suele llamar una teoría “descendente” de la cultura. Su representante más conocido es el poeta Hesíodo de Ascra. La teoría “ascendente” de Tucídides infiere que la vida en el pasado era más bien primitiva, violenta y menesterosa y tiene afinidades con el pensamiento de Protágoras, un sofista del siglo V que escribió un tratado sobre la condición de la humanidad en sus orígenes. Esta obra no se ha preservado pero sabemos que contenía una teoría ascendente. Lo más original en la arqueología de Tucídides es sin duda la presentación de la adquisición de poder por parte de algunos individuos o ciudades. Es en estas páginas donde presenta sus propias convicciones sobre los factores de poder en Grecia.]

1. Tucídides, natural de Atenas, narró la guerra entre los peloponesios y los atenienses, cómo combatieron los unos contra los otros. Comenzó

su compilación recién declarada la guerra, porque previó que iba a ser grande y más famosa que todas sus precedentes. Lo conjeturaba así porque ambos bandos se aprestaban a ella estando en su pleno apogeo y con toda suerte de preparativos, y porque veía que el resto de los pueblos de Grecia se coligaban con uno u otro partido, unos inmediatamente y otros después de haberlo meditado.

En efecto, ésta vino a ser la mayor convulsión que vivieron los griegos y una parte de los bárbaros y, por así decir, incluso la mayoría de la humanidad. Pues los sucesos anteriores a éstos y los aun más antiguos resultaban imposibles de conocer con detalle a causa del mucho tiempo transcurrido, y a juzgar por los indicios en que me es dado creer cuando miro lo más atrás posible, estimo que no fueron de gran importancia, ni en cuanto a las guerras ni por lo demás.

2. En efecto, es evidente que lo que actualmente se denomina Grecia no estaba habitada de forma estable antiguamente, sino que al principio había migraciones, y todos abandonaban fácilmente sus asentamientos, forzados por otros pueblos cada vez más numerosos. Y como no existía el comercio ni se relacionaban libremente entre sí ni por tierra ni por mar, además de que cada cual cultivaba su tierra lo justo sólo para subsistir, y no tenían excedentes de dinero ni plantaban árboles (al ser incierto cuándo vendría otro a despojarles de lo suyo —máxime dado que no tenían recintos amurallados—), y como pensaban que conseguirían en cualquier parte el sustento necesario de cada día, por todo ello emigraban con facilidad y, en consecuencia, no eran poderosos ni por la importancia de sus ciudades ni por ningún otro tipo de recursos.

Y en mayor grado eran las mejores tierras las que sufrían permanentemente las migraciones de sus habitantes: la que ahora se llama Tesalia, y Beocia, la mayor parte del Peloponeso, excepto Arcadia, y del resto, los que eran los mejores territorios. En efecto, a causa de la calidad del suelo, algunos se hacían con un poder mayor, lo que originaba revueltas, a resultas de las cuales se arruinaban, a la vez que se veían expuestos a los ataques de pueblos extranjeros. En cambio, el Ática, que desde los tiempos más remotos permaneció sin revueltas a causa de la aridez de su tierra, la habitaron desde siempre los hombres de un mismo pueblo.

Y hay una prueba no pequeña de mi argumentación de que los demás pueblos no alcanzaron un desarrollo igual a causa de las migraciones: efectivamente, cuando los hombres de mayor influencia eran expulsados de otra región de Grecia por la guerra o por una revuelta interna, se refugiaban en Atenas por considerarla un lugar estable, y haciéndose al punto ciudadanos contribuyeron desde antiguo a engrandecer aún más la ciudad por el

número de sus habitantes, de suerte que incluso hubieron de despachar más tarde colonos a Jonia, en la idea de que el Ática no les era suficiente.

3. Me demuestra a mí en no menor grado la debilidad de los antiguos lo siguiente: está claro que antes de la guerra de Troya, Grecia no llevó a cabo nada en común; es más, me parece que no recibía toda ella esa denominación, y ni siquiera existía ese nombre con anterioridad a Helén, el hijo de Deucalión, sino que algunos pueblos (y en mayor medida el pelásgico) daban sus propios nombres a vastas extensiones.

Mas cuando Helén y sus hijos se hicieron poderosos en la Ptiótide, y las demás ciudades los llamaban para que las defendieran, empezaron cada cual a denominarse “helenos” a causa sobre todo de estas relaciones, aunque esta denominación no pudo imponerse a todos, al menos por mucho tiempo. Y lo prueba de modo especial Homero, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte aplicó ese nombre al conjunto de todos ellos, ni a otros que no fueran los compañeros de Aquiles, que procedían de la Ptiótide y que fueron precisamente los primeros helenos; por el contrario, en sus poemas los llama Dánaos, Argivos y Aqueos. Es más, ni siquiera ha empleado la expresión “bárbaros” por el hecho de que, según me parece, los griegos aún no estaban agrupados bajo una única denominación que se pudiera oponer a aquélla. Como quiera que sea, cuantos recibieron el nombre de griegos, primero ciudad por ciudad, cuando gracias a la lengua se iban entendiendo entre sí, y más tarde todos ellos, no llevaron a cabo nada en común antes de la guerra de Troya a causa de su debilidad y por la ausencia de relaciones mutuas. Más tarde hicieron esta expedición porque eran ya más marineros.

4. Minos, en efecto, fue el más antiguo de cuantos por tradición conocemos que se pertrechó con una escuadra, conquistó la mayor parte del actual mar de Grecia, dominó sobre las islas Cíclades, y fue el primer colonizador de la mayoría, al expulsar a los carios e instaurar como jefes a sus propios hijos. Como es natural, limpió del mar la piratería en cuanto le fue posible, a fin de que los tributos le llegaran con mayor facilidad.

5. Pues los griegos de antaño, así como los bárbaros ribereños del continente y cuantos ocupaban islas, desde que empezaron a relacionarse entre sí gracias a sus naves, se dedicaron a la piratería. Iban a su frente los hombres más poderosos, que buscaban su propia ganancia así como medios de subsistencia para los más débiles, y cayendo sobre ciudades que carecían de murallas y se hallaban diseminadas en aldeas las saqueaban, obteniendo de ello su principal medio de subsistencia, ya que este comportamiento aún no significaba desvergüenza alguna, sino que conllevaba más bien incluso algo de gloria. Y aun hoy en día prueban que esto es así algunos pueblos del

continente, que tienen a gala hacerlo bien; y del mismo modo los antiguos poetas, que siempre dirigen a los que desembarcan en una costa la misma pregunta de si son piratas, en la idea de que ni aquellos a quienes se interroga desaprueban esta profesión, ni aquellos a quienes interesa conocerla la censuran. Y también en el continente se dedicaban a la rapiña unos contra otros, e incluso hasta hoy en día buena parte de Grecia vive a la usanza antigua: los locros ozolas, los etolios, acarnanios, y el territorio continental de esa región. Y la costumbre de llevar armas ha quedado en estos pueblos del continente como señal de sus antiguos hábitos de rapiña.

6. En efecto, los habitantes de toda Grecia llevaban armas a causa de que vivían en lugares no fortificados, y de que los caminos de unos pueblos a otros eran inseguros, y así se habituaron a portar armas como los bárbaros. Ciertas regiones de Grecia que aún hoy viven de este modo son una prueba de los hábitos que por entonces compartían todos de manera similar. De entre ellos fueron los atenienses los primeros que las dejaron, y con un tipo de vida más relajado se orientaron a un mayor confort. Y todavía no hace mucho tiempo que los más viejos de clase acomodada dejaron de llevar quitones de lino en señal de lujo, y de sujetarse un moño de pelo en la cabeza con un pasador de oro en forma de cigarra; de ahí procede que entre los hombres de edad de Jonia, a causa del parentesco, se conservara esta moda por mucho tiempo.

Fueron los lacedemonios los primeros en usar vestidos sencillos, según la moda actual, y fue entre ellos donde los más ricos se avinieron de modo general a un tipo de vida similar al de la mayoría de los ciudadanos. Fueron también los primeros en practicar ejercicios físicos y en frotarse con aceite al hacer deporte, despojándose de sus vestidos en público. Antaño, en cambio, los atletas disputaban incluso las pruebas olímpicas llevando una banda que les cubría el sexo, y no hace muchos años que han dejado de llevarla, y aun hoy hay algunos bárbaros (especialmente asiáticos) que celebran competiciones de pugilato y lucha y lo hacen con taparrabos.

Podría probarse con muchas otras cosas que los antiguos griegos vivían de manera análoga a la de los actuales bárbaros.

7. En cuanto a las ciudades, aquellas que fueron fundadas más recientemente y por haberse desarrollado ya la navegación disponían de reservas de dinero, fueron construidas al borde mismo del mar con recintos amurallados, ocupando los istmos tanto por causa del comercio, como por tener cada una de ellas mayor poder frente a sus vecinos, mientras que las antiguas fueron construidas más bien apartadas del mar a causa de la piratearía, y ello tanto las insulares como las continentales (pues se dedicaban al pillaje no sólo entre sí, sino entre cuantos, aun sin ser marinos, habitaban cerca de la costa), y hasta el día de hoy están instaladas en el interior.

8. Y no menos piratas eran los isleños, que eran carios y fenicios. Habitaban la mayor parte de las islas, y la prueba de ello héla aquí: cuando Delos fue purificada por los atenienses en el transcurso de la guerra que nos ocupa, y fueron abiertas las tumbas de los muertos que había en la isla, se encontraron con que más de la mitad eran carias, según fueron reconocidas por el atuendo de las armas que allí había enterradas y por la manera como aún hoy entierran. Mas una vez construida la escuadra de Minos, fue más fácil la navegación entre ellos, ya que éste desalojó de la isla a los piratas, al tiempo que establecía colonias en la mayoría de ellas; así los habitantes de la costa accedieron a una vida más estable al conseguir ya mayores riquezas, y algunos incluso construyeron murallas, como gentes que se hacían cada vez más ricas. En efecto, ansiosos de obtener ganancia, los más débiles aceptaban estar sujetos a los más poderosos, mientras que éstos, al tener abundantes medios, sometían como vasallas a las ciudades más pequeñas.

Y fue más tarde, encontrándose ya en estas circunstancias, cuando emprendieron la expedición contra Troya.

9. A mi parecer, Agamenón organizó la expedición y se puso a su frente porque era el caudillo más poderoso de entonces, y no tanto porque los pretendientes de Helena se vieran obligados por el juramento hecho a Tindáreo. Afirman también aquellos que han tomado de sus antepasados las tradiciones más fiables sobre el Peloponeso, que primero Pélope, a causa de haber traído innumerables riquezas de Asia a un país de hombres pobres, consiguió un gran poder y dio su nombre a la región a pesar de ser un extranjero, y que más tarde se los confirieron aun mayores a sus descendientes. Al haber muerto Euristeo en el Ática a manos de los Heraclidas, Atreo, que era hermano de su madre, y a quien Euristeo le había confiado Micenas y su imperio cuando partió a la expedición, dado el parentesco que entre ellos existía (Atreo estaba exiliado por orden de su padre a causa de la muerte de Crisipo), y como Euristeo no regresó de su expedición, y contando además con que así lo querían los de Micenas por miedo a los Heraclidas, y con que él parecía ser hombre capaz y se había ganado al pueblo, Atreo recibió el reino de Micenas y de todos los territorios sobre los que Euristeo mandaba. Así los pelópidas se hicieron más fuertes que los perseidas.

A mí me parece que Agamenón recibió esta herencia, y que como además consiguió hacerse con un poder naval superior al de los otros, los reunió y emprendió la expedición, no tanto por complacencia de los participantes como por miedo.

Está claro, en efecto, que él llegó con el mayor número de naves, y que cedió incluso algunas a los arcadios, según ha demostrado Homero, si

es que su testimonio es en algo válido. Y en el pasaje de la transmisión del cetro nos dice que Agamenón “sobre muchas islas y todo Argos reinaba”, mas no habría podido él reinar, siendo de tierra adentro, sobre otras islas que las vecinas (y éstas no serían muchas) si no hubiera tenido una flota importante. Así pues, por esta expedición debemos hacernos una idea sobre cómo fueron sus precedentes.

10. Y si uno se basara para dudar de que la expedición fue tan grande como dicen los poetas y la tradición mantiene, en que Micenas era pequeña o en que algunas de las ciudades de entonces nos parecen ahora de poca importancia, se equivocará, al estarse sirviendo de una prueba falsa. Porque si la ciudad de los lacedemonios fuera devastada y subsistieran solamente sus templos y las plantas de sus edificios, creo yo que entre las generaciones venideras se suscitarían, pasado el tiempo, serias dudas de su poder al compararlo con su fama (y eso que controlan las dos quintas partes del Peloponeso y tienen la hegemonía sobre todo él y sobre muchos aliados de fuera; y, sin embargo, al no ser una ciudad en la que se hayan fusionado diversos núcleos de población ni que disponga de templos ni edificios fastuosos, sino que está compuesta de aldeas, a la antigua usanza de Grecia, parecería ser inferior a lo que fue); en cambio, si esto mismo le ocurriera a Atenas, nos haríamos la idea de que su poder, a juzgar por su apariencia externa, fue el doble de lo que es. No es lógico, pues, desconfiar ni atender más a las apariencias que al poder de las ciudades, sino considerar que aquella expedición fue la mayor de las de hasta entonces, aunque inferior a las actuales si hay que creer también ahora al poema de Homero, pues aunque la haya exagerado y adornado como es natural al ser un poeta, incluso así aparece como inferior a estas nuestras.

Efectivamente, de las mil doscientas naves, las beocias eran de ciento veinte hombres, y de cincuenta hombres las de Filoctetes, ejemplificando así, según creo, las mayores y las más pequeñas. Al menos en el Catálogo de las naves no menciona el tamaño de las demás. Y que todos eran remeros y combatientes lo demuestra al hablar de las naves de Filoctetes, ya que llama arqueros a todos los remeros. Y no es natural que con ellas navegaran muchos pasajeros, aparte de los reyes y de los principales magistrados, sobre todo dado que se disponían a cruzar el mar con los pertrechos de guerra, y que además no contaban con barcos de puentes, sino equipados, al modo antiguo, en plan pirata.

Calculando, pues, el promedio entre las naves mayores y las más pequeñas, está claro que no acudieron muchos, para tratarse de una expedición enviada en común por toda Grecia.

11. Y la causa fue no tanto la escasez de hombres cuanto la carencia de dinero. Pues por falta de aprovisionamiento llevaron un ejército inferior,

limitado al número de tropas que pensaban podrían abastecerse en el país mientras luchaban. Una vez que llegaron vencieron en una batalla (y esto está claro, pues en caso contrario no hubieran construido la fortificación de su campamento), pero se ve que ni siquiera entonces emplearon todas sus fuerzas, sino que se dedicaron a cultivar el Quersoneso y a la piratería, por la falta de alimentos. Precisamente por ello, al estar los griegos desperdigados, resistieron los troyanos diez años de lucha abierta, al ser sus fuerzas equilibradas a los enemigos que quedaban al turnarse. En cambio, si hubieran venido con reservas de alimentos, y se hubieran dedicado todos a una a la guerra ininterrumpidamente, sin entretenerse con la piratería y la agricultura, habrían vencido en el combate y habrían tomado la ciudad fácilmente (dado que incluso sin reagruparse todos, sino siempre con una sola parte del ejército, les hicieron frente), e instalándose para un asedio se habrían apoderado de Troya en menos tiempo y sin tantas fatigas.

Mas al igual que por la carencia de dinero los acontecimientos anteriores a éstos fueron de poca monta, se evidencia por los hechos que también éstos a su vez, aun siendo de más renombre que los que les precedieron, resultaron inferiores a la leyenda y a la tradición que en la actualidad circula sobre ellos a causa de los poetas.

12. E incluso después de la guerra de Troya, Grecia conoció migraciones y nuevas fundaciones de ciudades, de suerte que no podía crecer en calma. En efecto, el regreso de los griegos desde Troya al cabo de mucho tiempo originó numerosos cambios, y se producían con frecuencia luchas civiles en las ciudades, y los que de ellas salían desterrados fundaban otras ciudades. Así, los actuales beocios fueron desalojados de Arne por los tesalios sesenta años después de la toma de Troya, y fijaron su residencia en la actual Beocia, en lo que antes se llamaba Cadmeida (aunque había ya un grupo de éstos en la región, algunos de los cuales fueron a la expedición troyana) y los dorios se apoderaron del Peloponeso con ayuda de los Heraclidas a los ochenta años.

Con dificultad y al cabo de mucho tiempo se sosegó Grecia, y cuando en calma ya no sufría destierros, envió colonias al exterior; los atenienses colonizaron Jonia y casi todas las islas, y los peloponesios hicieron lo propio en la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya.

13. Al hacerse Grecia más poderosa y procurarse mayores riquezas que antes, gracias a que aumentaban los ingresos, surgieron en muchas ciudades tiranías (antes hubo monarquías hereditarias con prerrogativas limitadas) y Grecia ponía a punto sus fuerzas navales y se dedicaban ya más al mar. Se dice que fueron los corintios los primeros en innovar la técnica

naval hasta un punto muy próximo al actual, y que fue en Corinto donde se construyeron por primera vez en Grecia trirremes. Y también se sabe que el corintio Aminocles construyó naves para los samios, y que fue hace unos trescientos años antes del final de esta guerra nuestra cuando Aminocles marchó a Samos.

El combate naval más antiguo que conocemos acaeció entre los corintios y los corcirenses; tuvo lugar unos doscientos sesenta años antes de la misma fecha. Y es que como la ciudad en que habitan los corintios está en el istmo, siempre tuvieron en ella un centro de comercio, y como antiguamente los griegos, tanto los del Peloponeso como los de fuera, se relacionaban entre sí por tierra más que por el mar, tenían que pasar por el territorio de aquéllos, y así alcanzaron importantes riquezas, como lo prueban incluso los antiguos poetas, que dieron al país el epíteto de “opulento”. Y una vez que los griegos desarrollaron la navegación, los corintios se procuraron naves, acabaron con la piratería, y convirtiendo su ciudad en un centro de comercio tanto marítimo como terrestre, la hicieron riquísima gracias a sus ingresos.

Mucho después los jonios poseyeron una flota, en época de Ciro, el primer rey de los persas, y de su hijo Cambises, y por algún tiempo lucharon con Ciro y ejercieron el control del mar que baña su región. Y Polícrates, que fue tirano en Samos en tiempos de Cambises, gracias al poder de su flota sometió a vasallaje a otras islas, tomó la isla de Renea y la ofrendó a Apolo Delio. Por su parte, los focios fundaron Marsella y derrotaron en una batalla naval a los cartagineses.

14. Éstas fueron, en efecto, las flotas más poderosas. Y está claro que incluso éstas, que existieron muchas generaciones después de la guerra de Troya, contaban con pocas trirremes, sino que estaban equipadas con pentecóntoros y otros tipos de navíos de guerra similares a los de aquella época. Y un poco antes de las Guerras Médicas y la muerte de Darío (el que sucedió a Cambises como rey de los persas) dispusieron de abundantes trirremes los tiranos de Sicilia y los corcirenses. Fueron éstas, efectivamente, las últimas escuadras dignas de mención que hubo en Grecia antes de la expedición de Jerjes, pues los eginetas y los atenienses, y tal vez algunos otros, poseían flotas poco numerosas, y en su mayor parte eran de pentecóntoros. Fue muy recientemente cuando Temístocles convenció a los atenienses, que estaban en guerra con Egina, y cuando la invasión bárbara era ya algo inminente, a que hicieran construir las naves con que luego lucharon. Incluso éstas no estaban aún pertrechadas de puentes a lo largo de toda su eslora.

15. Tales fueron, pues, las escuadras griegas, tanto las más antiguas como las posteriores. No obstante, adquirieron un poderío nada desdeñable

los que gracias a ellas buscaban ingresos en dinero y el dominio sobre otros, pues venían a atacar las islas y se apoderaban de ellas, y especialmente hacían esto los que no tenían un territorio suficientemente extenso. En cambio por tierra no se emprendió ninguna guerra de resultados de la cual se organizase un gran ejército. Por contra, las guerras terrestres que hubo se dirigieron contra sus propios pueblos vecinos, pues los griegos no partieron en expedición lejos de sus confines para someter a otros. Y es que, en efecto, los más débiles no se habían coligado como súbditos con las ciudades más importantes, ni tampoco organizaban expediciones comunes en plano de igualdad, sino que combatían sobre todo aisladamente, vecinos contra vecinos. Fue para la guerra que tuvo lugar hace tanto tiempo entre Calcis y Eretria cuando el resto de Grecia se dividió para aliarse cada cual a uno de los bandos.

16. Sobrevinieron a cada cual diversos impedimentos para desarrollarse. Por ejemplo, contra los jonios, cuyos intereses habían prosperado enormemente, emprendió una expedición Ciro y la monarquía persa, sometiendo a Creso y a toda la región que queda entre el río Halis y el mar; atacó y redujo a esclavitud a las ciudades del continente, y más tarde Darío se apoderó de las islas con la ayuda de la flota fenicia.

17. Por su parte, los tiranos instalados en las ciudades de Grecia, preocupándose sólo de lo suyo, tanto en lo referente a sus personas como en engrandecer a sus familias, gobernaban las ciudades corriendo los menos riesgos posibles, y así nada digno de recordar se hizo bajo su dirección, como no fueran algunas acciones contra sus propios vecinos (los de Sicilia, en efecto, habían alcanzado un poder inmenso).

Así, Grecia se vio constreñida de todas maneras y por mucho tiempo a no llevar a cabo en común ningún hecho notable, y a ser, ciudad por ciudad, toda ella pusilánime.

18. Por entonces, los tiranos de Atenas y del resto de Grecia, donde la tiranía estaba muy extendida desde hacía tiempo, fueron en su mayoría derrocados (los últimos que hubo, dejando aparte a los de Sicilia) por los lacedemonios. Lacedemonia, en efecto, padeció las luchas civiles más duraderas que conocemos, después que en ella se hubiera establecido la actual población doria, mas a pesar de ello tuvo un buen sistema de gobierno desde muy antiguo, y vivió siempre libre de tiranos. Han transcurrido, efectivamente, más de cuatrocientos años hasta el final de nuestra guerra desde el momento en que los lacedemonios respetan un mismo sistema de gobierno, y gracias a ello se hicieron poderosos para influir en los regímenes de otras ciudades. No muchos años después del derrocamiento de la tiranía en Grecia, pues, tuvo lugar la batalla de Maratón, que enfrentó a medos y atenien-

ses. Diez años más tarde de nuevo volvió el bárbaro con la gran escuadra contra Grecia con intención de esclavizarla. Ante la inminencia del peligro, los lacedemonios, cuyas fuerzas eran superiores a las de los demás, se pusieron al frente de los griegos, ahora coligados; mientras, los atenienses, al atacar los medos, planearon evacuar su ciudad y subieron a bordo de sus barcos con sus enseres, haciéndose un pueblo de marinos.

Rechazaron todos juntos al bárbaro y poco después los griegos que se habían liberado del rey y los que habían combatido como aliados se dividieron, agrupándose unos en torno a los atenienses, otros en torno a los lacedemonios, pues claramente eran éstos los dos Estados más poderosos, ya que los primeros eran una potencia naval y los segundos, terrestre.

La cordialidad se mantuvo por un corto espacio de tiempo, pues luego atenienses y lacedemonios entraron en conflicto y se combatieron los unos a los otros, ayudados por sus respectivos aliados, y si se presentaba alguna divergencia entre los demás pueblos griegos, acudían con ella a éstos. De modo que desde las Guerras Médicas hasta esta nuestra, ya estando en paz, ya combatiendo, sea entre sí, sea con sus aliados disidentes, se prepararon concienzudamente para la guerra, y se hicieron expertos al ejercitarse así en medio de peligros.

19. Los lacedemonios tenían la hegemonía sobre sus aliados sin someterlos al pago de tributo, y se cuidaban tan sólo de que se gobernaran mediante un régimen oligárquico, en forma conveniente para ellos; mientras que los atenienses se habían incautado con el paso del tiempo de las naves de las ciudades aliadas (excepción hecha de Quíos y Lesbos), imponiéndoles a todas ellas la obligación de tributar.

Y acaeció que ellos dispusieron para esta guerra de medios propios superiores a los que tuvieron cuando estaban en su máximo esplendor en unión de sus aliados intactos.

Libro I: Capítulos 20-23

[*Contexto y contenido.* Éstos son los importantes capítulos en que Tucídides se distancia de las opiniones que prevalecían en Atenas sobre el pasado no muy lejano, por ejemplo, el supuesto tiranicidio cuya víctima fue en realidad Hiparco, un hermano del tirano. Se distancia también de Heródoto, sin nombrarlo, al anotar dos errores que se leen en su obra sobre los votos de los reyes de Esparta y cierto batallón de tropas escogidas. Tucídides atribuye la aceptación de errores de esta índole a que no ha habido “búsqueda de la verdad” (*zetesis tes aletheias*), es decir, un examen crítico de la informa-

ción que se posee. Contra Heródoto va también dirigida la acotación sobre la ausencia de leyendas o mitos que hace poco atractiva la presente obra. En el capítulo 22 se distingue nítidamente entre la composición de los discursos y la narración de los hechos. En los discursos Tucídides se propone: 1) consignar lo más apropiado (*ta deonta*) para cada situación, 2) atenerse lo más estrictamente posible a lo que verdaderamente se dijo. Nótese que estos dos criterios pueden arrojar resultados contradictorios: lo que alguien dijo puede no coincidir con lo que habría sido apropiado decir. Los hechos en cambio los consigna conforme a un principio de imparcialidad y de laboriosa investigación. Tucídides sostiene que su obra es una conquista para siempre, porque en el futuro ocurrirán hechos similares. Esto no significa que la historia sea cíclica, sino que la “cosa humana” (*to anthroponon*) es tal que hay una gran probabilidad de que los hombres tomen en el futuro decisiones parecidas a las tomadas en el pasado. Por último, Tucídides anota la causa verdadera de la guerra: el temor de los lacedemonios ante el crecimiento del poderío de Atenas.]

20. Tales fueron, en lo que he podido averiguar, los acontecimientos antiguos, dominio en el que es imposible dar crédito a cada uno de los testimonios sin distinción, pues los hombres aceptan unos de otros sin mayores indagaciones las noticias de sucesos ocurridos hace tiempo, incluso tratándose de su propio país. Por ejemplo, la mayoría de los atenienses creen que Hiparco era tirano cuando fue asesinado por Harmodio y Aristogitón, e ignoran que Hipias, por ser el mayor de los hijos de Pisístrato, era el que ostentaba el poder; y que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos; y que sospechando Harmonio y Aristogitón que en aquel mismo día y a última hora uno de sus conjurados había revelado algo a Hipias, evitaron atacarle, en la idea de que estaba ya sobre aviso; pero como en todo caso querían, antes de ser arrestados, realizar algo importante y luego exponerse a cualquier peligro, habiéndose topado con Hiparco que andaba organizando la procesión de las Panateneas en las inmediaciones del llamado Leocorio, le dieron muerte.

Muchas otras cosas, incluso de hoy día, y que por tanto no se han podido olvidar porque haya pasado tiempo, las creen equivocadamente los demás griegos; por ejemplo, que los reyes lacedemonios cuentan cada uno con dos votos en vez de con uno, y que disponen de un batallón “Pitanato”, que, por cierto, jamás ha existido. Tan carente de interés es para la mayoría el esforzarse por la búsqueda de la verdad, y tan fácilmente se vuelven a lo que se les da hecho.

21. Sin embargo, no se equivocaría el que creyera, a partir de los indicios expuestos, que las cosas fueron más o menos tal como he contado,

y no diera crédito ni a lo que han contado los poetas acerca de ellas, que las han embellecido exagerándolas, ni a cómo las compusieron los logógrafos, que buscaban más agradar a la audiencia que la auténtica verdad. Son hechos inverificables y que en su mayoría han sido trasladados de manera inverosímil al terreno de la fábula a causa del largo tiempo transcurrido; no se equivocaría, en cambio, si pensara que han sido investigadas por mí de un modo muy satisfactorio para ser tan antiguas a partir de los indicios más claros.

Y esta guerra de ahora, a pesar de que los hombres siempre consideran la más importante aquella en la que luchan, y una vez que la concluyen vuelven a admirar más las antiguas, mostrará a quienes examinen el asunto a partir de los hechos reales que ha sido, con todo, mayor que aquéllas.

22. Por cuanto concierne a los discursos que unos y otros pronunciaron, sea antes de la guerra, sea estando ya en ella, resultaba imposible rememorar la exactitud de lo que se dijo, tanto a mí de lo que yo mismo oí, como a quienes me suministraban informaciones de cualquier otra parte. Y según a mí me parecía que cada cual habría expuesto lo más apropiado en cada situación, así los he narrado, ateniéndome lo más estrictamente posible al espíritu general de lo que verdaderamente se dijo. Y en cuanto a los hechos que tuvieron lugar durante la guerra, estimé que no debía escribir sobre ellos informándome por un cualquiera, ni según a mí me parecía, sino que he relatado hechos en los que yo mismo estuve presente o sobre los que me informé de otras personas, con el mayor rigor posible sobre cada uno de ellos. Muy laboriosa fue la investigación, porque los testigos presenciales de cada uno de los sucesos no siempre narraban lo mismo acerca de idénticas acciones, sino conforme a las simpatías por unos o por otros, o conforme a su memoria. Para ser oída en público, la ausencia de leyendas tal vez le hará parecer poco atractiva, mas me bastará que juzguen útil mi obra cuantos deseen saber fielmente lo que ha ocurrido, y lo que en el futuro haya de ser similar o parecido, de acuerdo con la naturaleza humana; constituye una conquista para siempre, antes que una obra de concurso para un auditorio circunstancial.

23. De las guerras anteriores el acontecimiento más importante fueron las Guerras Médicas, y, sin embargo, alcanzaron una solución rápida en dos batallas navales y dos terrestres. En cambio, la duración de esta guerra de ahora se prolongó considerablemente, y acaecieron en Grecia en su transcurso desgracias como no hubo otras en igual espacio de tiempo. Pues nunca fueron capturadas y despobladas tantas ciudades, unas por bárbaros, otras por los mismos griegos que lucharon entre sí (hay algunas que al ser tomadas incluso cambiaron de habitantes), ni tantos hombres exiliados y

mueritos, ya durante la propia guerra, ya por las luchas internas. Y acontecimientos que antes nos contaba la tradición, pero que de hecho rara vez se verificaban, adquirieron ahora verosimilitud: así ocurrió con los seísmos, que abarcaron amplias regiones de la tierra y fueron además violentísimos; eclipses de sol, que acaecieron con mayor frecuencia que lo que se recuerda de anteriores tiempos; grandes sequías en algunos pueblos, que desembocaron en hambre, y, en fin, la causante de las no menores desgracias, y la que en buena parte nos aniquiló: la epidemia de peste. Pues todo este cúmulo de desgracias nos atacaron junto con esta guerra.

Los atenienses y los peloponesios comenzaron el conflicto tras haber rescindido el tratado de paz que por treinta años acordaron tras la toma de Eubea, y el por qué de esta ruptura, las causas y las divergencias, comencé por explicarlo al principio, a fin de evitar que alguien inquiriera alguna vez de dónde se originó un conflicto bélico tan grande para los griegos. Efectivamente, la causa más verdadera (aunque la menos aclarada por lo que han contado) es, según creo, que los atenienses, al acrecentar su poderío y provocar miedo a los lacedemonios, les obligaron a entrar en guerra.

Libro I: Capítulos 31-44

[*Contexto y contenido.* Antes de que se iniciara la guerra del Peloponeso propiamente tal, la ciudad de Corinto y su antigua colonia Corcira, llamada hoy Corfú, tuvieron un conflicto armado a propósito del dominio sobre una tercera ciudad, Epidamno. La más importante batalla naval la ganaron los corcirenses, pero éstos se atemorizaron al ver que los corintios, aliados de Esparta, preparaban una nueva ofensiva y que ellos mismos, debido a su previa neutralidad frente a los bloques de poder, quedarían en un estado de peligrosa indefensión. Los corcirenses decidieron iniciar una ofensiva diplomática a fin de obtener ayuda ateniense y los corintios trataron de hacerla fracasar. El texto presenta sendos discursos ante la Asamblea ateniense con estrategias argumentativas radicalmente distintas. Los corcirenses apelan a los intereses de Atenas mientras que los corintios esgrimen argumentos basados en deberes de gratitud y en el derecho internacional. Es interesante observar que, pese a una cierta vacilación inicial, los atenienses terminaron por abrazar la posición corcireense.]

31. [...] Mas los corintios, informados de esto, se presentaron también en Atenas para mantener conversaciones a fin de evitar que la flota de éstos, sumándose a la de los corcirenses, fuera a impedirles componer la

guerra según ellos querían. Reunida la Asamblea, iniciaron un debate, y los corcirenses dijeron lo siguiente:

32. *“Es justo, jatenienses!, que quienes, como precisamente nosotros ahora, se presentan ante su vecino a solicitar ayuda, sin que se les deba de antemano un gran favor ni medie alianza previa, hagan ver primeramente que lo que solicitan es sobre todo algo útil, o al menos algo que no acarrea inconvenientes, y en segundo lugar, que guardarán además un agradecimiento duradero. Y si no dejan suficientemente en claro nada de esto, que no se enfaden si no consiguen sus propósitos. Los corcirenses nos han enviado en la confianza de poder, junto a la petición de alianza, ofrecerles garantías de esto, a pesar de que nuestro comportamiento ha sido, respecto a nuestra petición de ayuda a ustedes, nada racional, y para nuestros intereses en el momento presente nada favorable. Por propia decisión no hemos sido aliados de nadie hasta hoy, y ahora estamos aquí a solicitar eso mismo a otros, y por ello estamos además solos ante esta guerra con los corintios. Ha cambiado lo que antes parecía ser sentido común nuestro (el no compartir riesgos en una alianza extranjera a causa de los planes de un vecino), y ha resultado ser ahora una locura y debilidad.*

En la pasada batalla naval, efectivamente, nosotros solos rechazamos a los corintios, mas una vez que se han lanzado contra nosotros con preparativos mayores sacados del Peloponeso y del resto de Grecia, nos vemos incapaces de imponernos con nuestras solas fuerzas, y vemos que será grande el riesgo si llegamos a quedar sometidos a ellos, por lo cual es forzoso solicitar apoyo de ustedes o de cualquier otro. Y es disculpable que, si no por maldad sino más bien por un error de cálculo, emprendamos algo que es contrario a nuestra anterior negligencia.

33. *Y resultará, en caso de que nos escuchen, que nuestra petición será para ustedes una hermosa oportunidad en muchos aspectos: en primer lugar, porque prestarán su ayuda a una ciudad que es víctima de injusticias y que no causa daños a otros; en segundo lugar, porque al haber acogido a gente que se halla en un extremo peligro, se asegurarán su agradecimiento con una acción que será un testimonio siempre recordado; finalmente, poseemos una flota que, excepción hecha de la de ustedes, es la mayor. Consideren también qué éxito es más excepcional (y de mayor pesar para el enemigo) que el que les ofrezca espontáneamente una potencia por cuya alianza ustedes habrían dado mucho dinero y gratitud, potencia que a sí misma se les brinda sin peligros ni gastos, sino que les procura además reputación de magnánimos ante la opinión pública, el agradecimiento de aquellos a los que protegen, y mayor poder militar para ustedes mismos.*

Ventajas que, todas juntas, en raras ocasiones se presentan, y pocos son los Estados que al solicitar una alianza se presentan ante quienes la solicitan, proporcionando tanta seguridad y prestigio, al menos, como recibirán.

Y si alguno de ustedes cree que no va a estallar la guerra, en la que tan útiles podríamos serles, se equivoca en sus cálculos, y no advierte que los lacedemonios, por el temor que les tienen, están ansiosos por luchar, y que los corintios, que gozan de gran ascendencia sobre ellos y son enemigos de ustedes, se proponen derrotarnos ahora a nosotros, antes de atacarnos a ustedes, a fin de que no estemos juntos contra ellos por el odio común que les profesamos, y no fallar en adelante una de estas dos cosas: o debilitarnos a nosotros, o fortalecerse ellos mismos. Obligación nuestra es, pues, vigilar de antemano; nosotros ofreciendo la alianza, y ustedes aceptándola, y tomar medidas antes que ellos mejor que replicar más tarde.

34. *Si los corintios objetan, sin embargo, que no es justo que den acogida a una colonia suya, deberán aprender que toda colonia, cuando es bien tratada, honra a su metrópoli, y que cuando se la agravia, cambia de conducta; pues los colonos son enviados no para ser esclavos, sino iguales con los que se quedan en la metrópoli. Y está claro que nos han tratado injustamente: pues cuando fueron invitados a un arbitraje sobre el asunto de Epidamno, prefirieron proseguir sus reivindicaciones con la guerra y no con un juicio equitativo. Y que les sirva a ustedes de advertencia lo que hacen con nosotros, que somos sus parientes, a fin de no dejarse seducir por sus engaños, y no ayudarles de modo imprudente cuando les pidan.*

Pues el Estado que tenga menos remordimientos que hacerse de haber favorecido a sus enemigos es el que vivirá más seguro.

35. *Y no quebrantarán tampoco el tratado de paz con los espartanos por acogernos a nosotros, pues no somos aliados de ninguna de las dos partes. En el pacto, en efecto, se dice que cualquier ciudad griega que no pertenezca a ninguna alianza, podrá adherirse a quienes le plazca. Y sería terrible que a ellos les vaya a estar permitido equiparse sus naves de los que son sus aliados y además del resto de Grecia (y no menos de nuestros propios súbditos), y que en cambio a nosotros se nos impida acceder a una alianza abierta a todos, y obtener ayuda de donde quiera que sea, y que encima consideren un agravio si acceden a nuestra petición. Mucho mayor sería el motivo de queja que tendríamos nosotros si no les convencemos. Pues en ese caso nos rechazarían a nosotros, que estamos en serio peligro y no somos enemigos de ustedes, con lo cual además no sólo no obstaculizarían a los corintios, que sí son enemigos de ustedes y les agreden, sino que tolerarían que aumenten su poderío tomando fuerzas de su imperio. Y eso no es justo, sino que deben, o impedirles que adquieran mercenarios*

sacados de su jurisdicción, o enviarnos también a nosotros ayuda en la medida en que les convenzamos; y mejor que todo, acogernos y auxiliarnos abiertamente.

Y son muchas, como al principio adelantamos, las ventajas que les mostramos: la mayor es que nuestros enemigos son los mismos (precisamente ahí radica la más clara garantía), y no débiles, sino con fuerzas para hacer daño a quienes desertan de ellos. Y no es lo mismo renunciar, cuando ella misma se ofrece, a una alianza marítima que a una terrestre; sino que lo mejor es, si pueden, no permitir que ningún otro Estado tenga naves, y si no, tener como amigo a quien es más fuerte.

36. *Y al que todo esto le parezca que es conveniente, pero tema romper la tregua al dejarse convencer por ello, deberá saber que su miedo por ir acompañado de la fuerza llenará más de miedo a sus enemigos, y que el estar confiado sin aceptar nuestra alianza equivale a ser débil, y a aparecer menos temible ante unos poderosos enemigos. Además, ahora delibera ése no tanto sobre Corcira como sobre Atenas, y no toma las mejores precauciones para ella cuando, con vistas a la guerra futura y ya casi presente, atiende sólo lo que tiene ante la vista, y aún duda en atraerse a su alianza a un país que como amigo o como enemigo tiene el mayor peso.*

Se halla enclavado, en efecto, magníficamente a mitad de camino del cabotaje a Italia y Sicilia, para impedir que de allí venga una flota de apoyo a los peloponesios, y para enviarla desde aquí hasta allá; y en todo lo demás es de gran utilidad. Con una razón muy concisa, tomando el asunto en su conjunto y por separado, podrían colegir que no deben rechazarlos; en Grecia hay tres escuadras dignas de tenerse en cuenta: la de ustedes, la nuestra y la de los corintios. Si permiten que dos de ellas se fusionen y que los corintios se adelanten y nos conquisten, tendán que sostener combate naval al mismo tiempo con los corcirenses y con los peloponesios; en cambio, si nos han aceptado como aliados contarán para luchar contra ellos con muchas naves: con las nuestras más las de ustedes.”

Así hablaron los corcirenses, y los corintios, después de ellos, se expresaron de este modo:

37. *“Es necesario en primer lugar, ya que los corcirenses aquí presentes han expuesto en su discurso no sólo que los acojan, sino que nosotros los agraviamos y que son atacados sin razón, que recordemos ambos puntos y así pasar acto seguido al resto del discurso, para que consideren con mayor objetividad nuestra reclamación y rechacen con buenas razones su petición.*

Afirman que no han aceptado, por sensatez, la alianza de nadie. Pero en realidad practicaron esta política por maldad, no por virtud. No

querían tener aliado alguno que fuera testigo de sus fechorías, ni tener que avergonzarse, si llamaban a cualquiera. Su ciudad se halla en un emplazamiento que por sí sola se defiende, y los convierte en jueces de los atropellos que contra los demás cometen, en vez de proceder de acuerdo con unos tratados, ya que ellos muy rara vez envían sus barcos a puertos vecinos, y en cambio acogen en los suyos con frecuencia a los de los demás, que se ven obligados a arribar a ellos por necesidad.

Y en estas circunstancias, no se proponen con ese hermoso desprecio por las alianzas el mantenerse al margen de las injusticias que otro haga, sino cometerlas ellos solos; para avasallar allá donde puedan, para tomar mayor ventaja cuando no les vean, y para no tener que avergonzarse si en algún sitio se apoderan de algo. En cambio, si fueran hombres, como dicen, de bien, cuanto más inaccesibles son para los demás vecinos, tanto más claramente les sería posible mostrar su rectitud ofreciendo y aceptando arbitrajes justos.

38. Pero ni con los demás ni con nosotros se comportan así, sino que, siendo colonia nuestra, han observado desde siempre un comportamiento disidente, y ahora nos declaran la guerra alegando que no fueron enviados para sufrir malos tratos. Pero nosotros afirmamos que tampoco fundamos la colonia para sufrir sus insolencias, sino para tener la hegemonía sobre ellos y ser convenientemente respetados.

Por ejemplo, las demás colonias nos honran, y de manera especial somos queridos por nuestros colonos. Y está claro que si somos gratos a los más, no es normal que no lo seamos para éstos solos, ni haríamos contra ellos esta expedición tan insólita, de no haber sido también víctimas de ellos de un modo excepcional.

Hermoso sería para ellos haber cedido ante nuestra cólera, en el caso de que el error fuera nuestro, y una vergüenza para nosotros haber respondido con la violencia a su moderación. Pero por la insolencia y el desenfreno que se derivan de su riqueza han faltado repetidas veces contra nosotros; como ahora en el caso de Epidamno, que es colonia nuestra, a la que no se captaron para su causa cuando estaba en apuros, sino que ahora, al aparecer nosotros para ayudarles, se apoderan de ella y la retienen por la fuerza.

39. Y dicen que desde un principio estuvieron dispuestos a someterse a un arbitraje, mas esta apelación al derecho no hay que tenerla en cuenta cuando la formula uno que está en situación ventajosa y de seguridad, sino cuando lo hace quien actúa justamente, tanto de hecho como de palabra, antes de emprender la lucha. Éstos, en cambio, hicieron su hermosa oferta de acudir al arbitraje, no antes de poner sitio a Epidamno, sino una vez que

se dieron cuenta de que nosotros no lo íbamos a consentir. Y ahora están aquí, y no contentos con las fechorías que allí han cometido, solicitan de ustedes que sean no ya sus aliados, sino sus cómplices, y también sus socios, ahora que ellos han chocado con nosotros. Debieron ellos haber acudido cuando en mayor seguridad estaban y no cuando nosotros hemos sido agraviados y ellos se ven en peligro; ni cuando ustedes, que no han participado de las ventajas de su poderío, tienen ahora que prestarles auxilio, y que a pesar de que estuvieron apartados de sus atropellos, van a ser también igualmente responsables ante nosotros. Debieron haber unificado con ustedes sus fuerzas hace tiempo, y compartir después lo que viniera.

40. *Así pues, que venimos con acusaciones justificadas y que éstos son unos violentos y ambiciosos, está bien claro. Ahora es preciso que comprendan que no sería justo que les acogieran. Pues si en el tratado se dice que cualquiera de las ciudades no firmantes puede adherirse a quienquiera, esa cláusula no se refiere a los que se disponen a dañar a otros, sino al que está necesitado de una ayuda que no va a ser utilizada en hacer defección, y al que no va a acarrear la guerra en vez de la paz a quienes le acogen como aliado, si éstos son sensatos. Que es lo que precisamente les ocurriría ahora si no nos escucharan.*

Pues no sólo se convertirían en defensores suyos, sino que de aliados pasarían a ser enemigos nuestros. En efecto, forzoso es que si van con ellos no les excluyamos a ustedes al defendernos de aquéllos. En realidad, lo más justo sería que se mantuvieran neutrales respecto de ambos bandos, y si no, que se unieran, pero en sentido contrario, a nosotros contra ellos (ya que con los corintios tienen al menos un tratado de paz, mientras que con los corcirenses ni una breve suspensión de hostilidades en ningún momento), y no establecer la costumbre de dar acogida a los que desertan de otro bando. Porque nosotros, cuando la revuelta de Samos, no contribuimos a votar contra ustedes cuando los votos del resto de los pueblos del Peloponeso estaban divididos sobre si había que ayudarles. Por el contrario, sostuvimos abiertamente que cada uno tenía derecho a imponer represalias a sus aliados. Pues si dan acogida a los malvados y los apoyan, verán cómo en no menor número algunos aliados de ustedes se van a pasar a nosotros, con lo que habrán instituido una costumbre más en su perjuicio que en el nuestro.

41. *Tales son, pues, los argumentos que podemos esgrimir ante ustedes, más que suficientes según las costumbres griegas, pero es que además tenemos una tal exhortación y reclamación de que sean agradecidos con nosotros (ya que no somos enemigos como para buscar su daño, ni*

tan amigos como para mantener relaciones de cordialidad) que afirmamos que en el momento presente nos deben corresponder a ese favor, y es la siguiente: cuando en cierta ocasión, antes de las Guerras Médicas, estuvieron necesitados de naves de guerra para luchar contra los de Egina, recibieron de los corintios veinte naves. Este favor, pues, y el que les hicimos en el asunto de Samos (cuando, gracias a nosotros, no les ayudaron los peloponesios) les valió vencer a los de Egina y castigar a los samios. Y ello ocurrió en circunstancias tales en las que los hombres suelen arremeter contra sus enemigos, sin importarles otra cosa que no sea la victoria. Consideran, en efecto, amigo a quien les ayuda, aunque antes le fuera hostil, y enemigo al que se le enfrenta, aunque en otra ocasión fuera su amigo, ya que incluso anteponen a sus lazos de sangre sus anhelos de victoria inmediata.

42. *Reflexionen sobre esto (que el más joven se informe por quien es de mayor edad) y juzguen digno auxiliarnos al igual que hicimos nosotros. Que no piense nadie que lo que hemos dicho es justo, pero que lo que conviene, si entran en guerra, es otra cosa distinta. Pues lo conveniente suele ir acompañado las más de las veces del acierto en la resolución, y en cuanto a la inminente guerra, con la que los corcirenses intentan intimidarles e inducirles a cometer un acto injusto, aún es incierta; y no merece la pena que incitados por ella se atraigan la declarada (y no en perspectiva) enemistad de los corintios; más prudente sería que disipen la desconfianza anteriormente creada por el asunto de Mégara (pues un favor reciente, hecho en su momento, por pequeño que sea, puede curar ofensas mayores). Y no se dejen arrastrar por la idea de que les brindan una gran alianza naval. Porque el no cometer injusticia a tus iguales es garantía mayor de fuerza que, incitados por lo que está de inmediato a la vista, vivir en medio de peligros constantes.*

43. *Nosotros, pues, que hemos venido a parar a lo mismo que ya declaramos en Esparta, a saber, que cada uno castigue a sus aliados, pretendemos ahora encontrar en ustedes una actitud idéntica, y no que después de haberse beneficiado con nuestro voto de entonces, nos perjudiquen ahora con el de ustedes. Devuélvannos lo que es recíproco, conscientes de que ésta es una de esas ocasiones en que es más amigo el que ayuda, y el que se opone, más enemigo. Y a estos corcirenses que aquí están, ni los admitan como aliados, contra nuestro criterio, ni les ayuden en sus agresiones. Si así actúan, harán lo que se debe, y habrán elegido lo más conveniente para ustedes mismos”.*

44. Tales cosas dijeron a su vez los corintios. Los atenienses oyeron a ambas partes, y de las dos asambleas que celebraron, en la primera

aceptaron los argumentos de los corintios no menos que los de los corcirenses, mas al día siguiente cambiaron de parecer y resolvieron acordar no una alianza que fijara los mismos enemigos y amigos (pues si los corcirenses les pedían ayuda naval contra Corinto, ello supondría la ruptura del pacto con los peloponesios) sino un tratado defensivo para el caso de que alguien atacara Corcira, Atenas o alguno de sus aliados.

Libro I: Capítulos 67-79

[*Contexto y contenido.* Las ciudades de Corinto y de Mégara, antiguas rivales comerciales de Atenas, están en condiciones cada vez más precarias debido a la expansión ateniense. Sus representantes ven como única solución que Esparta declare la guerra y frene de ese modo las pretensiones de la ciudad rival. En una sesión de la *apella* o Asamblea espartana, los corintios incitan a los espartanos con una serie de argumentos, de los cuales el más famoso es el basado en el modo de ser de los atenienses (cap. 70). Con una justificación poco convincente, Tucídides incluye un discurso de réplica por parte de una embajada ateniense que por casualidad se encontraba en Esparta. Este discurso es de gran interés porque ofrece una penetrante justificación del imperio ateniense, que apela a una ley general del acontecer humano: que el fuerte siempre somete al débil.]

67. [...] Entonces los lacedemonios extendieron la convocatoria a todos los aliados que pretendían haber sido lesionados en sus derechos por los atenienses. Reunieron su acostumbrada Asamblea y les invitaron a hablar. Se presentaron algunos pueblos, cada cual con sus reivindicaciones, y en particular los megarenses, que pusieron de manifiesto sobre todo y entre otras no pequeñas divergencias, que se les prohibía el acceso a los puertos del imperio ateniense y a los mercados del Ática, lo cual conculcaba el tratado.

Los corintios intervinieron los últimos, después de haber dejado que los demás soliviantaran antes los ánimos de los lacedemonios, y añadieron lo siguiente:

68. [...] *“La lealtad que reina entre ustedes, lacedemonios, tanto en su vida política como en sus relaciones privadas, les torna más incrédulos para con los demás cuando tenemos algo que decir. De ello procede el que sean prudentes, pero sufren también un mayor desconocimiento de los asuntos externos. Muchas veces, en efecto, les hemos anunciado de antemano las ofensas que íbamos a sufrir por parte de los atenienses, mas no*

aprovechaban la enseñanza de lo que en cada ocasión les informábamos, sino que más bien sospechaban de los que les hablaban, en la idea de que lo hacían movidos por sus divergencias privadas. Y por ello han convocado a los aliados aquí presentes, no antes de que nos ocurrieran estos males, sino después de que nos hallamos en el terreno de los hechos. Más que a nadie nos concierne a nosotros hablar ante esta Asamblea, en tanto que también tenemos los mayores motivos de queja, pues somos ultrajados por los atenienses, y por ustedes abandonados.

Si éstos se ocultaran cuando violan los derechos de Grecia, sería preciso darles información como a gente que no lo sabe; pero ¿qué necesidad tenemos ahora de alargarnos en discursos?: de éstos, ven a unos esclavizados, y cómo los atenienses traman insidias contra otros (y no en menor grado contra nuestros propios aliados), y cómo hace mucho que se preparan para el caso de que vayan a entrar en guerra. Pues, de lo contrario, no retendrían Corcira, después de habérmola arrebatado por la fuerza, ni sostendrían el asedio de Potidea. De las cuales la primera es la plaza más indicada y utilizable para los asuntos de Tracia, y la segunda hubiera aportado a los peloponesios la mayor escuadra.

69. Y de todo esto los culpables son ustedes, al haberles dejado primero fortificar su ciudad después de las Guerras Médicas, luego, dejarles construir los Muros Largos, y hasta hoy día sin cesar han estado privando de su libertad no sólo a los que ellos esclavizan, sino incluso ya hasta a sus aliados. Pues no es el que somete a otros a esclavitud el que verdaderamente lo hace, sino el que puede evitarlo y se desentiende, sobre todo si quiere ostentar el glorioso título de ser el libertador de Grecia.

Con grandes dificultades nos hemos reunido aquí, y ni siquiera ahora con unos objetivos claros. Pues no habría que examinar si se nos hace ultraje, sino cómo defendernos, dado que éstos actúan ya, después de haberse resuelto a ello, y no se demoran en atacar a quienes aún están indecisos. Sabemos con qué método lo hacen, y cómo atacan a sus vecinos poco a poco. Y ahora son menos osados porque creen que pasan inadvertidos al tenerles por poco perspicaces, pero cuando se den cuenta de que lo saben y se lo toleran, insistirán con una resolución total.

Pues son los únicos griegos que permanecen inactivos, lacedemonios, y que no defienden a nadie con sus fuerzas, sino con su intención; y son los únicos que no cortan el desarrollo de sus enemigos cuando se inicia, sino cuando se ha hecho el doble. ¡Y eso que se decía que eran gente en quien poder confiar, reputación, desde luego, que era superior a la realidad!

Por ejemplo, sabemos que los medos llegaron hasta el Peloponeso desde los más remotos confines de la tierra antes de que sus fuerzas les

salieran al encuentro de un modo decoroso. Y ahora, a los atenienses, que no están lejos como aquéllos, sino aquí, les dejan hacer, y en vez de atacarlos ustedes, prefieren defenderse cuando les ataquen y ponerse en el incierto trance de luchar con ellos cuando sean más poderosos. Y eso que saben que los bárbaros fueron derrotados las más de las veces por sus propios fallos, y que frente a los mismos atenienses en muchas ocasiones nosotros hemos salido victoriosos más por sus yerros que por su ayuda.

La verdad sea dicha, las esperanzas depositadas en ustedes han causado ya la ruina de alguno que no tomó sus precauciones por confiar en ustedes.

Y que ninguno de ustedes piense que hemos dicho esto más por enemistad que como queja, pues la queja se aplica al amigo que se equivoca; en cambio la acusación, al enemigo que ha cometido un crimen.

70. *Y al mismo tiempo, creemos que si hay alguien que tenga derecho a hacer censuras al vecino somos nosotros, sobre todo cuando son grandes los intereses puestos en juego, acerca de los cuales nos parece que no se dan cuenta ni han calculado nunca qué clase de hombres son los atenienses, contra los que tendrán que enfrentarse, y cuán diferentes por completo de ustedes.*

Ellos son, en efecto, amigos de lo novedoso y vivos para imaginar y llevar a cabo lo que planean; de ustedes, en cambio, es propio conservar lo que tienen, no inventar nada, y no llevar a la práctica ni lo más indispensable. Además, son osados mas allá de sus fuerzas, aman el peligro en contra de lo que la prudencia aconseja, y son optimistas ante situaciones de riesgo; lo de ustedes en cambio es hacer cosas inferiores a las que pueden, no confiar ni en las más seguras reflexiones, y creer que nunca saldrán airoso de las situaciones de peligro. Todavía más, ellos son decididos, frente a ustedes, indecisos; viajeros, frente a unos sedentarios: pues piensan ellos que al ir fuera podrían adquirir algo nuevo; ustedes, en cambio, que al salir, serán perjudicados incluso en lo propio.

Si vencen a sus enemigos, explotan el éxito al máximo, y si son vencidos, lo mínimo se abaten. Aún más, usan sus cuerpos en la defensa de su patria como si fueran de extraños, mientras que se sirven de su inteligencia de la forma más individual si hay que hacer algo por ella. Y si han planeado algo y no lo logran, se consideran frustrados en algo propio; y en cambio, si adquieren algo después de haberlo perseguido, lo estiman en poco comparado con sus logros futuros. Y si en alguna ocasión fracasan en su intento, conciben nuevas esperanzas para compensar esta pérdida. Pues son los únicos para quienes es lo mismo tener que esperar lo que proyectan, en razón de que ponen rápidamente en práctica sus planes. Y se esfuerzan

en todo esto a lo largo de toda su vida, entre esfuerzos y peligros; y disfrutan poquísimos de lo que poseen, por el afán de adquirir continuamente más; y no consideran día festivo sino a hacer lo que deben; y desgracia es para ellos no menos la inactividad ociosa que la laboriosa actividad.

De suerte que sería correcto decir, resumiendo, que ellos han nacido para ni tener tranquilidad ellos mismos, ni permitírsela a los demás hombres.

71. *Sin embargo, y a pesar de que enfrente tienen a una ciudad como ésta, lacedemonios, siguen dudando, y creen que la paz es más duradera, no para aquellos que proceden justamente con su poder (aunque en su fuero interno estén decididos a no consentir se les atropelle), sino que lo que consideran justo radica en no causar daños a los demás y no resultar perjudicados al autodefenderse.*

Esto es algo que lograrían, y eso a duras penas, si tuvieran como vecinos a una ciudad semejante a la de ustedes. Pero el caso es que ahora, como acabamos de demostrar, sus hábitos están anticuados frente a los de éstos. Es preciso, pues, como en cualquier otra profesión, dominar las nuevas técnicas. Para una ciudad tranquila son excelentes las costumbres inalteradas, pero para quienes se ven forzados a acudir a múltiples asuntos, se necesitan también tácticas nuevas. Por este motivo, precisamente la política de los atenienses se ha remozado mucho más que la de ustedes, gracias a su múltiple experiencia.

Fije aquí su límite su lentitud. Y ahora ayuden a los de Potidea y a los demás, según se comprometieron, haciendo rápidamente una incursión contra el Ática, a fin de no poner en manos de los más acérrimos enemigos a gente que es amiga y pariente, y no nos hagan buscar a los demás, por desesperación, una nueva alianza. Y si lo hiciéramos, no seríamos reos de injusticia ni ante los dioses de los juramentos, ni ante los hombres que los vigilan. Pues no rompen el tratado quienes, por verse solos, se pasan a otros, sino quienes no acuden en socorro de aquellos con los que se tienen obligaciones juramentadas.

Si ustedes quieren ser solícitos, permaneceremos como estamos, pues si en tal caso desertáramos, no respetaríamos los sagrados juramentos ni encontraríamos a otros aliados más afines.

Ante todo esto, reflexionen con acierto; y procuren conservar la hegemonía sobre un Peloponeso no menor que el que sus padres les legaron”.

72. De este modo hablaron los corintios. Y cuando los atenienses (pues se daba la circunstancia de que una embajada suya se hallaba presente con anterioridad en Esparta, a propósito de otras cuestiones) tuvieron noticias de estas conversaciones, creyeron que debían acudir ante la Asamblea de los lacedemonios, no con intención de defenderse de las acusaciones que

las ciudades les imputaban, sino para manifestar respecto a la cuestión en su conjunto que no debían decidir con precipitación, sino reflexionar un poco. Al propio tiempo, querían señalar cuán grande era el poderío de su ciudad, hacer que los más viejos recordaran lo que sabían, y explicar a los más jóvenes lo que desconocían, pensando que a resultas de sus razones ellos se inclinarían más por la paz que por la guerra.

Se acercaron, pues, a los lacedemonios y les dijeron que querían dirigir la palabra también ellos a la Asamblea, si no había nada que lo impidiera. Ellos los invitaron a comparecer, y una vez allí, los atenienses dijeron lo siguiente:

73. *“Nuestra embajada no tenía como finalidad una discusión con los aliados de ustedes, sino los asuntos para los que nos envió nuestra ciudad. Pero informados de la calumnia que han levantado contra nosotros, hemos comparecido no para replicar a las acusaciones de las ciudades (pues ustedes no son quienes para poder ser jueces de muestras palabras ni de las de éstos) sino para que no tomen una mala decisión, persuadidos fácilmente por sus aliados, acerca de cuestiones capitales, y porque al mismo tiempo queremos hacer ver, a propósito de ese rumor que se ha lanzado contra nosotros, que no sin fundamento poseemos lo que tenemos, y que nuestra ciudad es merecedora de deferencia.*

Respecto de las cosas muy antiguas, ¿para qué hablar, si de ellas son testigos más los relatos tradicionales que los ojos de nuestro auditorio? En cambio, es forzoso hablar de las Guerras Médicas y de cuantos otros hechos ustedes conocen, aunque nos vayan a originar alguna molestia al traerlos nosotros a colación permanente. El riesgo que corrimos cuando luchábamos resultó de gran provecho, ya que ustedes mismos recibieron en la parte que les correspondía un beneficio real; por tanto, no se nos debe privar del todo a nosotros del derecho a hablar de ello, si así obtenemos algún beneficio.

Y vamos a decir esto no tanto por defendernos, como para dejar constancia y notificación de contra qué ciudad van a enfrentarse, en caso de que no deliberen con sensatez. Afirmamos que en Maratón nos enfrentamos nosotros solos, y los primeros, a los bárbaros, y cuando volvieron algo más tarde, al no tener posibilidades de defendernos por tierra, nos embarcamos en masa y participamos en el combate naval de Salamina, que fue precisamente lo que contuvo a los bárbaros de arrasar el Peloponeso mediante incursiones navales ciudad por ciudad, cuando ya nos hubiera sido imposible auxiliarnos recíprocamente contra tantas naves.

Y la mejor prueba la dieron ellos mismos, pues cuando fue vencida su flota se retiraron rápidamente con la mayor parte del ejército, porque presentían que sus fuerzas ya no eran las mismas.

74. Así pues, al haberse desarrollado los acontecimientos de esta manera, se demostró palmariamente que la suerte de los griegos estuvo en la flota; y fuimos nosotros los que contribuimos a ella con los tres elementos claves: el mayor número de naves, el almirante más inteligente, y el más resuelto entusiasmo. De las cuatrocientas naves, casi los dos tercios eran nuestras; el almirante Temístocles, que fue el que hizo que la batalla se librara en el estrecho (gracias a lo cual, de manera principalísima, se salvó la situación, y que fue el motivo por el que ustedes le tributaron los máximos honores de cuantos extranjeros les visitaron); finalmente, mostramos el más resuelto y osado entusiasmo, ya que al ver nosotros que nadie nos socorría por tierra, dado que los demás Estados vecinos estaban sometidos, nos decidimos a abandonar nuestra ciudad y arruinar nuestras posesiones. Y ni aun así abandonamos la causa común de los aliados que todavía quedaban, ni nos hicimos inútiles para ellos dispersándonos, sino que a bordo de las naves afrontamos el peligro, sin guardarles rencor porque no nos hubieran anteriormente socorrido. De suerte que afirmamos que les hemos sido de no menor utilidad que la que hemos recibido.

Pues ustedes vinieron en ayuda desde ciudades que aún continuaban habitadas, y con intenciones de seguirlas habitando en adelante, y después que temieron por su seguridad más que por la nuestra (pues al menos cuando estábamos a salvo no aparecieron). En cambio, nosotros acudimos desde una ciudad que ya no existía, y nos arriesgamos por ella, aunque tenía tan pocas esperanzas, y así contribuimos en parte a salvarles y a salvarnos a nosotros mismos.

Pero si nos hubiéramos pasado antes a los medos temiendo, como otros, por nuestro país, o no nos hubiéramos atrevido a embarcarnos en nuestras naves por creernos ya perdidos, no habrían tenido necesidad, al no disponer de suficiente número de naves, de entablar combate naval, sino que las cosas les hubieran salido tranquilamente como ellos querían.

75. ¿Acaso merecemos, lacedemonios, ser objeto por parte de los griegos de una envidia tan grande, a propósito del imperio que poseemos, a causa de nuestro resuelto entusiasmo de entonces, y de nuestra clarividencia mental?

Pues lo conseguimos, no con la violencia, sino que al no querer ustedes continuar la lucha contra lo que quedaba de los bárbaros, los aliados se presentaron ante nosotros a pedirnos que fuéramos sus adalides. Y desde que pasamos a la acción nos vimos obligados a conducirlos ante todo al estado actual, principalmente por miedo, luego por honor, y finalmente por nuestro interés.

Y luego ya no nos pareció seguro (cuando ya éramos odiados por muchos, y algunos incluso habían sido sometidos por haberse sublevado, y

ustedes ya no permanecían en nuestra amistad, sino que mediaban sospechas y divergencias) correr el riesgo de dejarlos en libertad, pues las deserciones se habrían producido hacia el bando de ustedes. Y a nadie se le puede censurar el disponer sus asuntos como mejor le conviene, cuando se trata de peligros gravísimos.

76. Por ejemplo, ustedes, lacedemonios, ejercen la hegemonía sobre las ciudades del Peloponeso, tras haber influido para que se organizaran según les convenía. Y si entonces hubieran permanecido ejerciéndola todo el tiempo, y en ella se hubieran atraído odios como ahora nosotros, estamos seguros de que hubieran llegado a ser para sus aliados no menos odiosos, y se hubieran visto constreñidos o a gobernar enérgicamente, o a ponerse en situación de peligro ustedes mismos.

Así que ni hemos hecho nada que deba extrañar, ni fuera de lo que es el comportamiento humano, si hemos aceptado un imperio que se nos brindaba, y no lo abandonamos por ceder ante los tres motivos principales: el honor, el temor y el interés. Por otra parte, no hemos sido los primeros en establecer tal principio, sino que desde siempre está instituido que el más débil sea sometido por quien es más poderoso. Además, creemos ser dignos merecedores de ello, y lo parecíamos a ustedes hasta el día de hoy, en que al calcular lo que les conviene invocan razones de una justicia que nadie, jamás, cuando se le presentó ocasión de adquirir algo por la fuerza, ha antepuesto para rehusar engrandecerse.

Y son dignos de elogio quienes, al dominar a otros según la naturaleza humana, se comportan con mayor justicia de lo que corresponde a las fuerzas que tienen.

El caso es que creemos que si otros ocuparan nuestro lugar, probarían muy a las claras que somos moderados; en cambio a nosotros nos ha envuelto, sin razón y a causa de la lenidad de nuestro gobierno, el descrédito en vez del elogio.

77. Y aunque estamos en situación de inferioridad en los procesos sujetos a acuerdos que tenemos frente a nuestros aliados, y que entre nosotros los celebramos con leyes imparciales, tenemos fama de ser amigos de pleitos. Y nadie investiga por qué no se hace el mismo reproche a quienes tienen un imperio en alguna otra parte y se comportan con sus súbditos con menos moderación que nosotros. Y es que quienes pueden cometer violencia, no tienen necesidad de acudir a procesos.

Mas nuestros aliados, habituados a tratarnos en plan de igualdad, cuando han resultado en algo perjudicados (según lo que ellos creen no debe hacerse) por una decisión, o por el poder que dimana de nuestro imperio, no nos quedan agradecidos por no ser privados de la parte ma-

yor, sino que se enojan más por lo poco que les falta que si desde un principio, al margen de toda ley, persiguiéramos abiertamente nuestro interés. Pues en tal caso ni ellos habrían protestado de que es necesario que el más débil ceda ante el más fuerte. A lo que parece, los hombres se irritan más cuando son objeto de injusticia que de malos tratos, pues la primera da la impresión de ser un abuso que se comete desde una situación de igualdad, mientras que lo segundo aparece como una necesidad ante un superior.

Por ejemplo, bajo el yugo de los Medos sufrieron y soportaron peores tratos; ahora, empero, nuestro imperio les parece duro. Es normal, pues el presente siempre es duro para los sometidos.

Y seguro que también ustedes si nos derrotaran y gobernaran un imperio, verían al punto cambiar la benevolencia que les brindan a causa del miedo que nos tienen, si es que su comportamiento de ahora iba a ser idéntico al que dejaron tímidamente ver cuando fueron los adalides, por poco tiempo, mientras se combatía contra los Medos.

Porque tienen costumbres entre ustedes que son inconciliables con las de los demás; y aún peor, cuando cada uno de ustedes viaja al exterior no se rige ni por las suyas ni por las del resto de Grecia.

78. Deliberen, pues, con calma sobre un asunto no baladí, y no asuman una carga, que será suya, persuadidos por opiniones y quejas. Mediten de antemano, antes de que ocurra, cuán grandes e incalculables son las alternativas de la guerra, porque ésta, prolongándose, suele las más de las veces exponerse a los golpes de la fortuna, y de ésta ambos distamos por igual, y el peligro se resuelve sin que se sepa en qué sentido se decantará.

Cuando los hombres se lanzan a la guerra, se aplican primero a la acción, que es lo que deberían hacer en último lugar; y una vez que conocen la desgracia atienden ya a razones.

Y nosotros, que nunca hemos caído en este error, ni vemos en él a ustedes, les queremos decir que, mientras ambos tengamos la libertad para tomar decisiones sensatas, no rompan el tratado ni violen los juramentos, sino que las diferencias se resuelvan de acuerdo con lo pactado, por la vía de la justicia; si no, tomando como testigos a los dioses protectores de los juramentos intentaremos, si comienzan la guerra, defendernos, siguiendo el camino por el que nos hayan llevado”.

79. Así hablaron los atenienses. Y una vez que los lacedemonios hubieron oído las inculpaciones de sus aliados contra los atenienses, así como lo que argumentaron éstos, hicieron que se ausentara todo el mundo para deliberar ellos solos sobre la situación presente. El parecer de la gran

mayoría llevaba a lo mismo: que los atenienses ya eran culpables y que había que declararles la guerra inmediatamente.

Libro I: Capítulo 99

[*Contexto y contenido.* Este breve pasaje forma parte del análisis del crecimiento del poder de Atenas a partir de la victoria sobre los persas. El historiador identifica un factor decisivo para la transformación de la liga de Delos en un imperio ateniense. Algunos aliados, para no prestar servicio militar lejos de sus ciudades, aceptaron pagar una suma equivalente al costo de la mantención de sus naves y tripulaciones. Esto los debilitó porque los atenienses recibían el dinero mientras ellos perdían capacidad naval. Lo que Tucídides no menciona es el alto costo de oportunidad que representaba para una ciudad-estado pequeña el tener a un significativo porcentaje de su población masculina navegando durante la mayor parte del año en vez de estar trabajando en la agricultura u otras actividades productivas.]

99. Entre otras causas de defección, las principales eran la falta de pago de los tributos o el no envío de los barcos y, en el caso de alguno, la deserción. Pues los atenienses eran inflexibles en la ejecución del cobro y al exigirles sus obligaciones se hacían odiosos a unas gentes que no estaban habituadas ni dispuestas a sufrir penalidades. De otra parte, los atenienses ya no ejercían el mando con el mismo beneplácito de antes por parte de los demás, y ya no partían a ninguna expedición en plano de igualdad con los aliados, de ahí que les resultara fácil doblegar a los disidentes. Y de todo esto fueron culpables los propios aliados, pues por esta relucencia suya a las expediciones militares, la mayoría de ellos, para no tener que salir de su ciudad, se impusieron a sí mismos la obligación de tributar con una suma equivalente en dinero mejor que con naves. Así, los atenienses aumentaban su escuadra merced al dinero que aquéllos aportaban, mientras que éstos, en caso de hacer defección, se encontraban sin preparativos e inexpertos para la guerra.

Libro II: Capítulos 34- 54

[*Contexto y contenido:* La guerra ha comenzado hace ya un año y los atenienses celebran en forma solemne un funeral simbólico de todos los

caídos hasta ese momento. El orador en esta oportunidad es nada menos que Pericles y el contenido de su discurso es un retrato idealizado de la democracia ateniense. La indicación de que los atenienses siguieron esta costumbre “durante el transcurso de toda la guerra” (cap. 34) permite inferir con alto grado de probabilidad que Tucídides compuso este pasaje cuando Atenas ya había sufrido la derrota final. El discurso enfatiza el poder de la ciudad y la libertad de que gozan los ciudadanos, quienes a su vez viven con un profundo respeto por el imperio de la ley (cap. 37). Esta imagen idílica se desvanece de inmediato al mostrarnos Tucídides cómo la peste afectó en lo más profundo el temple moral de la ciudad llevando a una situación de extrema *anomia* o falta total de respeto por las leyes (cap. 53).]

34. En el mismo invierno los atenienses, siguiendo la costumbre tradicional, organizaron públicamente las ceremonias fúnebres de los primeros que habían muerto en esta guerra, de la siguiente manera: montan una tienda y exponen los huesos de los difuntos tres días antes del entierro, y cada uno lleva a su deudo la ofrenda que desea. Y cuando tiene lugar la conducción de cadáveres, unos carros transportan los féretros de ciprés, cada uno de una tribu y en su interior se hallan los huesos de los pertenecientes a cada una de las tribus. Se transporta también un féretro vacío preparado en honor de los desaparecidos que no fueron hallados al recuperar los cadáveres. Acompaña al cortejo el ciudadano o extranjero que quiere, y las mujeres de la familia quedan llorando sobre la tumba. Los depositan, pues, en el cementerio público que está en el más hermoso barrio de la ciudad, que es donde siempre dan sepultura a los que han muerto por la ciudad, excepción hecha de los que murieron en Maratón, pues a éstos, al considerar la brillantez de su valor, los enterraron allí mismo.

Y después que los cubren de tierra, un hombre elegido por la ciudad, el que por su inteligencia no parezca ser un necio y destaque en la estimación pública, pronuncia en honor de éstos el pertinente elogio, tras lo cual se marchan todos. Este es el modo como los entierran. Durante el transcurso de toda la guerra seguían esta costumbre cada vez que la ocasión se les presentaba. Así pues, para hablar en honor de estos primeros muertos fue elegido Pericles, hijo de Jántipo. Llegado el momento, se adelantó desde el sepulcro hacia una alta tribuna que se había erigido a fin de que pudiera hacerse oír ante tan gran muchedumbre, y habló así:

35. *“La mayoría de los que aquí han hablado anteriormente elogian al que añadió a la costumbre el que se pronunciara públicamente este discurso, como algo hermoso en honor de los enterrados a consecuencia de las guerras. Aunque lo que a mí me parecería suficiente es que, ya que*

llegaron a ser de hecho hombres valientes, también de hecho se patentizara su fama como ahora mismo ven en torno a este tûmulo que públicamente se les ha preparado; y no que las virtudes de muchos corran el peligro de ser creídas según que un solo hombre hable bien o menos bien. Pues es difícil hablar con exactitud en momentos en los que difícilmente está segura incluso la apreciación de la verdad.

Pues el oyente que ha conocido los hechos y es benévolo, pensará quizá que la exposición se queda corta respecto a lo que él quiere y sabe; en cambio quien no los conoce pensará, por envidia, que se está exagerando, si oye algo que está por encima de su propia naturaleza. Pues los elogios pronunciados sobre los demás se toleran sólo hasta el punto en que cada cual también cree ser capaz de realizar algo de las cosas que oyó; y a lo que por encima de ellos sobrepasa, sintiendo ya envidia, no le dan crédito. Mas, puesto que a los antiguos les pareció que ello estaba bien, es preciso que también yo, siguiendo la ley, intente satisfacer lo más posible el deseo y la expectación de cada uno de vosotros.

36. Comenzaré por los antepasados, lo primero; pues es justo y al mismo tiempo conveniente que en estos momentos se les conceda a ellos esta honra de su recuerdo. Pues habitaron siempre este país en la sucesión de las generaciones hasta hoy, y libre nos lo entregaron gracias a su valor. Dignos son de elogio aquéllos, y mucho más lo son nuestros propios padres, pues adquiriendo no sin esfuerzo, además de lo que recibieron, cuanto imperio tenemos, nos lo dejaron a nosotros, los de hoy en día. Y nosotros, los mismos que aún vivimos y estamos en plena edad madura, en su mayor parte lo hemos engrandecido, y hemos convertido nuestra ciudad en la más autárquica, tanto en lo referente a la guerra como a la paz.

De estas cosas pasaré por alto los hechos de guerra con los que se adquirió cada cosa, o si nosotros mismos o nuestros padres rechazamos al enemigo, bárbaro o griego, que valerosamente atacaba, por no querer extenderme ante quienes ya lo conocen. En cambio, tras haber expuesto primero desde qué modo de ser llegamos a ellos, y con qué régimen político y a partir de qué caracteres personales se hizo grande, pasaré también, luego al elogio de los muertos, considerando que en el momento presente no sería inoportuno que esto se dijera, y es conveniente que lo oiga toda esta asamblea de ciudadanos y extranjeros.

37. Pues tenemos una Constitución que no envidia las leyes de los vecinos, sino que más bien es ella modelo para algunas ciudades que imitadora de los otros. Y su nombre, por atribuirse no a unos pocos, sino a los más, es Democracia. A todo el mundo asiste, de acuerdo con nuestras leyes, la igualdad de derechos en las disensiones particulares, mientras que

según la reputación que cada cual tiene en algo, no es estimado para las cosas en común más por turno que por su valía, ni a su vez tampoco a causa de su pobreza, al menos si tiene algo bueno que hacer en beneficio de la ciudad, se ve impedido por la oscuridad de su reputación. Gobernamos liberalmente lo relativo a la comunidad, y respecto a la suspicacia recíproca referente a las cuestiones de cada día, ni sentimos envidia del vecino si hace algo por placer, ni añadimos nuevas molestias, que aun no siendo penosas son lamentables de ver. Y al tratar los asuntos privados sin molestarnos, tampoco transgredimos los asuntos públicos, más que nada por miedo, y por obediencia a los que en cada ocasión desempeñan cargos públicos y a las leyes, y de entre ellas sobre todo a las que están dadas en pro de los injustamente tratados, y a cuantas por ser leyes no escritas comportan una vergüenza reconocida.

38. *Y también nos hemos procurado frecuentes descansos para nuestro espíritu, sirviéndonos de certámenes y sacrificios celebrados a lo largo del año, y de decorosas casas particulares cuyo disfrute diario aleja las penas. Y a causa de su grandeza entran en nuestra ciudad toda clase de productos desde toda la tierra, y nos acontece que disfrutamos los bienes que aquí se producen para deleite propio, no menos que los bienes de los demás hombres.*

39. *Y también sobresalimos en los preparativos de las cosas de la guerra por lo siguiente: mantenemos nuestra ciudad abierta y nunca se da el que impidamos a nadie (expulsando a los extranjeros) que pregunte o contemple algo —al menos que se trate de algo que de no estar oculto pudiera un enemigo sacar provecho al verlo—, porque confiamos no más en los preparativos y estratagemas que en nuestro propio buen ánimo a la hora de actuar. Y respecto a la educación, éstos, cuando todavía son niños, practican con un esforzado entrenamiento el valor propio de adultos, mientras que nosotros vivimos plácidamente y no por ello nos enfrentamos menos a parejos peligros. Aquí está la prueba: los lacedemonios nunca vienen a nuestro territorio por sí solos, sino en compañía de todos sus aliados; en cambio nosotros, cuando atacamos el territorio de los vecinos, vencemos con facilidad en tierra extranjera la mayoría de las veces, y eso que son gentes que se defienden por sus propiedades. Y contra todas nuestras fuerzas reunidas ningún enemigo se enfrentó todavía, a causa tanto de la preparación de nuestra flota como de que enviamos a algunos de nosotros mismos a puntos diversos por tierra. Y si ellos se enfrentan en algún sitio con una parte de los nuestros, si vencen se jactan de haber rechazado unos pocos a todos los nuestros, y si son vencidos, haberlo sido por la totalidad. Así pues, si con una cierta indolencia más que con el continuo*

entrenarse en penalidades, y no con leyes más que con costumbres de valor queremos correr los riesgos, ocurre que no sufrimos de antemano con los dolores venideros, y aparecemos llegando a lo mismo y con no menos arrojo que quienes siempre están ejercitándose. Por todo ello la ciudad es digna de admiración y aun por otros motivos.

40. *Pues amamos la belleza con economía y amamos la sabiduría sin blandicie, y usamos la riqueza más como ocasión de obrar que como jactancia de palabra. Y el reconocer que se es pobre no es vergüenza para nadie, sino que el no huirlo de hecho, eso sí que es más vergonzoso. Arraigada está en ellos la preocupación de los asuntos privados y también de los públicos; y estas gentes, dedicadas a otras actividades, entienden no menos de los asuntos públicos. Somos los únicos, en efecto, que consideramos al que no participa de estas cosas, no ya un tranquilo, sino un inútil, y nosotros mismos, o bien emitimos nuestro propio juicio, o bien deliberamos rectamente sobre los asuntos públicos, sin considerar las palabras un perjuicio para la acción, sino el no aprender de antemano mediante la palabra antes de pasar de hecho a ejecutar lo que es preciso. Pues también poseemos ventajosamente esto: el ser atrevidos y deliberar especialmente sobre lo que vamos a emprender; en cambio en los otros la ignorancia les da temeridad y la reflexión les implica demora. Podrían ser considerados justamente los de mejor ánimo aquellos que conocen exactamente lo agradable y lo terrible y no por ello se apartan de los peligros. Y en lo que concierne a la virtud nos distinguimos de la mayoría, pues nos procuramos a los amigos, no recibiendo favores sino haciéndolos. Y es que el que otorga el favor es un amigo más seguro para mantener la amistad que le debe aquel a quien se lo hizo, pues el que lo debe es en cambio más débil, ya que sabe que devolverá el favor no gratuitamente sino como si fuera una deuda. Y somos los únicos que sin angustiarnos procuramos a alguien beneficios no tanto por el cálculo del momento oportuno como por la confianza en nuestra libertad.*

41. *Resumiendo, afirmo que la ciudad toda es escuela de Grecia, y me parece que cada ciudadano de entre nosotros podría procurarse en los más variados aspectos una vida completísima con la mayor flexibilidad y encanto. Y que estas cosas no son jactancia retórica del momento actual sino la verdad de los hechos, lo demuestra el poderío de la ciudad, el cual hemos conseguido a partir de este carácter. Efectivamente, es la única ciudad de las actuales que acude a una prueba mayor que su fama, y la única que no provoca en el enemigo que la ataca indignación por lo que sufre, ni reproches en los súbditos, en la idea de que no son gobernados por gentes dignas. Y al habernos procurado un poderío con pruebas más que evidentes y no sin testigos, daremos ocasión de ser admirados a los hom-*

bres de ahora y a los venideros, sin necesitar para nada el elogio de Homero ni de ningún otro que nos deleitará de momento con palabras halagadoras, aunque la verdad irá a desmentir su concepción de los hechos; sino que tras haber obligado a todas las tierras y mares a ser accesibles a nuestro arrojo, por todas partes hemos contribuido a fundar recuerdos imperecederos para bien o para mal.

Así pues, éstos, considerando justo no ser privados de una tal ciudad, lucharon y murieron noblemente, y es natural que cualquiera de los supervivientes quiera esforzarse en su defensa.

42. Esta es la razón por la que me he extendido en lo referente a la ciudad enseñándoles que no disputamos por lo mismo nosotros y quienes no poseen nada de todo esto, y dejando en claro al mismo tiempo con pruebas ejemplares el público elogio sobre quienes ahora hablo. Y de él ya está dicha la parte más importante. Pues las virtudes que en la ciudad he elogiado no son otras que aquellas con que las han adornado estos hombres y otros semejantes, y no son muchos los griegos cuya fama, como la de éstos, sea pareja a lo que hicieron. Y me parece que pone de manifiesto la valía de un hombre, el desenlace que éstos ahora han tenido, al principio sólo mediante indicios, pero luego confirmándola al final. Pues es justo que a quienes son inferiores en otros aspectos se les valore en primer lugar su valentía en defensa de la patria, ya que borrando con lo bueno lo malo reportaron mayor beneficio a la comunidad que lo que la perjudicaron como simples particulares. Y de ellos ninguno flojeó por anteponer el disfrute continuado de la riqueza, ni demoró el peligro por la esperanza de que escapando algún día de su pobreza podría enriquecerse. Por el contrario, consideraron más deseable que todo esto el castigo de los enemigos, y estimando además que éste era el más bello de los riesgos decidieron con él vengar a los enemigos, optando por los peligros, confiando a la esperanza lo incierto de su éxito, estimando digno tener confianza en sí mismos de hecho ante lo que ya tenían ante su vista.

Y en ese momento consideraron en más el defenderse y sufrir, que ceder y salvarse; evitaron una fama vergonzosa, y aguantaron el peligro de la acción al precio de sus vidas, y en breve instante de su Fortuna, en el esplendor mismo de su fama más que de su miedo, fenecieron.

43. Y así éstos, tales resultaron, de modo en verdad digno a su ciudad. Y preciso es que el resto pidan tener una decisión más firme y no se den por satisfechos de tenerla más cobarde ante los enemigos, viendo su utilidad no sólo de palabra, cosa que cualquiera podría tratar in extenso ante ustedes, que la conocéis igual de bien, mencionando cuántos beneficios hay en vengarse de los enemigos; antes por el contrario, contem-

plando de hecho cada día el poderío de la ciudad y enamorándose de él, y cuando les parezca que es inmenso, piensen que todo ello lo adquirieron unos hombres osados y que conocían su deber, y que actuaron con pundonor en el momento de la acción; y que si fracasaban al intentar algo no se creían con derecho a privar a la ciudad de su innata audacia, por lo que le brindaron su más bello tributo: dieron, en efecto, su vida por la comunidad, cosechando en particular una alabanza imperecedera y la más célebre tumba: no sólo el lugar en que yacen, sino aquella otra en la que por siempre les sobrevive su gloria en cualquier ocasión que se presente, de dicho o de hecho. Porque de los hombres ilustres tumba es la tierra toda, y no sólo la señala una inscripción sepulcral en su ciudad, sino que incluso en los países extraños pervive el recuerdo que, aun no escrito, está grabado en el alma de cada uno más que en algo material. Imiten ahora a ellos, y considerando que su libertad es su felicidad y su valor su libertad, no se angustien en exceso sobre los peligros de la guerra.

Pues no sería justo que escatimaran menos sus vidas los desafortunados (ya que no tienen esperanzas de ventura), sino aquellos otros para quienes hay el peligro de sufrir en su vida un cambio a peor, en cuyo caso sobre todo serían mayores las diferencias si en algo fracasaran. Pues, al menos para un hombre que tenga dignidad, es más doloroso sufrir un daño por propia cobardía que, estando en pleno vigor y lleno de esperanza común, la muerte que llega sin sentirse.

44. *Por esto precisamente no compadezco a ustedes, los padres de estos de ahora que aquí están presentes, sino que más bien voy a consolarles. Pues ellos saben que han sido educados en las más diversas experiencias. Y la felicidad es haber alcanzado, como éstos, la muerte más honrosa, o el más honroso dolor como ustedes y como aquellos a quienes la vida les calculó por igual el ser feliz y el morir.*

Y que es difícil convencerles de ello lo sé, pues tendrán múltiples ocasiones de acordarse de ellos en momentos de alegría para otros, como los que antaño también eran su orgullo. Pues la pena no nace de verse privado uno de aquellas cosas buenas que uno no ha probado, sino cuando se ve despojado de algo a lo que estaba acostumbrado.

Preciso es tener confianza en la esperanza de nuevos hijos, los que aún están en edad, pues los nuevos que nazcan ayudarán en el plano familiar a acordarse menos de los que ya no viven, y será útil para la ciudad por dos motivos: por no quedar despoblada y por una cuestión de seguridad. Pues no es posible que tomen decisiones equitativas y justas quienes no exponen a sus hijos a que corran peligro como los demás.

Y a su vez, cuantos han pasado ya la madurez, consideren su mayor ganancia la época de su vida en que fueron felices, y que ésta presente será

breve, y alíviense con la gloria de ellos. Porque las ansias de honores es lo único que no envejece, y en la etapa de la vida menos útil no es el acumular riquezas, como dicen algunos, lo que más agrada, sino el recibir honores.

45. *Por otra parte, para los hijos o hermanos de éstos que aquí están presentes veo una dura prueba (pues a quien ha muerto todo el mundo suele elogiar) y a duras penas podrían ser considerados, en un exceso de virtud por su parte, no digo iguales sino ligeramente inferiores. Pues para los vivos queda la envidia ante sus adversarios, en cambio lo que no está ante nosotros es honrado con una benevolencia que no tiene rivalidad. Y si debo tener un recuerdo de la virtud de las mujeres que ahora quedarán viudas, lo expresaré todo con una breve indicación. Para ustedes será una gran fama el no ser inferiores a vuestra natural condición, y que entre los hombres se hable lo menos posible de ustedes, sea en tono de elogio o de crítica.*

46. *He pronunciado también yo en este discurso, según la costumbre, cuanto era conveniente, y los ahora enterrados han recibido ya de hecho en parte sus honras; a su vez la ciudad va a criar a expensas públicas a sus hijos hasta la juventud, ofreciendo una útil corona a éstos y a los supervivientes de estos combates. Pues es entre quienes disponen de premios mayores a la virtud donde se dan ciudadanos más nobles.*

Y ahora, después de haber concluido los lamentos fúnebres, cada cual en honor de los suyos, márchense”.

47. Así tuvo lugar el entierro, en este mismo invierno, al cabo del cual concluyó el primer año de esta guerra. Y tan pronto comenzó la primavera los peloponesios y sus aliados hicieron una incursión, como la anterior, con los dos tercios de su ejército contra el Ática (a su frente iba el rey de los lacedemonios Arquidamo, hijo de Zeuxidamo). Se instalaron allí y se dedicaban a devastar el territorio. Cuando no llevaban aún muchos días en el Ática comenzó a aparecer por primera vez la famosa peste, de la que se decía que había atacado con anterioridad en muchos otros lugares, como en Lemnos y en otros parajes, aunque una epidemia tan grande y tan destructora de hombres no se recordaba que hubiera ocurrido en parte alguna. Efectivamente, en los comienzos los médicos no acertaban a devolver la salud, por su desconocimiento de la misma; es más, eran ellos mismos los que en mayor número morían, en cuanto que eran los que más trataban a los enfermos, y tampoco bastaba ningún otro remedio humano. Las súplicas en los santuarios o acudir a adivinos y similares resultaron por completo inútiles; y todo el mundo acabó por desistir de ellos, derrotados por el mal.

48. Comenzó éste primero, según se dice, desde Etiopía, situada al Sur de Egipto, y más tarde descendió a Egipto y Libia y a la mayor parte del

territorio sometido al rey. En Atenas irrumpió de repente, e hizo presa en primer lugar entre los habitantes del Pireo, de suerte que se decía entre ellos que los peloponesios habían vertido veneno en los pozos, pues todavía no tenían allí aljibes. Algo después penetró ya en el interior de la ciudad, y los muertos fueron ya muchísimos.

Pronúnciese sobre él cada cual, según lo que —médico o simple particular— sepa, de qué es natural que haya surgido, y qué causas considera que fueron capaces de tener la virtualidad de provocar tan violenta alteración. Yo, por mi parte, voy a contar cómo fue y expondré los indicios a partir de los cuales uno que los examine, en caso de que de nuevo vuelva a atacar, podría diagnosticar mejor, al contar con una idea previa, al haber estado yo mismo enfermo y haber visto también a muchos otros padecerlo.

49. Aquel año, en efecto, se estuvo generalmente de acuerdo en que había sido muy inmune a las enfermedades más corrientes, y si alguien había sufrido antes alguna enfermedad, su dolencia acabó resolviéndose en ésta. A los demás, en cambio, y sin causa aparente alguna, estando en perfecto estado de salud, les atacaban al principio de repente fuertes fiebres en la cabeza; sus ojos se enrojecían y se inflamaban, y sus órganos internos, como la garganta y la lengua, al punto se hacían sanguinolentos y exhalaban un aliento atípico y fétido.

A estos síntomas sucedían estornudos y ronqueras, y al cabo de poco tiempo el malestar descendía al pecho acompañado de una fuerte tos. Y una vez que se fijaba en el estómago lo convulsionaba, y sobrevenían cuantos vómitos de bilis nos han descrito los médicos, y ello en medio del mayor agotamiento. A muchos les sobrevenían arcadas que les provocaban violentos espasmos, que en algunos casos cesaban enseguida, y en otros mucho después. El cuerpo, al tacto externo, no estaba ni muy caliente ni pálido, sino ligeramente enrojecido, lívido y recubierto de pequeñas ampollas y llagas; en cambio por dentro ardía tanto que no podían soportar que se les cubriera con los mantos y sábanas más finas, ni ninguna otra cosa que estar desnudos; y de muy buena gana se habrían echado al agua fresca, cosa que hicieron arrojándose a unos pozos muchos enfermos que estaban menos vigilados, víctimas de una sed insaciable. Pero daba igual beber mucho que poco. Además pesaba sobre ellos una falta de reposo e insomnio constantes. Durante el tiempo en que la enfermedad estaba en su apogeo el cuerpo no se consumía, sino que resistía de una manera increíble la enfermedad, de suerte que en su mayoría morían a los siete o nueve días a causa de los ardores internos y con parte de sus fuerzas intactas, o si sobrepasaban este trance, al bajar al vientre la enfermedad, sobrevenía una fuerte ulceración, a la que se sumaba la aparición de una diarrea de flujo constante, a causa de la

cual más que nada perecían muchos de debilidad. La enfermedad recorría todo el cuerpo, de arriba abajo, comenzando primero por asentarse en la cabeza, y si alguien se sobreponía a los ataques de las partes vitales, conservaba sin embargo las señales del mal en las extremidades, pues atacaba a los órganos genitales y a los dedos de las manos y de los pies; hubo muchos que consiguieron librarse tras haberlos perdido, y algunos tras haber perdido los ojos. A otros, en cambio, al iniciarse su recuperación les sobrevenía una amnesia total, y no se podían reconocer ni a sí mismos ni a sus familiares.

50. La índole de la enfermedad era superior a todo lo que pueda describirse. Además, a cada uno de los que atacó lo hizo con una violencia mayor que la que resiste la naturaleza humana; y especialmente por lo que ahora sigue demostró que era algo bien distinto de las afecciones corrientes: las aves carroñeras y animales que se alimentan de cadáveres, a pesar de que había muchos insepultos, o no se acercaban o si los habían probado morían. Y la prueba es ésta: se produjo una total desaparición de tal clase de aves, y no se las veía ni en torno a los cadáveres ni en ninguna otra parte. Y eran los perros los que, por convivir con el hombre, permitían observar lo que sucedía.

51. Así pues, tales eran los síntomas en conjunto de la enfermedad, si dejamos de lado muchas otras extrañas peculiaridades, dado que en cada caso seguía un curso distinto del otro. Y no se presentó por aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes, y la que aparecía desembocaba finalmente en ésta. Morían unos por falta de atención y otros pese a estar atendidos. Ninguno, no se encontró ni un solo remedio, por así decir, con cuya aplicación se lograra alivio (pues lo que remediaba a uno, eso mismo dañaba a otro). Y ningún organismo, fuera robusto o débil, se mostró capaz de resistir por sí la enfermedad, sino que a todos aniquilaba, fuera el que fuera el régimen terapéutico con que se le atendía.

Lo más terrible de toda esta enfermedad fue el desánimo que le embargaba a uno cuando se percataba de que estaba enfermo (pues inmediatamente abandonaba su espíritu a la desesperación y se entregaban ellos mismos, sin intención siquiera de resistir), y como se contagiaban al cuidarse unos a otros, morían como ovejas. Y fue el contagio lo que motivó mayor número de víctimas, pues si por temor no querían ponerse en contacto los unos con los otros, los enfermos morían abandonados, y así muchas casas quedaron vacías por falta de quien las atendiera; y si se les acercaban, perecían, y de manera especial quienes tenían a gala dar pruebas de humanitarismo. En efecto, éstos, por un sentimiento de pundonor, se despreocupaban de sí mismos e iban a casa de sus amigos, incluso cuando hasta los familiares terminaron, vencidos por la magnitud de la desgracia, por cansarse de las muestras de duelo por los que incesantemente morían.

Y sin embargo, eran los que habían sobrevivido a la enfermedad los que más se compadecían del que agonizaba y del que estaba enfermo, no sólo porque ya lo habían conocido con anterioridad, sino porque se sentían ya seguros, pues la enfermedad no atacaba a una misma persona dos veces con riesgo de muerte. Y así eran felicitados por los demás, e incluso ellos mismos, por la alegría del momento, abrigaban cierta vana esperanza de que ya nunca iban a morir víctimas de ninguna otra enfermedad.

52. Añadida al presente infortunio, la concentración de gente venida de la campiña a la ciudad agravó la situación de la población, y no menos la de los propios refugiados: como no había viviendas, se alojaban en chozas asfixiantes en plena canícula, por lo que la mortandad se producía entre un completo desorden. Según iban muriendo, acumulaban los cadáveres unos sobre otros, o bien deambulaban medio muertos por los caminos y en torno a las fuentes todas, ávidos de agua. Los templos en los que se les había instalado estaban repletos de cadáveres de gente que había muerto allí. Y es que como la calamidad les acuciaba con tanta violencia y los hombres no sabían qué iba a ocurrir, empezaron a sentir menosprecio tanto por la religión como por la piedad. Todos los ritos que hasta entonces habían seguido para enterrar a sus muertos fueron trastornados, y sepultaban a sus muertos según cada cual podía. Muchos tuvieron que acudir a indecorosas maneras de enterrar, dado que carecían de los objetos del ritual por haber perdido ya a muchos familiares. Algunos se adelantaban a quienes habían erigido las piras, y depositaban así el cadáver sobre piras ajenas y les prendían fuego, mientras que otros echaban el suyo desde arriba encima del que ya se estaba quemando, y se marchaban.

53. La peste introdujo en Atenas una mayor falta de respeto por las leyes en otros aspectos. Pues cualquiera se atrevía con suma facilidad a entregarse a placeres que con anterioridad ocultaba, viendo el brusco cambio de fortuna de los ricos, que morían repentinamente, y de los que hasta entonces nada tenían y que de pronto entraban en posesión de los bienes de aquéllos. De suerte que buscaban el pronto disfrute de las cosas y lo agradable, al considerar igualmente efímeros la vida y el dinero. Y nadie estaba dispuesto a sacrificarse por lo que se consideraba un noble ideal, pensando que era incierto si iba él mismo a perecer antes de alcanzarlo. Se instituyó como cosa honorable y útil lo que era placer inmediato y los medios que resultaban provechosos para ello. Ni el temor de los dioses ni ninguna ley humana podían contenerlos, pues respecto de lo primero tenían en lo mismo el ser piadosos o no, al ver que todos por igual perecían; por otra parte, nadie esperaba vivir hasta que llegara la hora de la justicia y tener que pagar el castigo de sus delitos, sino que sobre sus cabezas pendía una sentencia

mucho más grave y ya dictaminada contra ellos, por lo que era natural disfrutar algo de la vida antes de que sobre ellos se abatiera.

54. Los atenienses estaban abrumados por tal calamidad como la que les había sobrevenido, al perecer los ciudadanos en el interior y ser arrasado su territorio de fuera. Y en medio de la desgracia se acordaron, como es natural, de este verso que los antiguos decían que había sido vaticinado hacía tiempo: “Vendrá la guerra doria, y la peste con ella”. Hubo una discusión entre los ciudadanos acerca de que los antiguos no habían dicho en su verso “peste”, sino “hambre”. Sin embargo, ante la situación presente se impuso, como es natural, que se había dicho “peste”. Ya que los hombres recuerdan aquello que sufren. Y creo yo que si en algún otro momento después de éste estalla una guerra con los dorios y aparece el hambre, lo natural será que interpreten el verso de la otra forma. También se acordaron ahora, aquellos que lo conocían, de la respuesta del oráculo de los lacedemonios, cuando al preguntar éstos al dios “si había que entrar en guerra”, les respondió “que si luchaban con todas sus fuerzas, obtendrían la victoria, y que él mismo participaría”. Así pues, a propósito de este oráculo, tenían la impresión de que concordaba con lo que había ocurrido, pues la enfermedad comenzó a aparecer al producirse el ataque de los peloponesios, y no se propagó al Peloponeso en proporción digna de notarse, sino que hizo pasto sobre todo de Atenas, y a continuación también sobre las ciudades más populosas.

Esto es lo que ocurrió relativo a la enfermedad.

Libro II: Capítulo 65

[*Contexto y contenido.* Pericles ha pronunciado el tercero y último discurso que Tucídides le atribuye y morirá dentro de unos pocos meses. Este capítulo, escrito después del final de la guerra, examina las políticas del gran orador ateniense y las contrasta con las de sus sucesores. Tanto el juicio sobre estos “demagogos” como la explicación del fracaso de la expedición a Sicilia deben ser sometidos a un cuidadoso examen crítico. Pese a su genial control sobre las pasiones de sus conciudadanos, no cabe duda de que Pericles fue un feroz imperialista y los Libros VI-VII sugieren que la derrota frente a Siracusa no se debió a que la Asamblea ateniense dejara de acordar medidas adecuadas.]

65. Exponiendo razones como éstas intentaba Pericles apaciguar la irritación de los atenienses contra sí y apartar sus mentes de las desgracias

presentes. En los asuntos públicos se dejaron convencer por sus palabras y no volvieron a enviar ya embajadores a los lacedemonios, y se aplicaron con mayor ardor a la guerra. En cambio, particularmente, se dolían por lo sucedido: el pueblo llano porque había sido despojado incluso de lo poco que tenía, y los poderosos porque habían perdido las hermosas posesiones en el campo junto con sus casas y ricas instalaciones; y lo más principal, porque estaban en guerra en vez de disfrutar la paz.

Con todo, no depusieron todos ellos su irritación contra él hasta que les hubieron impuesto una multa. Algo más tarde, sin embargo, de nuevo, como suele hacer la plebe, le eligieron estratego y le confiaron todos los asuntos, pues cada cual se afligía menos por sus asuntos privados, estando ya más insensibilizados, y en cambio por las necesidades de la ciudad en su conjunto estimaban que era él el hombre más adecuado; pues durante el tiempo que estuvo al frente en época de paz ejerció su liderazgo con moderación, la mantuvo en seguridad y alcanzó en su tiempo un máximo esplendor. Y una vez que estalló la guerra también demostró que había previsto mejor que nadie el poderío de la ciudad. Sobrevivió dos años y seis meses al comienzo de la misma, y a su muerte se reconoció aún mucho mejor su perspicacia en los asuntos relativos a la guerra. Dijo a los atenienses que si no se precipitaban, atendían su escuadra, no intentaban extender su imperio mientras durase la guerra, y no exponían a la ciudad al peligro, saldrían victoriosos.

Pero ellos hicieron justo todo lo contrario a esto, y en otros asuntos que parecían ser ajenos al desarrollo de la guerra, emprendieron una política perjudicial tanto para los asuntos propios como para los aliados, y todo ello a causa de ambiciones particulares e intereses privados, política que en caso de éxito representaba un honor y beneficio más bien para algunos particulares, y en caso de fracaso suponía un perjuicio para la ciudad en su manera de conducir la guerra.

La causa era que él, hombre de mucho poder por su prestigio y su inteligencia, y que resultaba manifiestamente insobornable, controlaba al pueblo como un hombre con plena libertad, y era el que le guiaba más que dejarse conducir por él; y ello se debía a que no hablaba para agradar al pueblo buscando conseguir el poder mediante prácticas indignas, sino que gracias a la reputación que tenía llegaba incluso a oponerse a ellos, provocando su irritación.

El caso es que cuando los veía insolentados y con una arrogancia inoportuna, los asustaba con sus palabras para hacerles sentir miedo, y cuando a su vez estaban atemorizados sin razón los reanimaba para que cobraran ánimo. Venía a ser aquélla de nombre una democracia, pero en la

práctica un gobierno por parte del primer ciudadano. Por el contrario, sus sucesores eran todos ellos de una similar influencia entre sí, y como cada uno pretendía llegar a ser el primero, se dedicaron a sacrificar todos los asuntos a la adulación del pueblo.

De esta manera de proceder se originaron otros muchos errores, como es normal en una ciudad influyente y que posee un imperio, como fue sobre todo la expedición a Sicilia, que no resultó tanto un error de cálculo respecto del poder de aquellos contra quienes iban, cuanto que quienes la promovieron no acordaron las medidas que mejor convenían a los que partieron, sino que por las recriminaciones que los particulares se hacían con vistas a obtener el liderazgo del pueblo no sólo debilitaron la fuerza del ejército, sino que por primera vez provocaron disturbios en los asuntos públicos de la ciudad.

Incluso después de haber sido derrotada en Sicilia la mayor parte de su escuadra junto con el resto de sus fuerzas, viéndose envueltos en guerras civiles en la ciudad, aun así resistieron diez años, no sólo contra sus enemigos de antes, sino contra los de Sicilia que se les habían unido, y aun contra buena parte de sus aliados que habían hecho defección e incluso contra Ciro, el hijo del rey, que se incorporó más tarde proporcionando sumas de dinero con destino a la escuadra peloponesia; y no cedieron hasta haberse arruinado ellos mismos a causa de las disensiones internas en que cayeron.

Tan sobrado de razón estaba Pericles entonces en que si se hubieran seguido sus planes la ciudad hubiera podido fácilmente imponerse a los peloponesios en la guerra.

Libro III: Capítulos 36-49

[(*Contexto y contenido*. Aproximadamente tres años después de iniciada la guerra, Mitilene, la ciudad más importante de la isla de Lesbos, decidió rebelarse contra Atenas. La rebelión fue promovida y capitaneada por los oligarcas. El bando del pueblo o *demos*, apenas pudo tomar las armas, amenazó con entrar en negociaciones con los atenienses. Los oligarcas temieron quedar al margen de lo que se decidiera y ambos bandos terminaron por negociar una rendición con mínimas condiciones. Los atenienses estaban indignados por lo que consideraban una inicua traición por parte de una ciudad que había sido favorecida con muchos privilegios dentro del imperio. La decisión acordada fue drástica: ejecutar a todos los hombres, sin distinguir entre oligarcas y demócratas, y vender como esclavos a niños y mujeres. Tan injusta y cruel medida provocó arrepentimiento en algunos

atenienses, quienes propusieron revisar la decisión al día siguiente. Tucídides nos ofrece dos asombrosos discursos pronunciados durante la segunda sesión de la Asamblea. El primer orador es el demagogo Cleón, uno de los atenienses que Tucídides más odiaba. Luego de una invectiva contra los intelectuales, Cleón sostiene abiertamente que Atenas ejerce un mando tiránico sobre sus aliados y que sería peligroso ceder. Pero insiste también en que la decisión tomada tiene un fundamento moral. Al castigar a una ciudad que ha cometido la arrogancia (*hybris*) de rebelarse, Atenas estaría imponiendo un justo castigo. El segundo discurso lo pone Tucídides en boca de un ateniense llamado Diódoto, de quien nada sabemos fuera de lo que encontramos aquí. Lo que uno espera es una refutación de los argumentos morales de Cleón o un juicio acerca de la inmoralidad de la decisión misma. No hay nada de eso en el discurso de Diódoto sino la más fría exposición de las ventajas y desventajas que se seguirían para Atenas si se lleva a cabo la decisión tomada. El argumento de fondo es que la pena de muerte nunca ha servido para impedir que se cometan crímenes y que cualquier Estado que decida rebelarse contra Atenas, al saber lo que le espera, luchará con mayor determinación que si supiese que puede llegar a un entendimiento con la potencia imperial.]

36. [...] Deliberaron acerca de los prisioneros, y bajo los efectos de la indignación decidieron matar no sólo a los allí presentes, sino también a todos los mitileneos adultos, y vender como esclavos a niños y mujeres. Les reprochaban el haber promovido la anterior sublevación a pesar de que no estaban sometidos en las mismas condiciones que los demás. Sin embargo, lo que más contribuyó a su irritación fue el hecho de que las naves peloponésias se hubieran atrevido a aventurarse hasta Jonia en su ayuda. Parecía, por tanto, que esta sublevación no se había efectuado a la ligera.

Así pues, despacharon una trirreme para informar a Paquete de sus decisiones, ordenándole diera muerte inmediatamente a los mitileneos. Pero al día siguiente comenzó de pronto el arrepentimiento y la reflexión acerca de que habían tomado una decisión cruel y severa: aniquilar a una ciudad entera en vez de a los culpables. Cuando la embajada de Mitilene que estaba en Atenas y sus partidarios atenienses se percataron, incitaron a los magistrados a que abrieran una nueva deliberación. Los convencieron con facilidad, ya que ellos mismos veían claro que la mayor parte de los ciudadanos deseaban que se les brindara una nueva oportunidad de deliberar. Se celebró enseguida una asamblea, en la que diversos oradores sostuvieron opiniones diferentes; y Cleón, hijo de Cleéneto, que con anterioridad había logrado imponer la propuesta de que se les diera muerte, y que era en los demás

asuntos el más violento de los ciudadanos, y el de mayor credibilidad entre el partido popular por aquel tiempo, se acercó a la tribuna y pronunció el siguiente discurso:

37. *“Muchas veces ya me he percatado yo mismo de que un régimen democrático resulta incapaz de ejercer el imperio sobre otros, pero debo reconocerlo sobre todo ahora, ante su arrepentimiento sobre los mitileneos. En efecto, como en sus relaciones cotidianas viven libres de temores y de intrigas, se comportan de igual modo con respecto a los aliados. Y si incurren en algún error, por dejarse convencer por sus razonamientos, o ceden a la compasión, no se aperciben de que se ablandan de modo peligroso para ustedes y sin procurarse la gratitud de los aliados.*

No tienen presente que su imperio es una tiranía ejercida sobre gentes que maquinan intrigas y permanecen sometidas contra su voluntad; gente que les obedece no por los favores que, con detrimento propio, pueden hacerles, sino por la superioridad que sobre ellos consigan, más por fuerza que por su benevolencia. Y lo más terrible de todo es que en nuestras decisiones no vaya a haber nada estable, y no reconocemos que una ciudad dotada de leyes imperfectas, pero inmutables, es más fuerte que otra que esté dotada de leyes buenas que no se ejecutan; de que la ignorancia acompañada de disciplina es más ventajosa que la capacidad unida a la indisciplina: y de que en general los hombres más simples gobiernan la ciudad mejor que las grandes inteligencias. En efecto, suelen éstos querer aparecer más sabios que las leyes y triunfar sobre todas y cada una de las propuestas presentadas en público, como si no hubiera otras ocasiones más importantes de mostrar su juicio, y a resultas de tal comportamiento terminan frecuentemente por arruinar a la ciudad. Los otros, en cambio, que no confían en su propio ingenio, se conforman con aparecer como más ignorantes que las leyes, y menos capaces de censurar las palabras de un orador que tiene razón. Y al ser jueces imparciales más que contendientes, suelen por lo general tener éxito. Precisamente así, pues, debemos comportarnos nosotros: sin dejarnos arrastrar por la habilidad oratoria en contiendas de ingenio, dar a ustedes, pueblo de Atenas, consejos contrarios a nuestra opinión.

38. *Por mi parte, yo me mantengo en mi misma opinión, y me maravillo de quienes han propuesto de nuevo discutir sobre los mitileneos y han provocado una pérdida de tiempo, lo cual favorece sobre todo a los culpables (ya que la víctima en tal caso persigue al culpable con indignación más atenuada, mientras que el replicar lo más pronto posible a la ofensa permite conseguir normalmente un castigo proporcional). Y me maravillo también de que vaya a haber alguien que me contradiga y preten-*

da demostrar que los crímenes de los mitileneos son un beneficio para nosotros, y nuestros reveses resulten perjudiciales para nuestros aliados. Es evidente que el tal o se esforzará en demostrar, fiado en su elocuencia, que cuanto han acordado no es la opinión general, o movido por el soborno y esforzándose por encontrar palabras especiosas, tratará de engañarnos. La ciudad, en ese tipo de certámenes, concede los premios a otros, y ella sola carga con los riesgos. Pero los responsables son ustedes, por haber organizado estas funestas justas: ustedes, que habitualmente son espectadores de discursos y oyentes de los hechos; que ven los hechos futuros como posibles a partir de las hermosas palabras de quienes saben hablar, y los ya ocurridos los juzgan a partir de las críticas bellamente expuestas, sin otorgar más crédito a lo que ha sucedido ante sus propios ojos que a lo que han oído. Ustedes, que son los mejores en dejarse engañar por la argumentación más novedosa y a no querer adherir a lo ya probado: esclavos como son de las originalidades de cada momento y menospreciadores de lo habitual. Cada uno de ustedes desea, sobre todo, poder por sí mismo tener dotes de orador, y si ello no es posible, emulando a quienes hacen discursos de esta especie, no dar la impresión de ir por detrás en inteligencia, sino la de ser capaces de aplaudir por anticipado cualquier agudeza de ingenio que alguien pueda decir: son tan prontos a comprender de antemano lo que se les dice, cuanto lentos en prever sus consecuencias. Buscan, por así decir, un mundo distinto de aquel en que vivimos, sin capacidad siquiera de pensar de modo adecuado sobre la situación presente: en suma, dominados por el placer del oído, se asemejan más a un público que asiste a una exhibición de los sofistas que a unos ciudadanos que deliberan sobre la suerte de su ciudad.

39. *En mi intento de apartarles yo de estos hábitos, les voy a demostrar que la de los mitileneos, entre todas las demás, es la ciudad que más crímenes ha cometido contra ustedes. Por mi parte, en efecto, puedo mostrarme indulgente hacia quienes han hecho defección por no poder tolerar su dominio, o hacia quienes se han visto constreñidos a ello por el enemigo: pero que los habitantes de una isla provista de murallas, que no habían de temer a nuestros enemigos más que por mar (un elemento respecto al que no estaban indefensos contra ellos gracias a disponer de trirremes), un pueblo que vivía con sus leyes propias y gozaba de nuestra más alta estima, hayan tenido un tal comportamiento, ¿qué otra cosa es el comportamiento de esos tales, sino intriga e insurrección más que defección (la defección, en realidad, se da cuando uno sufre violencia) y un intento, además, de aniquilarnos, alineándose con nuestros peores enemigos?*

Pues bien, tal comportamiento es más grave que si se hubieran enfrentado en guerra a nosotros por sus propios medios para aumentar su

poderío. No les han servido de ejemplo las desgracias de sus vecinos (cuantos hicieron antes defección y fueron sometidos) ni su presente prosperidad les ha hecho dudar de emprender acciones de peligro, sino que habiéndose hecho audaces ante el futuro y fomentando esperanzas mayores que sus posibilidades, aunque inferiores a su ambición, emprendieron una guerra, con la pretensión de anteponer la fuerza al derecho, pues cuando creyeron que iban a salir triunfantes, nos han atacado sin haber sido objeto de ofensa. Es frecuente que las ciudades que obtienen una prosperidad rápida e inesperada se entreguen al orgullo; pero por lo general el éxito es para los hombres más seguros cuando se basa en el cálculo más que en lo imprevisto, y por así decir resulta más fácil alejar la desventura que conservar la felicidad. Hubiera sido necesario que los mitileneos jamás hubieran recibido de nosotros un trato más favorable que los demás: en tal caso no hubieran llegado a este grado de insolencia. Pues tiene el hombre como cosa connatural el despreciar al que le adula y admirar al que se muestra firme. Sean castigados, aún a tiempo, según su crimen merece, y no hagan recaer la responsabilidad sobre los oligarcas absolviendo al partido popular. Todos, en efecto, por igual les atacaron, cuando les era posible pasarse a nuestro bando y vivir ahora con sus derechos de ciudadanía, y sin embargo, considerando más seguro el riesgo con los oligarcas, se sumaron a su defección. Por otra parte, piensen en nuestros aliados: si van a imponer idéntico castigo a quienes hicieron defección constreñidos por el enemigo y a quienes la hicieron voluntariamente, ¿quién creen no se rebelará con el más mínimo pretexto, desde el momento en que en caso de éxito va a conseguir la liberación, y en caso de fracaso no sufrirá nada irreparable? Nosotros, en cambio, deberemos poner en peligro frente a cada ciudad nuestra hacienda y nuestras vidas, y en caso de tener éxito, tras haber reconquistado una ciudad destruida, nos veremos privados en adelante del tributo futuro (gracias al cual somos fuertes), y en caso de haber fracasado añadiremos nuevos enemigos a los actuales, y el tiempo que debemos dedicar a luchar contra nuestros actuales enemigos lo dedicaremos a combatir con nuestros propios aliados.

40. *No hay, pues, que ofrecerles esperanza alguna, ni basada en la elocuencia ni en el soborno, de que conseguirán indulgencia, en cuanto que han errado como es propio de la naturaleza humana. Pues no nos han causado daño sin querer, sino que han conspirado con plena conciencia. Y sólo es digno de perdón lo involuntario. Yo, así pues, como también entonces, me opongo ahora a que modifiquen de parecer sobre algo ya previamente acordado, para no equivocarse por las tres cosas más dañinas para un imperio: la compasión, el deleite por la elocuencia y la clemencia. En*

efecto, piedad es justo que se tenga con quienes están animados de idéntico sentimiento y no con quienes no la sentirán a su vez, y serán a la fuerza por siempre enemigos; por su parte, los oradores que les deleitan con sus discursos tendrán su certamen en ocasiones menos importantes, y no en una en la que la ciudad pagará alto precio por deleitarse un poco, mientras que ellos obtendrán un buen beneficio de su bella elocuencia; la clemencia, en fin, se otorga a quienes en adelante van a ser amigos antes que a quienes van a seguir siendo igualmente no menos enemigos. Resumiendo, les digo una sola cosa: si me escuchan, harán lo que es justo respecto a los mitileneos y al mismo tiempo es lo ventajoso para ustedes; en cambio, si su parecer es distinto, no se procurarán su favor, sino que más bien se buscarán su propio castigo. Porque si ellos han hecho defección justamente, no deberían ustedes ostentar su imperio. En cambio, si pretenden ejercerlo aun sin título alguno, deben castigar a los mitileneos por su interés, incluso contra la justicia, o en caso contrario poner fin a su imperio, y vivir como hombres virtuosos apartados de los peligros. Tengan a bien defenderse con idéntico castigo, y habiendo escapado a sus intrigas no se muestren más insensibles que quienes las tramaron, teniendo presente lo que ellos hubieran hecho si les hubieran derrotado, tanto más que fueron ellos los primeros en cometer injusticia. Precisamente quienes hacen daño a alguien sin justificación son los que continúan hasta aniquilarlo, pues supone un peligro el que el enemigo sobreviva: ya que el que ha sido víctima de una ofensa sin justificación, en caso de escapar resulta más peligroso que un enemigo que se encuentra en condiciones de igualdad. No sean, pues, traidores a sí mismos, sino que poniéndose con el pensamiento lo más cerca posible a la ofensa y al sentimiento de que habrían preferido cualquier cosa por someterlos, devuélvanla ahora sin ablandarse ante las presentes circunstancias ni olvidarse del peligro que ahora nos amenazó.

Castíguenles como se merecen y den a los demás aliados un ejemplo claro: el que haga defección será castigado con la muerte. Porque si llegan a entenderlo, no tendrán ya que bajar la guardia con sus enemigos para combatir a sus propios aliados”.

41. Este fue, en esencia, el discurso de Cleón. Tras él, Diódoto, hijo de Eúcrates, quien se había opuesto más que nadie en la anterior Asamblea a que se ejecutara a los mitileneos, se adelantó de nuevo y habló así:

42. “Ni repruebo a quienes han propuesto de nuevo deliberar sobre los mitileneos, ni alabo a los que censuran que se discuta varias veces sobre cuestiones capitales, sino que pienso que son dos las cosas que más se oponen a una decisión sabia: la precipitación y la ira; la una suele ir acompañada de la insensatez, y la otra con la grosería y cortedad de mente.

Y quien defienda que las palabras no son una guía de nuestros actos, o es un necio o tiene en ello algún interés particular. Es necio si cree que es posible explicar de cualquier otro modo el futuro cuando es tan incierto; tiene algún interés particular, si queriendo que se acepte una propuesta deshonesto, piensa que no sería capaz de hablar bien sobre una causa nada hermosa, pero espera desconcertar a sus adversarios y al auditorio con hábiles calumnias.

Pues son los más peligrosos aquellos que acusan de antemano de soborno al discurso de un orador. Porque si lo acusaran de ignorancia, el orador que no consiguiera convencer se retiraría dando la impresión más de poco inteligente que de corrupto; pero cuando la acusación es de deshonesto, aunque consiga convencer queda como sospechoso, y en caso de no lograrlo, además de como poco inteligente, también como deshonesto. En tal situación, la ciudad no sale favorecida en nada, pues por miedo se ve privada de sus consejeros. Y más acertado sería para ella el que unos tales ciudadanos no pudiesen hablar, pues es así como ella se vería menos inducida al error. Por el contrario, es preciso que el buen ciudadano se muestre dando los mejores consejos, no atemorizando a los adversarios, sino oponiéndoseles en condiciones de igualdad; y que una ciudad prudente no acumule excesivos honores en quien es un buen consejero (ni le disminuya a su vez los que disfrutaba), y que tampoco imponga una multa ni deshonre a quien hace una propuesta que no tiene éxito. Pues de este modo, en efecto, quien tiene éxito con sus propuestas no se verá inducido por el deseo de mayores honores a expresar consejos contrarios a sus sentimientos por adulación; y por su parte, un orador desafortunado no buscará por el mismo procedimiento complaciente a seducir también él al pueblo.

43. *Nosotros, en cambio, hacemos lo contrario a esto, y aún más, si alguien es tan sólo sospechoso de que persigue lucrarse al dar sus consejos, aun tratándose de los mejores, llevados de nuestra envidia privamos a la ciudad de un manifiesto beneficio a causa de una incierta presunción de lucro personal. Se ha llegado a establecer la práctica de que los buenos consejos, expresados con franqueza, suscitan no menos sospechas que los malos, hasta el extremo de que quien quiere hacer aprobar propuestas más dañinas debe atraerse a la multitud mediante engaños, y que, de igual guisa, quien aconseja lo mejor debe obtener la confianza mediante mentiras. Es esta ciudad nuestra la única en la que a causa de sus sutilezas no es posible hacer un buen servicio abiertamente y sin recurrir al engaño. Pues quien ofrece de manera franca algo beneficioso, se expone a cambio a la sospecha de buscar por algún procedimiento oscuro su mayor provecho.*

Pero en estas circunstancias, y a propósito de problemas de máxima importancia, es lícito pretender que nosotros los oradores hablemos con una previsión que alcanza más lejos que la limitada visión de ustedes, tanto más porque nosotros somos responsables de nuestros consejos, y ustedes un auditorio exento de responsabilidades. Porque, efectivamente, si el orador que consigue convencer y el que se le adhiere estuvieran expuestos a idénticos riesgos, demostrarían prudencia mayor en sus decisiones. En cambio, ahora sucede que obedeciendo a la cólera del momento, a veces se equivocan e imponen un castigo por su consejo sólo al orador que les ha convencido, y no también a ustedes mismos, que siendo muchos adhirieron a su error.

44. *Por mi parte, no he venido ni para hacer una propuesta contra lo que se ha dicho a propósito de los mitileneos, ni para acusarles. Ya que lo que discutimos, si tenemos un poco de sentido común, no versa sobre su culpabilidad, sino sobre la bondad de nuestras decisiones. Pues aunque consiga demostrar que son plenamente culpables, no por ello voy a reclamar su ejecución, si ello no conviene. Y aunque tuvieran algún derecho a la indulgencia, no la obtendrían si ello no reportase algún beneficio a la ciudad. Pienso que estamos deliberando más sobre el futuro que sobre el presente. Y respecto a eso en lo que hace mayor hincapié Cleón, es decir, que nuestro interés futuro consistirá en establecer la pena de muerte a fin de que haya menos defecciones, también yo apoyándome a mi vez en lo que para nuestro futuro será mejor, opino lo contrario. Y les pido que no renuncien a lo que de útil tienen mis razones, por lo especioso de las suyas. Pues como su discurso se ajusta mejor a la justicia, dado su estado de cólera contra los mitileneos, les podría atraer. Pero es que nosotros no nos estamos querellando contra ellos ni tenemos necesidad de recurrir a argumentos jurídicos, sino que estamos deliberando acerca de ellos a fin de que nos resulten de provecho.*

45. *En nuestras ciudades está prevista la pena de muerte para muchos delitos, incluso no iguales a éste, sino inferiores. Sin embargo, dejándose llevar de la esperanza se ponen en peligro, y nadie ha marchado nunca al encuentro de un peligro con la convicción de no sobrevivir a su empresa. ¿O qué ciudad al hacer defección acudió a dicha empresa con unos preparativos a su juicio inferiores, sean suyos propios, sean procurados por sus aliados, para lo que pretenden? Mas es propio de la naturaleza humana el que todos, tanto en el ámbito privado como en el público, cometan errores, y no existe ley que pueda impedirlo, ya que los hombres han propuesto todas las escalas de penas, agravándolas cada vez más, por ver si aminoraban las ofensas de parte de los malhechores. Es natural que antiguamente, para los más graves delitos hubiera penas más suaves, pero*

que al ser transgredidas con el paso del tiempo, la mayor parte de ellas han desembocado en la pena de muerte. Y con todo y con ello, se las desafía.

Así pues, o bien hay que buscar una amenaza que infunda mayor miedo que ésta, o bien admitimos que ésta no refrena el mal; sino que, de un lado la pobreza, que por efecto de la necesidad infunde audacia, y de otra parte la sobreabundancia, que induce a la ambición por su insolencia y su orgullo, así como otras diversas circunstancias que dependen de la vida de los hombres (en cuanto que cada una de ellas está sometida por algún impulso fuerte e irresistible) nos impelen a los peligros. Además de todo ello, la esperanza y el deseo (éste abriendo el camino y aquélla yendo en pos, pues el primero concibe el plan, mientras la otra le ofrece el favor de la fortuna) suelen causar los más graves daños; y aun siendo cosas que no se ven, son más poderosas que los peligros manifiestos. Finalmente la fortuna, añadiéndose a todo esto, concurre en no menor medida al enardecimiento, ya que como a veces se nos presenta cuando menos se la espera, nos induce a correr riesgos incluso cuando nos encontramos en inferioridad de condiciones; y sobre todo a las ciudades, en la medida en que están en juego cuestiones de la mayor importancia (como la libertad o el dominio sobre otros), y en la medida en que cada cual, inserto en el ámbito de su comunidad, sin razón se sobreestima.

En pocas palabras, resulta imposible (y es un ingenuo quien lo piense) que cuando la naturaleza humana aspira decididamente a realizar una empresa, pueda encontrarse algún impedimento, sea en la fuerza de la ley o mediante cualquier otra amenaza, que la haga desistir.

46. Por tanto, no debemos tomar una decisión incorrecta confiando en la garantía que ofrezca la pena de muerte, ni privar por completo de toda esperanza a quienes han hecho defección, en la idea de que no habrá posibilidad de modificar una decisión tomada y de cancelar su yerro en el más breve plazo de tiempo posible. Consideren, en efecto, que actualmente una ciudad que hace defección, si ve que no tiene posibilidad de triunfar, podría llegar a un acuerdo ahora que todavía es capaz de indemnizarnos y pagar sus tributos futuros.

Pero en aquel otro caso, ¿qué ciudad según ustedes no se va a preparar mejor que ahora, y aguantará un asedio hasta sus últimas consecuencias, si significa lo mismo llegar a un acuerdo pronto que tarde? Y para nosotros, ¿cómo no va a ser un perjuicio el que gastemos dinero en el asedio por la imposibilidad de llegar a un acuerdo, y que en caso de victoria encontremos la ciudad en ruinas y vernos privados para el futuro de sus tributos? Y es precisamente en los tributos en donde radica nuestra fuerza frente a los enemigos.

De modo que no debemos dañarnos a nosotros mismos comportándonos como jueces en exceso severos con unas gentes que han cometido errores, sino más bien ver la manera, con un castigo moderado, de poder disponer en el futuro de ciudades potentes desde el punto de vista financiero; y en lugar de pensar en llevar a cabo su control mediante el rigor de las leyes, hacerlo mediante una vigilancia activa. Pero ahora hacemos precisamente lo contrario a esto: cuando una ciudad libre, incorporada a nuestro imperio por la fuerza, ha intentado, como es natural, sublevarse, si la conseguimos dominar, creemos que hay que castigarla con toda severidad. Sin embargo, lo que hay que hacer no es castigar rigurosamente a las ciudades libres cuando se sublevan, sino, antes de que se produzca la defección, observar una estrecha vigilancia y tomar medidas de antemano a fin de que ni siquiera se les ocurra la idea; y si llegamos a reprimirlos debemos limitar las responsabilidades al menor número posible de ciudadanos.

47. *Consideren ustedes mismos cuán grande sería su error en este punto si se dejan convencer por Cleón. Pues en estos momentos el pueblo de todas las ciudades les es favorable y o no hace causa común con las defecciones de los oligarcas, o si se ve obligado, se manifiesta al poco como enemigo de los sublevados, por lo cual entran en guerra teniendo como aliados a la masa del pueblo de la ciudad rebelde. Pero si aniquilan al pueblo de Mitilene, que no sólo no ha participado en la sublevación, sino que tan pronto dispuso de armas puso la ciudad a su disposición espontáneamente, en primer lugar cometerán la injusticia de dar muerte a sus benefactores, y en segundo lugar cumplirán el deseo máximo de los oligarcas: en efecto, cuando provoquen la sublevación en otras ciudades, tendrán al instante como aliados a la gente del pueblo, desde el momento en que han demostrado que aguarda un idéntico castigo para los culpables y para los que no lo son. Por el contrario, debemos, aunque el pueblo sea culpable, fingir que no lo es, a fin de que el único sector que aún es nuestro aliado no se transforme en hostil. Y lo que estimo más conveniente para el mantenimiento del imperio es lo siguiente: sufrir de buen grado nosotros la injusticia, mejor que aniquilar justamente a quienes no deben serlo. Y la identificación que Cleón hace de justicia y utilidad del castigo no resulta posible en el presente caso.*

48. *Reconociendo, por su parte, que mi propuesta es mejor, y sin ceder en exceso a la compasión ni a la clemencia (por las que les exhorto a no dejarse tampoco guiar), sigan mis consejos en consideración a mis anteriores palabras: juzguen con calma a aquellos mitileneos que Paquete les envió como culpables, y dejen vivir a los demás en paz en su ciudad. Pues esta solución será provechosa para el futuro, y desde ahora es temible*

para nuestros enemigos. Pues quien toma prudentes decisiones resulta más fuerte frente al adversario que quienes proceden por la fuerza de los hechos de modo insensato”.

49. Así habló Diódoto. Y expuestas estas dos argumentaciones de forma tan equilibradamente contrapuestas entre sí, los atenienses se vieron abocados a un conflicto de opiniones, y en la votación quedaron casi empatados, aunque la propuesta de Diódoto resultó vencedora. En consecuencia, despacharon al punto otra trirreme a toda prisa, a fin de evitar encontrarse con la ciudad ya destruida, por haber llegado antes la otra trirreme, que les llevaba una ventaja de casi un día y una noche. Los embajadores de Mitilene prepararon vino y harina de cebada para la nave, y les habían prometido una gran recompensa si se anticipaban a la otra. De ahí que el trayecto se hiciera a tal velocidad que los hombres comían, sin dejar de remar, la harina de cebada amasada en vino y aceite; y mientras unos por turno dormían, los otros remaban.

Y como, por suerte, no soplara ningún viento que la obstaculizara, y de otra parte, la nave primera navegara sin prisas hacia una misión tan inaudita, mientras que ésta iba con toda rapidez, aquélla se le adelantó sólo el tiempo suficiente para que Paquete leyera el decreto y se dispusiera a ejecutarlo; pero la segunda nave entró en el puerto pisando su estela e impidió la ejecución. Hasta tal punto llegó el peligro que corrió entonces Mitilene.

Libro III: Capítulos 70-84

Libro IV: Capítulos 46-48

[*Contexto y contenido.* Durante el trascurso de la guerra se agudizó en muchas ciudades griegas la tensión entre “los pocos” (los oligarcas) y la masa de los ciudadanos (el *demos* o partido popular). Esta tensión llevó en muchas oportunidades a guerras civiles que tuvieron nefastas consecuencias para los Estados que las padecieron. Tucídides, conforme a su hábito de describir un fenómeno político una sola vez pero destacando sus rasgos esenciales, nos ofrece una pavorosa crónica de las luchas intestinas en la isla de Corcira. La extrema crueldad empleada por ambos bandos y la radical transformación del lenguaje y de los valores (cap. 82) ilustran la tesis de Tucídides de que la guerra (sustantivo masculino en griego) es un maestro violento (*biaios didaskalos*). Las restricciones que imponen las presiones bélicas sobre los individuos hacen emerger del fondo de la naturaleza humana reacciones violentas que en tiempos de paz permanecerían acalladas. El capítulo 84, pese a su enorme interés, es probablemente espúreo.]

70. Los corcirenses, en efecto, andaban en revueltas desde que habían regresado los prisioneros de las batallas navales celebradas cerca de Epidamno, y que habían sido puestos en libertad por los corintios, so pretexto de que sus próxenos habían depositado una caución de ochocientos talentos, pero de hecho porque los corintios los habían convencido para que les entregaran Corcira. Y éstos, entrando en contacto con cada uno de los ciudadanos, intentaban apartar a la ciudad de la alianza ateniense.

Habiendo comparecido una nave ateniense y una corintia que traían embajadores, se iniciaron conversaciones, tras las cuales los corcirenses decidieron en votación ser aliados de los atenienses, en conformidad con los tratados, mas al mismo tiempo también amigos de los peloponesios como lo habían sido hasta ahora.

Por aquel entonces los antiguos prisioneros citaron a juicio a un cierto Pitias, que era próxeno de manera oficiosa de los atenienses, y dirigente del partido popular, con la acusación de que quería someter Corcira al vasallaje de Atenas. Mas resultó absuelto, y a su vez citó a juicio a los cinco ciudadanos más ricos de aquéllos, acusándoles de haber cortado los rodrígones en el recinto sagrado de Zeus y Alcínoo. La multa prevista por cada rodrigón era de una estatera. Fueron condenados, y dado el gran importe de la multa se refugiaron como suplicantes en los santuarios para conseguir poderla pagar en determinados plazos, pero Pitias, que por entonces era también miembro del Consejo, convenció a los demás miembros para que se aplicara la ley. Cuando los condenados vieron que la ley no les dejaba salida alguna, y supieron además que Pitias, mientras fuera miembro del Consejo, tenía la intención de persuadir al pueblo de que tuviera por amigos y por enemigos a los que lo fueran de los atenienses, se reunieron y entraron repentinamente en el Consejo portando puñales, dando muerte a Pitias así como a algunos otros consejeros y ciudadanos particulares hasta unos sesenta. Algunos partidarios de Pitias, muy pocos, consiguieron huir a la trirreme ateniense que aún estaba allí.

71. Tras haber llevado a cabo esto y haber convocado a los corcirenses les dijeron que aquélla era la solución mejor y la más segura para no ser reducidos al vasallaje de los atenienses. Y que de ahora en adelante se mantuvieran en paz y no dieran acogida a nadie de uno u otro bando a no ser que se presentaran con una sola nave, y que si lo hacían con más se les considerase enemigos. Una vez expuesto esto, coaccionaron a los demás a que se aprobara esta propuesta. Despacharon de inmediato una embajada a Atenas para que explicaran lo que había ocurrido, según mejor les convenía, y para persuadir a los que allí se habían refugiado de que no emprendieran ninguna acción inoportuna, a fin de evitar una revuelta.

72. Cuando la embajada llegó, los atenienses arrestaron a los embajadores como elementos perturbadores, y también a cuantos se habían puesto de su parte, y los deportaron a Egina. Mientras tanto, en Corcira, los que detentaban el poder, aprovechando la llegada de una trirreme corintia y de unos embajadores lacedemonios, atacaron al partido popular y los derrotaron. Sin embargo, al llegar la noche, el pueblo se refugió en la acrópolis y las zonas altas de la ciudad y tomaron allí posiciones todos juntos. Controlaban también el puerto Hilaico. Sus adversarios controlaron a su vez el ágora, que era donde habitaban precisamente la mayoría de ellos, así como el puerto vecino a ésta y que está orientado hacia el continente.

73. Al día siguiente se intercambiaron algunos disparos, y unos y otros enviaron emisarios por los campos para invitar a los esclavos a que se les unieran, con promesas de libertad. La mayoría de los habitantes se pasaron como aliados al partido popular, mientras que a los otros se unieron ochocientos auxiliares venidos del continente.

74. Transcurrido así un día, hubo nuevas escaramuzas en las que el partido popular obtuvo la victoria, pues tenía ventaja por la superioridad de sus posiciones y por ser más numerosos. Incluso las mujeres colaboraban con toda audacia, lanzando tejas desde las casas y haciendo frente al tumulto con un coraje superior al de su naturaleza. Y cuando se produjo la huida de los aristócratas, a eso del oscurecer, temiendo que el pueblo atacara el arsenal de las naves, lo conquistase al primer asalto y les diera muerte a ellos, prendieron fuego a las casas del recinto del ágora, tanto particulares como de vecinos, a fin de eliminar cualquier vía de acceso; no respetaron sus posesiones ni las ajenas, de suerte que ardieron muchas mercancías de los comerciantes, y la ciudad corrió el peligro de arder toda entera, de haberse levantado un viento que soplara en esa dirección.

Cesando el combate, ambas facciones se mantuvieron tranquilas por la noche, aunque no cesaban de vigilarse. Tras la victoria del partido popular, la nave corintia zarpó furtivamente y la mayoría de los auxiliares fueron conducidos en secreto al continente.

75. Al día siguiente Nicóstrato, hijo de Dírtrefes, almirante de los atenienses, llegó desde Naupacto en socorro, con doce naves y quinientos hoplitas mesenios. Negoció un acuerdo y consiguió convencer a los corcireses de que hicieran un pacto entre sí: someter a juicio a los diez aristócratas más culpables (los cuales no aguardaron allí un minuto más), mientras que los demás continuarían viviendo allí tras haber llegado a un acuerdo entre sí y con los atenienses, según el cual se considerarían amigos y enemigos a los que los fueran de éstos.

Y el almirante, una vez que obtuvo esto, se disponía a zarpar, cuando los jefes del partido popular le convencieron de que les dejara cinco de sus

naves, a fin de que sus adversarios se vieran menos inclinados a promover revueltas; ellos equiparían por su parte otras tantas naves y las enviarían con él. Nicóstrato aceptó, y los jefes del partido popular empezaron a alistar como tripulantes para las naves a sus enemigos, los cuales, temiendo ser enviados a Atenas, se refugiaron como suplicantes en el templo de los Dióscuros. Nicóstrato intentó hacerlos salir y darles ánimo, sin lograr convencerlos. Ante ello, el pueblo se pertrechó con armas, so pretexto de que su demora por embarcarse obedecía a que no tenían buenas intenciones. Se apoderaron de las armas de los aristócratas en casa de éstos y hubieran matado a algunos de ellos con quienes se toparon de no haber sido porque Nicóstrato se lo impidió. Viendo los demás lo que sucedía, se refugiaron como suplicantes en el templo de Hera, y eran no menos de cuatrocientos. Mas el partido popular, que temía cualquier intento de revolución a cargo de éstos, los convenció para que abandonaran el refugio, y los transportó a la isla que se encuentra frente al templo de Hera, adonde les hacían llegar los víveres necesarios.

76. Hallándose la revuelta en esta fase, y al cuarto o quinto día después de que se hubiera trasladado a estos hombres a la isla, se presentaron las naves peloponesias de Cilene, ante la que habían estado fondeadas tras regresar de Jonia; se trataba de cincuenta y tres naves, bajo las órdenes, como antes, de Alcidas, con quien iba Brásidas como consejero. Fondearon en el puerto de Síbota, en el continente, y con el alba pusieron proa a Corcira.

77. Los corcirenses, en medio de esta gran confusión y con el miedo que les producía la situación interna de la ciudad y un eventual ataque por mar, se dispusieron a preparar sesenta naves, que enviaron contra el enemigo a medida que iban quedando prestas. Los atenienses, sin embargo, les aconsejaban que les dejaran zarpar primero a ellos y que más tarde se le reuniera toda la flota de Corcira al completo.

Y como las naves entraron en contacto con el enemigo de manera desperdigada, dos de ellas desertaron inmediatamente, mientras que en otras sus tripulaciones se pusieron a pelear entre sí; en suma, no había más que un caos en las maniobras. Viendo los peloponesios este desorden, se dispusieron con veinte naves contra los corcirenses, y las demás contra las doce naves atenienses, dos de las cuales eran la Salaminia y la Páralos.

78. Los corcirenses, atacando desordenadamente y con un número pequeño de naves, se encontraban ellos mismos en dificultad; mientras que los atenienses, por temor a la superioridad numérica y a verse cercados por el enemigo, no atacaron el grueso ni por el centro de las trirremes alineadas contra ellos, sino que se lanzaron contra una de las alas y hundieron una nave. Tras esto, los peloponesios formaron un círculo en torno al cual los

atenienses comenzaron a girar intentando sembrar la confusión. Mas los que atacaban a los corcirenses se dieron cuenta de ello, y temiendo que sucediera lo ocurrido en Naupacto, acudieron en socorro, y una vez reunidas todas las naves se lanzaron juntas al ataque contra los atenienses. Emprendieron éstos la retirada cuando sus naves, pues su propósito era que a la vez consiguieran salvarse el mayor número posible de naves corcirenses, mientras ellos se retiraban lentamente atrayendo el interés del enemigo sobre sí mismos.

Tal fue, pues, el desenlace de esta batalla naval, que concluyó a la puesta del sol.

79. Los corcirenses, temerosos de que los enemigos, sintiéndose vencedores, atacasen con la escuadra su ciudad, o que rescatasen a los deportados a la isla o emprendiesen cualquier otra iniciativa peligrosa, transportaron de nuevo a los prisioneros desde la isla al templo de Hera y pusieron la ciudad en guardia. Sin embargo, los enemigos, a pesar de haber vencido en la batalla naval, no se atrevieron a dirigir su escuadra contra la ciudad, sino que se retiraron hacia el continente, desde donde se habían hecho a la mar, llevándose las trece naves apresadas a los corcirenses. Al día siguiente tampoco atacaron la ciudad, a pesar de que los corcirenses se encontraban en un estado de gran confusión y miedo, y aunque era eso lo que (según se dice) Brásidas aconsejaba a Alcidas, mas la autoridad de aquél era inferior a la de éste. Desembarcaron sin embargo en el cabo de Leucimna y se entregaron a arrasar los campos.

80. Mientras tanto, el partido popular de Corcira, presa del temor de un ataque naval, entabló contactos con los suplicantes y sus amigos a fin de salvar la ciudad. Convencieron incluso a algunos de ellos a que se embarcaran. En efecto, a pesar de todo equiparon treinta naves, a la espera de ser atacados. Pero los peloponesios devastaron la comarca hasta el mediodía y luego se retiraron; al caer la noche los fuegos de señales les trajeron la noticia de que desde Léucade habían zarpado sesenta naves atenienses, enviadas por éstos al enterarse de la revuelta y de la inminente salida para Corcira de las naves de Alcidas; iban a las órdenes de Eurimedonte, hijo de Tucles.

81. Así pues, los peloponesios, nada más anoecer, emprendieron a toda prisa la navegación a lo largo de la costa en dirección a su país. Transportaron sus naves a través del istmo de Léucade a fin de no ser descubiertos mientras la bordeaban, y se retiraron. Por su parte, los corcirenses al ver que las nuevas naves áticas se acercaban y que las enemigas se habían retirado, tomaron consigo e introdujeron en la ciudad a los mesenios, que hasta aquel momento habían permanecido fuera, y dieron órdenes a las naves que habían equipado de que pasaran al puerto Hilaico, y que en el

trayecto dieran muerte a cuantos enemigos cogiesen. Además, hicieron descender de las naves a todos aquellos a quienes habían convencido de que se embarcaran y los mataron, y dirigiéndose luego al templo de Hera, consiguieron persuadir a cincuenta suplicantes para que se presentaran a juicio, y los condenaron a todos a muerte. La mayor parte de los suplicantes, que no se habían dejado convencer, cuando vieron lo que ocurría, comenzaron a matarse allí mismo unos a otros; algunos se colgaban de los árboles, mientras otros se mataban según cada cual podía. Durante los siete días que siguieron a la llegada de Eurimedonte con sus sesenta naves, los corcirenses se dedicaron a dar muerte a los conciudadanos que pasaban por ser sus oponentes; dirigían sus acusaciones contra los adversarios de la democracia, aunque unos murieron a causa de rencillas personales, y otros, a quienes les debían dinero, a manos de sus deudores. La muerte se instauró en mil formas diversas, y como ocurre de ordinario en situaciones parecidas, no hubo límite para nada, sino que aun se fue más lejos. En efecto, el padre mataba a su hijo, los suplicantes eran arrancados de los santuarios y junto a ellos recibían muerte, y algunos murieron incluso en el templo de Dioniso emparedados.

82. A tal punto de crueldad alcanzó aquella guerra civil, y aun pareció mayor porque fue una de las primeras, ya que más tarde toda Grecia, por así decir, sufrió las mismas convulsiones. En todas las ciudades, en efecto, aparecieron diferencias entre los jefes del partido popular, favorables a hacer venir a los atenienses, y los oligarcas, que eran pro lacedemonios. Y es que en tiempos de paz no tenían pretextos y no osaban llamarlos; pero una vez en guerra, las ocasiones de recurrir a la alianza, con vistas tanto a causar daños al adversario como reforzar al mismo tiempo el propio partido, se brindaban con facilidad en ambas partes a aquellos que deseaban una acción revolucionaria. Recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, con violencia mayor o menor y cambiando de aspecto de acuerdo con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia.

En efecto, en tiempos de paz y en situación de prosperidad, tanto las ciudades como los individuos tienen mejores disposiciones de ánimo, porque no deben hacer frente a necesidades ineluctables. En cambio la guerra, al eliminar las facilidades de la vida cotidiana, es una maestra de modales violentos y modela el comportamiento de la mayoría de los hombres en consonancia con la situación del momento. Por consiguiente, la situación en las ciudades era de guerra civil; y aquellas en las que tardaba en prenderse, fuera donde fuera (como ya tenían conocimiento de lo que pasaba), llevaban

mucho más lejos la búsqueda de nuevos expedientes y recurrían a iniciativas de una ingeniosidad extraordinaria y a represalias inauditas. Se modificó, incluso, en relación con los hechos, el significado habitual de las palabras, con tal de dar una justificación: la audacia irreflexiva pasaba por ser valiente lealtad al partido; una prudente cautela, cobardía enmascarada; la moderación, disfraz de cobardía; la inteligencia para comprender cualquier problema, una completa inercia. La precipitación impulsiva se contaba como cualidad viril; la circunspección al deliberar, como un pretexto para substraerse a la acción. Los descontentos siempre eran considerados dignos de crédito, y quienes se les oponían aparecían como sospechosos. Quien tenía éxito en tramar alguna intriga era un inteligente; y aún más agudo quien la sospechaba.

En cambio, quien tomaba precauciones a fin de no tener necesidad de tales manejos, era considerado un elemento subversivo para su grupo, atemorizado por los enemigos. En suma, quien tomaba la iniciativa en llevar a cabo cualquier fechoría era elogiado, así como quien incitaba al mal a alguien que no pensaba en ello.

Y en realidad, los lazos de sangre pasaron a ser menos sólidos que los de partido, pues en el ámbito de éste se estaba más dispuesto a ser osado sin reserva alguna. En efecto, tales asociaciones no estaban constituidas de acuerdo con las leyes vigentes con vistas al bien común, sino que las violaban por amor de la ambición de poder. Las garantías de fidelidad recíproca se confirmaban no tanto por las leyes divinas como por la cómplice violación de las leyes. Las buenas propuestas de los adversarios se aceptaban con precaución realista, cuando se estaba en situación ventajosa, pero no con espíritu generoso. El tomar venganza uno a su vez contra alguien se estimaba más que no haber sufrido ofensa inicial alguna. Y si en alguna ocasión se prestaba juramento a propósito de una tregua, tenía validez sólo momentáneamente, en tanto que se había prestado ante una situación apurada, y carecían de cualquier otro apoyo. Y cuando se presentaba la ocasión propicia, el primero en recobrar ánimos, al ver a la otra parte indefensa, obtenía mayor placer de tomar venganza violando su compromiso que si lo hiciera abiertamente. Calculaba a la vez no sólo la seguridad, sino además la gloria que su inteligencia conseguía, por añadidura, en caso de triunfar gracias a su astucia. En efecto, la mayoría de los hombres prefieren se les llame hábiles, siendo no más que unos canallas, a que se les considere necios siendo honestos: de esto se avergüenzan, de lo otro se enorgullecen.

La causa de todo esto fue la ambición de poder y de gloria; y de ellos se derivan, una vez que la rivalidad comienza, las fuertes pasiones. En

efecto, los jefes de los partidos de las distintas ciudades, utilizando de uno y otro bando hermosas palabras (según sus preferencias por la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley o por la sabiduría de la aristocracia), y pretendiendo de palabra servir al interés público, hacían de él botín de sus luchas. Y en sus luchas por prevalecer con cualquier medio sobre su respectivo enemigo osaron las más terribles acciones, persiguiendo venganzas aún más crueles, ya que no las ejecutaban dentro de los límites de la justicia y del interés público, sino que las fijaban según el capricho que en cada ocasión tenían en uno u otro bando. Fuera por una condena injusta, fuera por apoderarse del poder a la fuerza, siempre estaban listos para saciar su afán de pelea.

En consecuencia, ni los unos ni los otros observaban una conducta respetuosa con la piedad, sino que, gracias a las bellas palabras, aquel a quien correspondía ejecutar una empresa alentada por la envidia, era quien más fama obtenía. Respecto a los ciudadanos que ocupaban una posición intermedia, perecían a manos de una y otra facción: bien porque no participaban en sus luchas, bien por envidia de que pudieran sobrevivir.

83. Fue así como a causa de las guerras civiles, la depravación bajo todas sus formas se expandió por el mundo griego; y la sencillez, de la que tanto participa la nobleza de sentimientos, desapareció en medio del escarnio, mientras que pasaron a un primer plano los antagonismos y los sentimientos desconfiados. Efectivamente, no existía ningún medio de pacificación, dado que ninguna palabra era segura, ni ningún juramento inspiraba temor. Los que estaban en posición de superioridad, al calcular lo incierta que era su seguridad, se preocupaban siempre más de no sufrir daños a manos de otros que de poder confiar en nadie. Por lo general eran los hombres de más mediocre inteligencia los que solían salir favorecidos: habituados, en efecto, a temer su propia cortedad y la inteligencia de sus adversarios (ante el miedo de ser derrotados en el campo de las palabras, y les aventajara la versatilidad de espíritu para tramar intrigas de sus adversarios), pasaban audazmente a la acción. En cambio los otros, contando despectivamente con poder prever las cosas y con no tener necesidad alguna de procurar con la acción lo que podían conseguir con su inteligencia, perecían en su mayor parte indefensos.

84. [Fue, pues, en Corcira donde por primera vez se manifestaron la mayor parte de estos horrores. Tanto aquellos que realiza contra sus gobernantes una gente que, sometida a un gobierno de insolencia más que de moderación, consigue la ocasión de vengarse, como aquellos otros que llevan a cabo, contra toda justicia, unos hombres que desean salir de una pobreza inveterada, especialmente cuando a causa de las pasiones están

ansiosos por apoderarse de los bienes de otros; o como, finalmente, aquellos que ejecutan quienes se mueven no por poseer más, sino que partiendo desde una postura de igualdad se ven arrastrados por su irrefrenable cólera hasta llegar a ataques crueles e inexorables.

La vida de la ciudad se vio perturbada en esta crisis, y la naturaleza humana que de por sí suele cometer injusticia violando las leyes, tras someterlas a su capricho dejó ver que gozaba en no dominar su cólera, en ser más fuerte que la justicia, y enemiga de toda autoridad. Efectivamente, si la envidia no tuviera un poder maléfico, no se preferiría la venganza al respeto de las normas sagradas y el afán de beneficio al respeto por la justicia. Pues los hombres no dudan, con tal de vengarse de otro, en abolir las leyes generalmente respetadas a este propósito (leyes de las que depende la esperanza de salvación para todo el mundo, incluso en caso de infortunio), y no las dejan subsistir para el día en que cualquiera de ellos pudiera necesitarlas por encontrarse en una situación de peligro.]

[Libro IV.] 46. Por la misma fecha en que estos acontecimientos ocurrían, Eurimedonte y Sófocles, que habían partido de Pilos con las naves atenienses en dirección a Sicilia, se presentaron en Corcira, donde emprendieron una expedición asociados a las tropas de la ciudad contra los corcirenses que se habían establecido en el monte Istone. Estos, en efecto, habían pasado allí tras las revueltas civiles y controlaban el territorio causando toda suerte de daños. Tras atacarlos tomaron su fortificación, aunque sus defensores lograron refugiarse todos juntos en sus alturas. Concluyeron por entregar sus tropas mercenarias, deponer sus armas y atenerse a lo que decidiera el pueblo ateniense. Los estrategos atenienses los hicieron conducir a la isla de Ptiquia, para mantenerlos vigilados según lo pactado hasta que pudieran ser trasladados a Atenas, con la condición de que si alguno de ellos era sorprendido intentando la fuga, quedarían anuladas para todos las treguas.

Mas los jefes del partido popular de Corcira, temiendo que los prisioneros no fueran condenados a muerte una vez llegaran a Atenas, tramaron la siguiente estratagema: intentaron convencer a unos pocos de los que estaban en la isla, enviándoles en secreto algunos partidarios suyos para que les aconsejaran (como si fuera de buena fe) y les dijeran que lo que más les convenía era escaparse cuanto antes (para lo cual ellos les prepararían una embarcación), ya que los estrategos atenienses se disponían a entregarlos a los del partido popular de Corcira.

47. Y como los de la isla se lo creyeran, al proporcionarles los otros la embarcación fueron hechos prisioneros mientras intentaban hacerse a alta mar. Los pactos quedaron cancelados, y todos ellos fueron entregados a los corcirenses. Contribuyeron en no menor medida a este desenlace (haciendo

que la estratagema pareciera verosímil y que los que la pusieron en práctica pudieran actuar con mayor libertad) los propios estrategos atenienses. Se les notaba, en efecto, que como ellos iban de camino a Sicilia, no querían que recayera sobre otros el honor de conducir estos prisioneros a Atenas.

Una vez que los corcirenses se hicieron cargo de los prisioneros, los encerraron en un gran edificio, del que más tarde los hacían salir en grupos de veinte, y los pasaban encadenados unos a otros por entre dos filas de hoplitas. Cada vez que alguien veía pasar delante de sí a algún enemigo personal lo llenaba de heridas dándole golpes. Unos soldados provistos de látigos iban a sus costados obligando a avivar el paso a quienes marchaban más despacio.

48. Unos sesenta hombres resultaron de este modo sacados de la prisión y muertos sin que los del interior se enteraran (pues creían que los sacaban para trasladarlos a cualquier otro lugar). Pero al percatarse de ello por haberles informado alguien, reclamaban la presencia de los atenienses para que los mataran, si tal era su deseo. A partir de este momento no quisieron salir de la prisión y dijeron que, en la medida de sus posibilidades, no iban a permitir que nadie entrara. Por su parte, los corcirenses renunciaron a entrar por la puerta a la fuerza, por lo que subieron al tejado del edificio y levantando la techumbre se pusieron a lanzar tejas y flechas a los de abajo.

Los otros se protegían como podían, aunque a la par la mayoría de ellos se suicidaron, clavándose en la garganta las flechas que les lanzaban, o bien ahorcándose con las cuerdas de unos camastros que allí había, y con los jirones de sus vestidos hechos trozos. Durante la mayor parte de la noche que sobrevino a esta tragedia pusieron fin a sus vidas por cualquier procedimiento, mientras otros perecían por los disparos de los que estaban sobre el tejado. Al hacerse de día los corcirenses amontonaron los cadáveres entrecruzados unos con otros sobre unos carromatos y los sacaron fuera de la ciudad. Las mujeres capturadas en la fortaleza fueron todas vendidas como esclavas. Fue así como resultaron aniquilados por los miembros del partido popular los corcirenses que ocupaban la montaña. Y esta revuelta civil (tras haber alcanzado tan gran virulencia) concluyó de esta suerte, al menos durante el tiempo que duró esta guerra, pues uno de los dos bandos había quedado prácticamente aniquilado.

Libro IV: Capítulos 58-64

[*Contexto y contenido.* Tucídides comienza a preparar al lector para la aventura ateniense en Sicilia y lo hace introduciendo a Hermócrates de

Siracusa, un político que jugará un papel decisivo en la movilización de las fuerzas sicilianas en contra de Atenas. Lo más interesante de su discurso es que en él acepta la tesis del imperialismo de que la naturaleza humana conduce a que el fuerte domine, de hecho y siempre, al débil (I. 76), pero Hermócrates agrega un nuevo ingrediente: que también es parte del impulso natural del ser humano el defenderse cuando a uno lo atacan.]

58. Ese mismo verano, en Sicilia, se concluyó un armisticio entre los habitantes de Camarina y de Gela en primer lugar; algo después se reunieron en Gela los demás sicilianos (representantes de todas las ciudades) y comenzaron las negociaciones para ver si era posible llegar a la reconciliación. Y entre otras muchas opiniones que allí se expresaron en uno y otro sentido (mostrando las disensiones y reclamaciones en la medida en que cada cual se sentía perjudicado en algo), también el siracusano Hermócrates, hijo de Hemón, que fue quien más contribuyó a convencerlos, pronunció en público el siguiente discurso:

59. *“Sin ser yo, sicilianos, de la ciudad menos importante, ni de la que más sufre a causa de la guerra, voy a hablarles y a poner de manifiesto en público lo que a mi parecer es la mejor decisión para Sicilia toda. Respecto a cuán grave sea la guerra, ¿para qué extenderse ante gente que lo sabe perfectamente exponiendo todo lo que ella arrastra? Pues nadie se ve obligado a entrar en la misma por desconocimiento, ni tampoco (si es que cree que va obtener algún provecho) se echa atrás por miedo. Antes bien, ocurre que a unos las ventajas les parecen superiores a los riesgos, mientras que otros están prestos a afrontar los peligros antes que sufrir un daño de momento. Mas si tanto los unos como los otros ponen en práctica estos supuestos en un momento poco oportuno, es entonces cuando resultan de utilidad los consejos en pro de la reconciliación. Y si nosotros ahora nos persuadimos de ello, sacaríamos el mayor provecho. En efecto, así como antes entramos en guerra pretendiendo cada cual disponer bien sus propios intereses particulares, ahora estamos intentando lograr la reconciliación recíproca por medio del correspondiente debate; y si no resultara posible que cada cual consiguiera lo que espera antes de marcharse, comenzaremos de nuevo a combatir.*

60. *Sin embargo, es necesario reconocer, si es que tenemos cordura, que esta Asamblea no deberá ocuparse sólo de nuestros asuntos particulares, sino sobre si vamos a poder salvar aún a Sicilia, toda ella amenazada (según yo creo) por los atenienses; y considerar que más persuasivos mediadores que mis palabra son los propios atenienses, pues al disponer del mayor potencial militar de Grecia, vigilan aquí ahora con atención*

nuestros errores con unas pocas naves, y so capa de una alianza, legal de nombre, tratan de adaptar a sus intereses (salvando las apariencias) la hostilidad innata que entre ellos y nosotros hay. En efecto, si damos comienzo a la guerra y hacemos venir a éstos (tan prestos ellos siempre a intervenir con sus armas incluso sin ser llamados), y si empleamos nuestros propios recursos en causarnos daños, abriendo al mismo tiempo el camino de su imperio sobre nosotros, es natural que cuando nos vean ya triturados se presenten ellos con una flota más potente en cualquier momento e intenten dominar todo el territorio.

61. Sin embargo, cada uno de nosotros debería (si es que tenemos cordura) atraernos aliados y afrontar peligros no para exponer cuanto poseemos, sino más bien para adquirir para su respectiva ciudad aquello de que carece. Y considerar que las luchas intestinas son la causa principal de la ruina de las ciudades, y especialmente en el caso de Sicilia, cuyos habitantes, a pesar de que somos víctimas de una conspiración, estamos divididos según las diversas ciudades. Esto es lo que debemos reconocer, para llegar a una reconciliación entre individuos y entre ciudades, e intentar en común la salvación de toda Sicilia: y que a nadie se le venga a la mente pensar que quienes de entre nosotros somos dorios tenemos como enemigos a los atenienses, mientras que el grupo de los calcídeos, por su afinidad étnica con los jonios, se pueden considerar seguros. Porque los atenienses no vienen contra Sicilia por una cuestión de etnias (por hostilidad hacia una de las dos de que nos componemos), sino atraídos por las riquezas que en Sicilia existen y que constituyen nuestra común propiedad.

Y lo han demostrado ahora mismo con motivo de la llamada que les han hecho los calcídeos; en efecto, sin que jamás hasta ahora éstos les hubieran prestado ayuda en virtud de su tratado de alianza, aquéllos, por su parte, han cumplido con sus obligaciones de aliados con celo superior al estipulado en el tratado.

Y es perfectamente disculpable que los atenienses alimenten esta ambición y hagan cálculos. Y no reprocho yo a quienes desean someter a otros, sino a quienes están dispuestos a someterse. Tal es, en efecto, la naturaleza humana: dominar siempre sobre el débil y defenderse de quien ataca. En cambio, quienes conociendo la situación no tomamos las precauciones necesarias, y si alguien ha venido aquí sin el convencimiento de que nuestro más importante objetivo es eliminar entre todos el peligro común, estamos equivocados. De este peligro podríamos librarnos rápidamente si nos pusieramos de acuerdo entre nosotros, ya que los atenienses no tienen como base de operaciones su territorio, sino los de aquellos que les han llamado. De suerte que no se trata de poner fin a la guerra con la guerra,

sino que sin dificultad cesarán con la paz las controversias. Y en cuanto a los convocados que han venido aquí con propósitos injustos (aunque con un pretexto honesto), se marcharán sin haber conseguido nada, pero con buenas razones.

62. *Y en lo que respecta a los atenienses, tan grandes son las ventajas que conseguiremos si reflexionamos con cordura. Y en cuanto a la paz, a la que todo el mundo reconoce como el bien supremo, ¿por qué razón no vamos a implantarla entre nosotros? ¿O acaso creen ustedes que si uno goza de una situación favorable o sufre lo contrario, no es la paz más idónea que la guerra para poner fin a esta última y para preservar la primera a cada cual; y que la paz proporciona honores y glorias menos expuestas al peligro, así como otras muchas ventajas que sólo podrían exponerse en un discurso más extenso (al igual que las desventajas a propósito de la guerra)? Preciso es que consideren esto y no desatenden mis palabras, sino por el contrario asegure cada cual su salvación.*

Y si alguien cree poder obtener cualquier cosa confiado en la justicia o mediante el recurso a la fuerza, procure no equivocarse con un duro fracaso en sus expectativas. Sepa el tal que ya antes muchos que buscaban castigar a quienes les habían injuriado, y otros que esperaban satisfacer sus ambiciones (confiados en las fuerzas de que disponían), los primeros no sólo no consiguieron defenderse, sino que ni siquiera se salvaron ellos mismos; y los otros, en vez de realizar ulteriores conquistas, se vieron en peligro de perder encima incluso lo que tenían. Efectivamente, no se consigue la venganza conforme a la justicia por el simple hecho de que responde a una injusticia, al igual que tampoco la fuerza es garantía de éxito, por el hecho de que alimenta buenas esperanzas. Lo imponderable del futuro domina la mayor parte de los acontecimientos, y aunque constituye el elemento más inseguro de todos, se muestra en cambio como el de mayor utilidad, ya que, sujetos en igual medida al temor, nos movemos los unos contra los otros con prudencia mayor.

63. *Y ahora, atemorizados por dos motivos: por un temor indefinible derivado de la incertidumbre del futuro y por la presencia también de los atenienses (convencidos de que las deficiencias en la ejecución de los planes que cada uno pensaba llevar a cabo encuentran una justificación adecuada en estos obstáculos), expulsemos de nuestro territorio a los enemigos que contra él han venido y reconciliémonos entre nosotros, preferentemente de forma definitiva, o en caso contrario, estipulando una tregua lo más duradera posible, posponiendo para otros momentos nuestras particulares discrepancias. Tomemos conciencia, en suma, de que si escuchan mis consejos, cada uno de nosotros vivirá en una ciudad libre, y desde ellas, en*

una situación de plena independencia, estaremos en condiciones de responder noblemente y de igual a igual a quien nos trate bien y a quien nos trate mal. Por el contrario, si desconfían de estos consejos y prestan oídos a otros, no se trataría ya de tomar venganza, sino de (y eso en el mejor de los casos) hacernos amigos a la fuerza de nuestros peores enemigos, y adversarios de quienes no deberíamos serlo.

64. *Así es que yo, que, como al principio dije, represento a la más importante ciudad, y que soy más proclive al ataque que a la defensa, considero justo, por pura previsión, hacer algunas concesiones y no infligir a nuestros adversarios un daño tal que yo mismo sufra mayores perjuicios, y no dejarme arrastrar por un insensato afán de rivalizar hasta el punto de crearme con capacidad de dominar por igual a la fortuna (sobre la que no tengo poder) que a mis propios deseos; antes bien, dispuesto estoy a ceder dentro de unos límites razonables. Y estimo también justo que los demás hagan otro tanto; esto es, que lo afronten como una autoimposición propia, y no como del enemigo. Nada vergonzoso es, en efecto, que quienes son afines hagan concesiones a sus afines: los dorios a los dorios, o los calcídeos a los de su stirpe, y en general entre vecinos y cohabitantes, como nosotros, de un mismo país, que es además una isla, y que llevamos un mismo nombre, el de sicilianos. Y así, haremos la guerra cuando la ocasión se presente, y nos volveremos a reconciliar entablando negociaciones comunes entre nosotros. Mas frente a gente extranjera que marcha contra nosotros, siempre nos defenderemos todos a una (si somos sensatos), si es verdad que cuando cada uno de nosotros sufre algún daño, quedamos todos expuestos al peligro. Y de ahora en adelante jamás llamaremos a nadie como aliado ni mediador. Efectivamente, si actuamos de este modo, no privaremos en la hora presente a Sicilia de dos excelentes ventajas: liberarla de los atenienses y de la guerra civil; y así, la habitaremos en el futuro nosotros solos, libre y menos expuesta a amenazas externas”.*

Libro V: Capítulos 26 y 32

[Contexto y contenido. Tucídides, una vez concluida la guerra, explica cómo el haber sido exiliado le permitió conocer los pormenores de la guerra desde la perspectiva de los dos bandos, recomendando de este modo la imparcialidad de su relato. Incluyo aquí unas líneas del capítulo 32 que informan acerca de una de las masacres de que fueron culpables los atenienses.]

26. También ha escrito la historia de estos acontecimientos el mismo Tucídides de Atenas según cada uno de ellos fueron sucediendo, por veranos e inviernos, hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio ateniense y se apoderaron de los Muros Largos y el Pireo. La guerra tuvo una duración ininterrumpida hasta el final de veintisiete años. Y quien no quiera incluir en la guerra el período de paz intermedio, cometerá un error de apreciación. Pues, en efecto, si se examinan a la luz de los hechos cuáles son los elementos que lo han caracterizado, se verá que no es razonable considerar de paz a un período en el que los dos bandos no se restituyeron ni recuperaron lo que habían comprometido. Y aún más, ambas partes cometieron nuevas violaciones del tratado, aparte de la guerra de Mantinea y de Epidauro; los aliados de Tracia continuaron siendo tan hostiles como al principio a los atenienses, y, finalmente, los beocios se limitaban a observar una tregua que habían de renovar cada diez días.

En consecuencia, si se suman a los diez años de la primera guerra, la tregua (llena de recelos) que vino a continuación, y la guerra que después siguió, se encontrará uno con que resultan los años que yo he dicho, calculando por estaciones, y algunos días más. Y se verá que es esto en lo único en que han acertado plenamente los que se apoyaban en lo que decían los oráculos.

Recuerdo personalmente, en efecto, que desde que empezó hasta que acabó la guerra, eran muchos los que sostenían que iba a durar tres períodos de nueve años.

Yo la he vivido toda ella en su desarrollo, y a una edad que me permitía comprenderla, y me esforcé con toda atención para lograr una información exacta. Sucedió, además, que hube de sufrir destierro de mi patria durante veinte años, tras haber acudido en socorro de Anfípolis en calidad de estratego. Y como fui testigo de lo que ocurría en uno y otro bando (y no en menor medida en el de los peloponesios, por causa del destierro) pude informarme mejor de ellos con toda tranquilidad.

32. Durante aquellos mismos días de este verano los atenienses se apoderaron de Esciona tras haberla asediado. Dieron muerte a todos los hombres adultos, redujeron a esclavitud a los niños y a las mujeres y cedieron a los plateenses el disfrute del territorio.

Libro V: Capítulos 84-116

[*Contexto y contenido.* Los atenienses, violando una tregua vigente, invaden la pequeña isla de Melos (o Milo) y masacran a sus habitantes. A diferencia

del lacónico informe acerca de la masacre de Esciona (cap. 32), esta vez Tucídides introduce los hechos anteponiéndoles una negociación entre representantes de ambos bandos. Este pasaje, llamado convencionalmente “el diálogo de Melos”, es una de las partes más geniales de la obra de Tucídides. En ella los atenienses vuelven a invocar la idea de que una necesidad natural hace que el fuerte domine al débil. El lector encontrará una traducción y una detallada interpretación de estos capítulos en *Estudios Públicos*, 44 (1991), pp. 247-273.]

Libro VI: Capítulos 1, 8-24

[*Contexto y contenido.* Inmediatamente después de mencionar que los atenienses dieron muerte a todos los melios en edad adulta y redujeron a esclavitud a los niños y mujeres, el texto pasa a la decisión de enviar fuerzas a Sicilia para conquistarla. La expedición a Sicilia que relatan los libros VI-VII comienza con la irónica observación de que la mayor parte de los que tomaron la decisión ignoraban el tamaño y la cantidad de habitantes de la isla. El reproche de que en un régimen democrático las decisiones las toman los ignorantes es también característico del pensamiento socrático-platónico y constituye un primer paso hacia la tesis de la *República* de que el poder debe ser ejercido por quienes poseen una forma eminente de conocimiento, es decir, por los filósofos¹⁴. En seguida Tucídides reproduce lo esencial del debate que tuvo lugar en la Asamblea, destacando el choque de dos figuras notables: Nicias, general exitoso y sobrio, dotado de muchos rasgos espartanos, y Alcibíades, joven, talentoso y frívolo, capaz de conducir a la victoria pero también de pasarse al enemigo, tal como de hecho ocurrió. Ambos personajes aparecen en los diálogos de Platón. En el cap. 24 el entusiasmo por ir a Sicilia es analizado mediante el vocabulario usual de los apetitos y de las pasiones eróticas.]

1. En el transcurso de este mismo invierno los atenienses tomaron la resolución de emprender una nueva expedición naval a Sicilia, con fuerzas superiores a las que habían ido con Laquete y Eurimedonte, con el propósito, si podían, de someterla. La mayor parte de ellos desconocían la extensión de la isla y que el número de sus habitantes era considerable, fueran griegos o bárbaros, así como que emprendían una guerra de importancia no inferior a la que estaban sosteniendo contra los peloponesios.

¹⁴ Cf. *Estudios Públicos*, 51 (1993), pp. 337-343.

8. [...] Cuatro días después de ésta se convocó una nueva Asamblea para decidir los medios necesarios para asegurar cuanto antes el equipamiento de la flota y para conceder a los jefes militares todo lo que pudieran necesitar con vistas a la expedición. Pero Nicias, que había sido elegido como comandante contra su voluntad, estimando que la ciudad había tomado una decisión desacertada, y que bajo un pretexto especioso e insignificante ansiaba en realidad —empresa nada pequeña, por cierto— dominar Sicilia entera, se presentó ante la tribuna con intención de disuadir a los atenienses, a los que exhortó así:

9. *“La convocatoria de esta Asamblea tiene por objeto discutir sobre los preparativos necesarios para la expedición a Sicilia. Sin embargo, a mí me parece que aún debemos considerar antes este mismo asunto de si realmente es preferible enviar las naves o si no debemos emprender así, tras una decisión tan rápida a propósito de cuestiones tan importantes, una guerra que no nos concierne, inducidos por gentes de otra raza. Y que conste que una empresa como ésta me reporta a mí honores, y tengo menos que temer por mi vida que muchos otros. Por otra parte, pienso que no deja de ser un buen ciudadano aquel que se preocupa un poco de su vida y de sus bienes, ya que un hombre así, por su propio interés, será el que mayor interés tenga en que los asuntos de la ciudad prosperen. Sin embargo, al igual que hasta el momento presente jamás he hablado contra mis convicciones por conseguir honores, tampoco ahora diré nada distinto de lo que yo reconozca que es lo mejor. Frente a su manera de ser, tal vez mis palabras resulten ineficaces (al aconsejarles que conserven su situación presente y no pongan en peligro sus posesiones actuales por unas ventajas inciertas y futuras); sin embargo, les mostraré que la ocasión es poco propicia y que no es fácil conseguir el objetivo que su expedición persigue.*

10. *Afirmo, en efecto, que ustedes, dejando aquí muchos enemigos, van a buscarse deseosos otros nuevos yendo en expedición allá. Tal vez crean que los tratados que han pactado ofrecen seguridad: mientras no emprendan ninguna iniciativa, dichos tratados mantendrán una existencia nominal (pues es ésta la situación a la que nos han conducido ciertas personas, tanto de nuestro bando como del enemigo), pero tan pronto como un contingente militar nuestro de cierta importancia sufra cualquier contratiempo, los enemigos nos atacarán de inmediato: porque, para empezar, ellos firmaron la paz por necesidad, como consecuencia de una serie de contratiempos y en condiciones más humillantes que las nuestras, y en segundo lugar, en ese mismo acuerdo mantenemos muchos puntos de litigio. Además, entre los enemigos hay algunos pueblos —y no se trata precisamente de los menos fuertes— que aún no han aceptado este acuerdo.*

Unos están en guerra abierta contra nosotros, mientras que otros se mantienen refrenados por unas treguas renovables cada diez días sólo por el hecho de que los lacedemonios aún se mantienen en calma.

Pero lo más probable es que, si encuentran nuestras fuerzas divididas en dos partes —que es lo que ahora estamos propiciando—, podrían atacarnos en unión de los sicilianos, una alianza que desde antiguo hubieran preferido antes que la de muchos otros pueblos. En consecuencia, debemos tener presente estas circunstancias y no asumir la responsabilidad de exponer a un peligro a la ciudad, cuando ésta aún se halla en alta mar, ni ambicionar otro imperio antes de haber consolidado el que tenemos, si es verdad que los calcídeos de Tracia, que hace tanto tiempo que se nos sublevaron, aún continúan sin someterse, y si otros pueblos de diversos lugares de la costa sólo nos obedecen renegando. En cambio, nos disponemos a acudir con gran entusiasmo en socorro de los egestenses, unos aliados nuestros que dicen haber sido víctimas de algún enorme agravio, y dudamos todavía en tomar medidas contra aquellos otros pueblos que, sublevados desde hace tiempo, nos han inferido agravios directamente a nosotros.

11. *Y el caso es que una vez que sometiéramos a éstos podríamos retenerlos bajo nuestro dominio, mientras que a aquellos otros, aunque lográramos vencerlos, difícilmente podríamos conservarlos bajo nuestro dominio por el hecho de que están muy distantes y son muy numerosos. Es una insensatez emprender una expedición contra unos pueblos a los que no se puede mantener sometidos una vez que se los hubiera derrotado, y cuando, en caso de no tener éxito, no íbamos a quedar en las mismas condiciones anteriores a haber emprendido la empresa.*

Además, a mí me parece que dada la situación en que se encuentran actualmente los sicilianos, serían menos de temer para nosotros si estuvieran sometidos al dominio de los de Siracusa; que es la posibilidad con la que más nos amenazan los egestenses.

En las actuales circunstancias es posible que alguna ciudad aislada enviara tropas contra nosotros por complacer a los lacedemonios, pero en la otra hipótesis no es verosímil que un imperio lanzara una expedición contra otro imperio, toda vez que al igual que podrían aniquilar el nuestro unidos a los lacedemonios, cabría esperar que de esa misma manera fuera aniquilado también el suyo.

La mejor manera de infundir respeto a los griegos de aquella zona es abstenernos de ir allí, y en segundo término, contentándonos con hacer una rápida demostración de nuestras fuerzas y retirarnos (todos sabemos que nada se admira más que aquello que está lejos y menos se presta a

someter a prueba su reputación). En cambio, si sufriéramos algún contratiempo, rápidamente nos despreciarían y nos atacarían uniendo sus fuerzas a los de aquí. Esta es precisamente la situación, atenienses, en que ahora se encuentran respecto a los lacedemonios y sus aliados. Por el hecho de que los han superado en un primer momento, sin esperarlo y en contra de lo que temían, han llegado ahora a despreciarlos y a ambicionar también el control de Sicilia. Pero no hay que crecerse por los reveses de la fortuna que ha sufrido el enemigo, sino fundar nuestra confianza en que somos capaces de imponer nuestros planes estratégicos y no olvidar que los lacedemonios, a causa de la humillación que han sufrido, no buscan aún hoy día otra cosa que infligirnos, si pueden, una derrota que remedie su deshonor; y ello tanto más debido a que desde hace muchísimo tiempo están preocupados, más que por cualquier otra cosa, por adquirir reputación de hombres valientes.

De modo que nuestro debate de ahora, si somos sensatos, no ha de versar sobre la situación de los egestenses de Sicilia, que no son más que unos bárbaros, sino cómo vamos a defendernos rápidamente de una ciudad que, dado su régimen oligárquico, constituye una amenaza grave contra nosotros.

12. *Debemos recordar, además, que acabamos de salir hace poquísimos de una grave epidemia y de una guerra, y que poco a poco empezamos a recuperarnos en recursos financieros y humanos. Lo justo es que gastemos estos recursos aquí en provecho nuestro y no en el de estos desterrados que nos solicitan ayuda; una gente a quienes interesa mentir hábilmente y que están dispuestos —exponiendo a los demás al peligro, mientras que ellos no ofrecen a cambio más que palabras— a demostrar una escasa gratitud en caso de éxito, o bien a arrastrar a los amigos a la ruina si llegan a fracasar.*

Pero si hay alguien que, ufano de haber sido elegido como comandante, les aconseja emprender la expedición —teniendo presente sólo su interés personal, aparte de que es en exceso joven para ejercer este mando— a fin de que los demás lo admiren por dedicarse a la cría de caballos y por obtener del mando algún provecho con que subvenir sus generosos dispendios, a ese tal no le brinden la oportunidad de brillar personalmente exponiendo al peligro la ciudad; por el contrario, piensen que esa clase de individuos atentan contra el bien común y malgastan su propio patrimonio. El asunto es demasiado serio y nada apropiado para que los jefes deliberen sobre él y lo tomen a la ligera en sus manos.

13. *A tales jóvenes, a quienes ahora veo aquí sentados apoyando a su compañero, les tengo pánico. Y por mi parte apelo a los de más edad (si*

alguno de aquéllos está sentado junto a él) a que no se avergüencen ni piensen que van a pasar por cobardes si no votan la guerra, y a que no se dejen atraer (tentación a la que podrían verse inclinados) por el funesto deseo de las cosas lejanas, en cuanto saben perfectamente que son rarísimos los éxitos que se logran mediante la codicia y en cambio muchos más mediante la prudencia.

Por el contrario, en interés de su patria —en la idea de que se halla en el trance más peligroso de cuantos hasta ahora ha afrontado— les pido se opongan a la expedición y voten que los sicilianos se mantengan en sus actuales fronteras sin que las cuestionemos: el golfo Jónico para quien llega en navegación de cabotaje, y el golfo de Sicilia para quien lo hace desde mar abierto; y que puedan disfrutar de cuanto poseen y resuelvan entre sí sus desavenencias. Y que a los egestenses en particular se les conteste que al igual que han iniciado la guerra contra los de Selinunte sin consultarlo con los atenienses, resuelvan por sí solos también tal guerra. Y que de ahora en adelante no pactemos alianzas —como solemos— con gente a quienes debemos socorrer cuando se encuentran en apuros, pero de los que no podremos obtener ninguna ayuda cuando seamos nosotros quienes la necesitamos.

14. *Y tú, pritano, si crees que tu obligación es preocuparte de los asuntos de la ciudad y quieres ser un buen ciudadano, convoca de nuevo a los atenienses y somete a votación esta propuesta. Si tienes miedo a proponer que se vuelva a votar sobre un mismo asunto, piensa que violar la ley en presencia de tantos testigos no puede significar culpa alguna; antes al contrario, la ciudad que ha tomado una decisión equivocada encontrará en ti un médico para sus males; y que lo propio de un buen magistrado es prestar los mejores servicios a su patria, o al menos, procurar no perjudicarla voluntariamente”.*

15. Tales fueron las palabras de Nicias. La mayor parte de los atenienses que subieron a la tribuna aconsejaron efectuar la expedición y no anular la decisión ya acordada; aunque algunos manifestaron el parecer contrario. Quien con mayor ardor inducía a emprender la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias. Deseaba oponerse a Nicias no sólo porque en general era su adversario político, sino por el hecho de que Nicias le había lanzado algunas alusiones calumniosas; pero sobre todo era porque estaba deseoso de ejercer el mando, del que esperaba poder conquistar Sicilia y Cartago, y que al tener éxito en estas empresas conseguiría ventajas personales, tanto en dinero como en reputación. Efectivamente, gozaba de la estima de sus conciudadanos y se dejaba arrastrar por caprichos superiores a las posibilidades de su hacienda, tanto en lo referente a la cría de caballos

como en otros gastos. Todo esto contribuyó luego, en no pequeña medida, a arruinar la ciudad de Atenas. En efecto, la mayoría de los ciudadanos, inquietos ante el extremo desorden de su modo de vivir y ante la grandeza de los proyectos que ponía de manifiesto en las empresas de que de vez en cuando se encargaba, se enemistaron con él convencidos de que aspiraba a la tiranía. En el desempeño de sus obligaciones públicas había tomado las más acertadas decisiones en lo relativo a la guerra, pero su vida privada disgustaba a todos, por lo que pusieron la dirección de las operaciones en manos de otros y no tardaron mucho en provocar la ruina de la ciudad. En esta ocasión, pues, se presentó ante la tribuna y aconsejó a los atenienses en los términos siguientes:

16. *“Me corresponde sin duda a mí más que a ningún otro, atenienses, ejercer el mando (pues no hay más remedio que empezar por aquí, ya que Nicias me ha atacado) y estimo además que soy digno de él. Porque los actos que me recrimina el vulgo procuran honores a mis antepasados y a mí mismo, y a nuestra patria, además, gran provecho. En efecto, los griegos, que creían que nuestra ciudad estaba exhausta a consecuencia de la guerra, se han formado de nuestra ciudad una idea que es mayor que la realidad, gracias al esplendor de mi participación en las fiestas de Olimpia, al hacer que compitieran siete carros —un número nunca alcanzado por ningún ciudadano particular antes que yo—, donde fui vencedor, quedé segundo y cuarto y dispuse todos los demás preparativos en forma digna de tal victoria. Todo lo cual constituye de por sí habitualmente motivo de honor, pero es que con tales acciones se deja entrever además un poderío efectivo. Por otra parte, el hecho de ser famoso en la ciudad a causa de las coreguías y por otras razones puede despertar la natural envidia de otros conciudadanos, pero cara a los extranjeros ello supone una demostración de poderío. Por tanto, no se trata de una locura inútil la de quien, a sus propias expensas, no sólo se beneficia a sí mismo, sino también a su ciudad. Por otra parte, no hay nada malo, cuando uno tiene un alto concepto de sí mismo, en no situarse en un plano de igualdad con los demás, si es verdad que quien se encuentra afligido por un infortunio no halla a nadie con quien compartir su desgracia. Antes bien, al igual que nadie nos dirige la palabra cuando caemos en desgracia, se debe tolerar que nos miren por encima del hombro aquellos que tienen éxito. O en otro caso, sólo después de haber tratado a todos de la misma forma puede pretenderse recibir un trato análogo. Yo sé que tales personas, y todos los que han brillado en cualquier actividad, han resultado molestos durante su vida, primero a sus iguales, y secundariamente a aquellos otros con quienes trataron. Son gentes que dejan para*

algunos la pretensión de ser parientes suyos (aunque no lo hayan sido), y su patria, lejos de renegar de ellos como si fueran extranjeros o gente errada, se siente orgullosa de reivindicarlos como hijos propios y autores de bellas gestas. A esto es a lo que yo aspiro, y es ello lo que provoca que se hable tanto de mi vida privada; pero ustedes consideren si dirijo los asuntos públicos peor que algún otro. Después de haber reunido a las mayores potencias del Peloponeso, sin graves riesgos ni gastos para ustedes, he forzado a los lacedemonios a jugarse el todo por el todo en un solo día en Mantinea. Y aunque quedaron vencedores en la batalla, ya no se sienten hoy tan confiados como antes.

17. *Fue mi juventud, y lo que llaman extravagante locura mía, las que negociaron mediante discursos muy oportunos con aquellas potencias del Peloponeso y las convencieron gracias al entusiasmo de mi carácter. Por tanto, no tengan ahora miedo de ella, sino que mientras aún me hallo en pleno esplendor juvenil y Nicias parece ser el favorito de la fortuna, aprovechen las ventajas que tanto uno como otro podemos brindarles. Y en cuanto a la expedición a Sicilia no se arrepientan, con el pretexto de que se trata de ir contra una gran potencia. Sus ciudades son efectivamente muy populosas, pero de masas heterogéneas y fácilmente cambian de ciudadanos y admiten otros nuevos. En consecuencia, al faltar la sensación de vivir en la propia patria, nadie se preocupa de procurarse armas adecuadas para defender la ciudad, ni disponen de instalaciones estables para vivir en el país. Al contrario, cada cual toma del bien común —sea mediante la persuasión de su palabra, sea mediante la sedición— cuanto considera necesario para establecerse en otra tierra en caso de que las cosas le vayan mal. No es razonable predecir que una masa de tales características preste oído unánime para ponerse a obrar de común acuerdo. Todo lo contrario, uno tras otro se pasarán rápidamente al bando de quien los halague de palabra, y ello tanto más si, como dicen las noticias que a nosotros llegan, tienen discordias internas. Además, no disponen de tantos hoplitas como se jactan de poseer, del mismo modo que se ha demostrado que los demás griegos no eran tan numerosos como indicaban los cálculos que cada uno daba de sí. Sino que Grecia se ha engañado muchísimo a este propósito y a duras penas ha podido reunir un contingente suficiente de hoplitas.*

Así pues, ésta debe ser, o más o menos, la situación allá, según las informaciones que me han llegado de oídas, o aún más favorable (pues hallaremos a muchos bárbaros que por odio a los siracusanos se unirán a nosotros para combatirlos), y por otra parte, no será la situación aquí en Grecia la que nos creará obstáculos, si es que se toman las decisiones adecuadas. En efecto, nuestros padres, que tuvieron que enfrentarse a estos

misimos enemigos —a los que se nos dice que dejaremos a nuestras espaldas si nos embarcamos— además de a los Medos, adquirieron el imperio sin disponer de ninguna otra fuerza que la superioridad de la flota. Por otra parte, los peloponesios jamás han tenido menos esperanza de éxito frente a nosotros que ahora, y aunque estén muy seguros de sus fuerzas, podrán invadir nuestro territorio aun cuando no emprendiéramos la expedición, pero nunca podrían causarnos daño con la flota, dado que la que aquí dejaremos será capaz de hacerle frente a la suya.

18. *De modo que ¿qué pretexto razonable podríamos aducir para demorarnos o para no acudir en ayuda de nuestros aliados? Debemos ayudarlos, ya que estamos obligados a ello por juramento, y no contrargumentar con que ellos no han hecho otro tanto con nosotros. Les hemos dado acogida en nuestra alianza, efectivamente, no para que a su vez vinieran aquí a ayudarnos, sino para que crearan problemas a nuestros enemigos de aquella región y les impidieran venir aquí a atacarnos. Nosotros y cualquier otro pueblo que ha conquistado un imperio lo hemos hecho acudiendo animosamente en ayuda de aquellos, bárbaros o griegos, que en cada ocasión la solicitaban. Porque si todos permanecieran tranquilos o distinguieran según la raza a quién hay que ayudar y a quién no, no sólo no agrandaríamos nada nuestro imperio, sino que incluso pondríamos en peligro su propia existencia. Porque contra el poderoso no sólo hay que defenderse cuando ataca, sino que hay que ver el modo de prevenirse para que no pueda atacar.*

No nos resulta posible determinar con precisión la extensión del territorio sobre el que queremos mandar, pero desde el momento en que nos hallamos en esta tesitura, estamos obligados a atacar a unos y no dejar en paz a los otros, en tanto que sobre nosotros pende el peligro de caer bajo el dominio de otros si no lo ejercitamos nosotros mismos sobre ellos. Además, ustedes no pueden considerar la tranquilidad desde la misma perspectiva que los demás, a menos que no quieran modificar su modo de vivir y lo equiparen al suyo.

Calculando, pues, que aumentaremos nuestro poderío de aquí marchando allá, emprendamos la expedición a fin de abatir el orgullo de los peloponesios, a los que demostraremos que al ir a Sicilia despreciamos la paz actual. Y al propio tiempo o —como parece más verosímil— acrecentaremos nuestro imperio sobre toda Grecia, una vez que hayamos anexionado aquellos pueblos a nuestros dominios, o cuando menos infligiremos serios daños a los siracusanos, con lo que nos beneficiaremos nosotros y nuestros aliados. Garantías de permanecer, en caso de que todo vaya bien, y de regresar nos las brindará la escuadra, pues seremos los dueños del mar incluso frente a todos los sicilianos juntos.

Y que no les aparten de la empresa ni la invitación de Nicias a la inactividad, ni su contraposición entre jóvenes y viejos. Al contrario, y de acuerdo con nuestro comportamiento tradicional, y al igual que nuestros padres elevaron nuestra posición hasta este punto, deliberando juntos jóvenes y viejos, busquen también ahora del mismo modo que nuestra ciudad prospere. Piensen que la juventud y la vejez no pueden nada la una sin la otra, sino que la verdadera fuerza consistirá en reunir los elementos débiles con los medianos y con los completamente perfectos. Además, nuestra ciudad si se mantiene inactiva terminará por agotarse por sí sola como cualquier otra cosa y declinará su conocimiento en cualquier campo, mientras que si se mantiene permanentemente en lucha adquirirá nuevas experiencias y al mismo tiempo reforzará sus hábitos de defenderse no con palabras, sino con hechos. En resumen, afirmo que a mi parecer una ciudad que está habituada a la actividad caerá rápidamente en la ruina si renuncia a la acción, y que pueblos que viven en la mayor seguridad son aquellos que se apartan lo menos posible en su política de los hábitos e instituciones tradicionales, aun cuando éstas sean menos buenas”.

19. Tales fueron las palabras de Alcibíades. Los atenienses, tras haberlo escuchado a él y a los desterrados egestenses y leontinos que, presentándose ante la tribuna les rogaban y les pedían (recordándoles sus juramentos) que les ayudaran, estaban ahora aún más proclives que antes a emprender la expedición. Entonces Nicias, percatándose de que no iba a conseguir persuadirlos con los mismos argumentos de antes y de que tal vez pudiera hacerlos cambiar de opinión si hacía hincapié en la enormidad de preparativos necesarios, se presentó de nuevo ante la tribuna y les habló así:

20. *“Atenienses, ya que les veo resueltamente decididos a emprender la expedición, ¡ojalá que las cosas salgan como queremos!; sin embargo, y por cuanto se refiere a la situación presente, les expondré cómo la veo. Según las noticias que sé de oídas, nos disponemos a marchar contra unas ciudades importantes que no están sometidas las unas a las otras ni tienen necesidad de ese tipo de cambios gracias a los cuales uno puede pasar de muy buen grado de una esclavitud forzada a una situación menos opresiva.*

Por tanto, no es verosímil que acepten de buen grado someterse a nosotros a cambio de su libertad. Además, para tratarse de una isla, son muchas las ciudades griegas. Porque, si exceptuamos Naxos y Catania, que espero se pongan de nuestro lado por su afinidad étnica con los leontinos, hay otras siete que están equipadas de un armamento muy similar al de nuestras fuerzas, y en especial precisamente aquellas contra las que se dirige nuestra expedición: Selinunte y Siracusa. Disponen, en efecto, de

numerosos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos, así como de numerosas trirremes y tripulación para embarcar en ellas. Poseen también abundantes riquezas, tanto de particulares como en los santuarios de Selinunte. Los siracusanos, además, reciben tributos de algunos pueblos bárbaros. Y con todo, nos aventajan especialmente en que poseen una caballería numerosa y que consumen grano producido en el país y no importado.

21. *Contra una potencia de tal envergadura no basta por tanto con una fuerza naval escasa, sino que es necesario que nos acompañe en la expedición un gran contingente de infantería, al menos si es que queremos llevar a cabo algo que esté a la altura de nuestros planes y que una caballería numerosa no nos impida el paso en tierra. En especial si las ciudades, presas del pánico, se coaligan y no contamos con otros aliados que los egestenses que puedan proporcionarnos fuerza de caballería con la que defendernos de aquéllos (sería verdaderamente vergonzoso tener que regresar a la fuerza o pedir refuerzos más tarde por haber tomado inicialmente decisiones poco meditadas). Por el contrario, debemos salir de aquí con fuerzas suficientes, sabiendo que nos disponemos a navegar muy lejos de nuestra ciudad, y que la expedición no se realizará en condiciones idénticas a cuando marcharon, apoyados en sus súbditos de aquí, como aliados contra alguna ciudad, a lugares desde donde resulta fácil procurarse en un país amigo cualquier cosa que se necesite, sino que ahora se van a alejar por una región que es completamente extraña, desde donde, en los cuatro meses que dura el invierno, no es fácil que pueda llegar un mensajero.*

22. *Me parece necesario, por tanto, llevar muchos hoplitas, tanto propios como de los aliados, no sólo de nuestros súbditos, sino de cuantas ciudades del Peloponeso podamos convencer o atraer a nuestra causa mediante un sueldo; e igualmente muchos arqueros y honderos para que hagan frente a la caballería enemiga; en fin, será necesario asegurarse una gran superioridad en cuanto a la escuadra para transportar con más facilidad los aprovisionamientos necesarios y llevar desde aquí en naves de carga los cereales —trigo y cebada tostada—, así como molineros a sueldo, requisados de los molinos en una proporción oportuna, a fin de que, en el caso de que un temporal nos retenga, puedan las tropas disponer de víveres (su número será tal que no todas las ciudades podrán darles acogida). En cuanto a todo lo demás, debemos prepararnos en la medida de lo posible y no depender de los demás; en especial, llevar desde aquí la mayor cantidad de dinero posible. En cuanto al de los egestenses, que se nos dice que está a nuestra disposición, tengan por cierto que estará presto sobre todo de palabra.*

23. *En efecto, aunque partiéramos de aquí provistos no sólo de fuerzas iguales a las del enemigo (excepto en el caso de sus mejores tropas de combate, como son los hoplitas), sino superiores desde cualquier punto de vista, incluso en tales circunstancias apenas seríamos capaces de someter a unos y afianzar lo que queremos salvar. En resumen, será necesario pensar que somos como unos colonos que van a fundar una ciudad entre naciones hostiles y de otras razas y que desde el primer día que desembarquen deben apoderarse del territorio o saber que, en caso de fracasar, todo lo que encuentren les será hostil. Esto es precisamente lo que yo me temo y precisamente porque sé que hemos de tomar multitud de decisiones acertadas y contar aún más con la ayuda de la suerte (todo lo cual es difícil siendo hombres) quiero zarpar confiando lo menos posible en la fortuna y hacerme a la mar, en la medida en que es previsible, con la seguridad que se deriva de mis preparativos. Estimo, en efecto, que ésta es la manera que ofrece mayores garantías a toda la ciudad y la salvación a quienes participamos en la expedición. Si a alguien le parece de otro modo yo le cedo el mando”.*

24. Esto fue cuanto dijo Nicias y, a la vista de las medidas por tomar, esperaba o bien hacer desistir a los atenienses de tal empresa, o bien, si se veía obligado a efectuarla, embarcarse con la máxima seguridad. Sin embargo, la complicación de los preparativos no les arrebató su vivo deseo por la expedición; antes al contrario, se enardecieron mucho más, por lo que Nicias obtuvo el resultado contrario: el parecer general fue que había dado excelentes consejos, por lo que ahora la seguridad estaba ampliamente garantizada. Y de todos por igual se apoderó el deseo de partir: los de más edad, en la idea de que un ejército tan numeroso o bien conquistaría el territorio contra el que zarpaban o, cuando menos, que no podría ser derrotado; los más jóvenes, por afán de ver y conocer aquella tierra lejana y porque tenían fe en regresar sanos y salvos; y la gran masa de soldados porque esperaban conseguir de momento dinero y hacer de la ciudad una potencia que les garantizara por siempre una paga permanente.

De suerte que a causa del excesivo entusiasmo de la mayoría, si alguien desaprobaba la expedición se mantenía callado, por temor a dar la impresión de, si alzaba la mano en contra, pasar por enemigo de la ciudad.

Libro VII: Capítulos 75-87

[Contexto y contenido. Las tropas atenienses que sitiaban la ciudad de Siracusa han sufrido un descalabro tras otro, incluyendo una derrota naval

que los ha dejado sin barcos. Los generales ordenan entonces una retirada por tierra que en realidad no los lleva a ninguna parte, puesto que casi toda la isla de Sicilia se ha vuelto contra Atenas. Estas desgarradoras páginas cierran el aciago episodio generado por las ambiciones atenienses con respecto a Sicilia.]

75. A continuación, una vez que Nicias y Demóstenes creyeron que los preparativos ya estaban convenientemente dispuestos, tuvo lugar la partida del ejército, al día tercero después de la batalla naval. Se trataba de algo horrible no sólo desde el punto de vista de que debían retirarse tras haber perdido las naves y en vez de con las grandes esperanzas anteriores, sometidos a peligros que les amenazaban no sólo a ellos mismos, sino a su ciudad; además, al abandonar el campamento tuvieron que contemplar un espectáculo doloroso para sus ojos y su ánimo. En efecto, como los cadáveres no habían recibido sepultura, cuando alguien veía el de uno de sus compañeros tirado por tierra, quedaba preso de una mezcla de pena y de temor; mientras que los que quedaban abandonados vivos por estar heridos o enfermos, eran motivo de aflicción mayor para los supervivientes, y más desgraciados que los que habían muerto. Entregándose a súplicas y lamentos creaban grandes apuros; les pedían que los llevaran consigo, llamándoles a cada uno por su nombre cuando veían pasar a algún camarada o pariente. Se colgaban de sus compañeros de tienda cuando éstos emprendían ya la marcha, y les seguían todo el tiempo que podían; y si a alguno le fallaban las fuerzas por su estado físico, quedaba abandonado no sin múltiples invocaciones a los dioses en medio de lamentos. En consecuencia, la totalidad del ejército se vio en un mar de lágrimas y en una situación de incertidumbre tal que no era fácil decidir la partida (aunque se trataba de salir de un territorio enemigo y después de haber sufrido y tener expectativas de sufrir en el incierto futuro desgracias más que dignas de lágrimas). Grande era el sentimiento de vergüenza y también de autocensura. Semejaban, en efecto, una ciudad expoliada que intentara poco a poco huir —ciudad, por cierto, nada pequeña, pues eran no menos de cuarenta mil hombres en total los que componían la marcha—. Todos los miembros de la expedición llevaban consigo, en la medida de lo posible, cualquier cosa que pudiera resultarles útil e incluso los hoplitas y jinetes (en contra de la costumbre) llevaban sus propios víveres junto a sus armas, ya por falta de esclavos, ya por desconfiar de ellos (pues ya algunos se habían pasado al enemigo hacía tiempo y muchos más lo hacían por aquellas fechas). Sin embargo, no resultaba suficiente lo que llevaban, debido a que ya no había provisiones en el campamento. Por otra parte, el conjunto de sus penas (aunque se hallaba algún consuelo por el

hecho de ser compartidas por muchos) no parecían fáciles de sobrellevar en la actualidad, especialmente al tener en mente la situación de esplendor y orgullo de que habían partido y el humillante final al que habían llegado.

En efecto, Éste fue el peor desastre jamás sobrevenido a un ejército griego, pues les ocurrió que, habiendo acudido aquí para esclavizar a otros, se retiraron temiendo sufrir ellos esto mismo; y en vez de las súplicas y peanes con que zarparon, regresaban en cambio en medio de clamores de sentido contrario; no a bordo de las naves, sino a pie; confiando más en los hoplitas que en la flota. Sin embargo, todo esto, a la vista de la magnitud del peligro que sobre ellos pendía, les parecía llevadero.

76. En este momento, al ver Nicias el abatimiento de las tropas y el cambio producido en sus ánimos, recorría las filas dando ánimos y recomfortándoles en la medida de lo posible. Con su mejor intención, gritaba aún más fuerte que antes a las tropas por las que pasaba y alzaba la voz deseoso de alcanzar más lejos y serles de alguna utilidad.

77. *“Incluso en las presentes circunstancias, atenienses y aliados, hay que mantener esperanzas (pues ya ha habido quienes se han salvado de situaciones peores incluso que ésta) y no reprocharse en exceso a sí mismos ni las desgracias que hemos sufrido ni estos inmerecidos sufrimientos de ahora. También yo, que a ninguno de ustedes aventajo en fuerza física (vean, en efecto, cómo me encuentro a causa de mi enfermedad), y que en cuanto a fortuna no creo ir por detrás de nadie, ni en mi vida privada ni en lo demás, me encuentro en estos momentos en idéntico peligro que el último de ustedes. Y eso que he pasado mi vida observando escrupulosamente las normas divinas y me he comportado siempre de forma justa e irreprochable con los hombres. Por todo ello y a pesar de la gravedad del momento presente, mi esperanza en el futuro permanece firme y las desgracias no me asustan tanto como cabría esperar. Tal vez lleguen incluso a cesar. La fortuna, en efecto, ya ha favorecido suficientemente a nuestros enemigos y aunque hayamos suscitado la envidia de alguna divinidad con nuestra expedición, ya hemos sido castigados en modo más que suficiente. También otros emprendieron una expedición contra otros pueblos, y por haber cometido errores propios de hombres, sufrieron un castigo soportable. Es natural que podamos esperar de la divinidad ahora un trato más liviano (ahora, en efecto, más dignos somos de su compasión que de su envidia); además, al contemplarles a ustedes —cuántos y qué hoplitas marchando en perfecto orden— no se descorazonen en exceso; piensen, por el contrario, que ustedes constituyen de inmediato una ciudad donde quiera que se asienten y que ninguna ciudad de Sicilia podría resistirlos si la atacaran, ni podría desalojarles si se asentaran en cualquier parte. Preocúpense uste-*

des mismos de que la marcha se efectúe en orden y seguridad, y que cada cual no piense en otra cosa sino que el lugar en que se vea obligado a luchar será —si vence— su patria y su muro. Tanto de día como de noche el ritmo de marcha será vivo, pues los víveres que tenemos escasean. Y si llegamos a alcanzar algún poblado sículo que sea amigo (ya que aún continúan siéndonos fieles debido al miedo que tienen a los siracusanos), piensen entonces que nos hallamos en lugar seguro. Ya se les han enviado unos emisarios con el encargo de que salgan a nuestro encuentro y traigan víveres.

En suma, soldados, dense cuenta de que les es forzoso comportarse como hombres valientes, en la idea de que no hay ningún lugar próximo en el que encontrar salvación en caso de que se ablanden, y que si ahora consiguen escapar de los enemigos, los demás conseguirán volver a ver todo aquello que anhelan y los atenienses restaurarán el poderío —ahora demolido— de su ciudad. Una ciudad son sus hombres y no unos muros ni unas naves sin hombres”.

78. Nicias recorría las tropas exhortando así, mientras, a los suyos y si veía que en alguna parte se separaban y marchaban en desorden, las reagrupaba haciéndoles recuperar su puesto. Por su parte, Demóstenes hacía otro tanto con los suyos, hablándoles en términos parecidos. El ejército avanzaba en formación cuadrangular; abrían la marcha los hoplitas de Nicias y en retaguardia iban los de Demóstenes, dejando en el centro a los acemileros y la mayor parte de las restantes tropas. Una vez llegaron al cruce del río Anapo, encontraron a unos siracusanos y aliados suyos alineados a lo largo del río; tras ponerlos en fuga y apoderarse del paso continuaron su avance. Por su parte, la caballería siracusana los acosaba, cabalgando en paralelo a ellos y las tropas ligeras les disparaban sus dardos.

Este día los atenienses recorrieron unos cuarenta estadios y vivaquearon junto a una colina. Al día siguiente se pusieron en marcha muy de mañana y avanzaron unos veinte estadios y descendieron a un llano, donde empezaron a instalar el campamento, deseosos de obtener en las casas algo de comer (se trataba de una zona habitada) y llevarse provisiones de agua para el camino, pues en la dirección en que debían seguir durante muchos estadios el agua era de todo menos abundante. Por su parte, los siracusanos se les adelantaron y se dedicaron a bloquear el camino de delante. Se trataba de una colina fácil de defender, a ambos lados de la cual había un barranco profundo llamado Roca de Acras. Al día siguiente los atenienses prosiguieron su avance, mientras la caballería y los lanzadores de dardos siracusanos y sus aliados (que eran muchísimos) les estorbaban el avance desde uno y otro lado, lanzándoles dardos y cabalgando en paralelo. Los atenienses los

combatieron durante un buen rato, pero más tarde regresaron al mismo campamento. Ahora ya no disponían de víveres en la misma medida, pues no era posible alejarse a causa de la caballería.

79. Al amanecer levantaron el campamento y se pusieron nuevamente en marcha. Se abrieron paso hasta llegar a la colina que había sido fortificada, donde se encontraron con que delante de ellos estaba formada la infantería enemiga para defender el muro; como el paso era angosto, la formación era de no pocos escudos en fondo. Los atenienses se lanzaron al ataque con la intención de abatir el muro, pero al resultar alcanzados por numerosos disparos desde la colina (que era muy abrupta, con lo que los que estaban arriba les alcanzaban con suma facilidad) y no poder forzar la travesía, se retiraron nuevamente y cesaron de combatir. Se dio la casualidad también de que se produjeron truenos y lluvias, como suele ocurrir cuando el año llega al otoño; ante lo cual los atenienses se desanimaron más y pensaban que todo aquello estaba ocurriendo para ruina suya. Mientras éstos descansaban, Gilipo y los siracusanos despacharon una parte de su ejército a bloquear, ahora por la espalda, el camino por el que habían venido aquéllos. Pero éstos enviaron a su vez a algunos de los suyos y se lo impidieron. A continuación los atenienses se retiraron con todas sus fuerzas a una parte más llana, donde vivaquearon.

Al día siguiente reemprendieron la marcha, pero los siracusanos los atacaban por todas partes y herían seriamente a muchos. Y si los atenienses los atacaban, retrocedían; pero si retrocedían aquéllos, ellos los atacaban, cayendo especialmente sobre los rezagados, buscando la manera de sembrar el pánico en todo el ejército, poniendo en fuga poco a poco a grupos reducidos. Los atenienses aguantaron esta clase de combate durante largo rato, pero luego, después de haber avanzado cinco o seis estadios, se detuvieron en el llano; por su parte, los siracusanos se alejaron de ellos en dirección a su propio campamento.

80. En el transcurso de la noche, Nicias y Demóstenes, en vista de que el ejército estaba apuradísimo por carecer ahora de toda clase de provisiones, así como por la presencia de muchísimos heridos a resultas de los numerosos ataques del enemigo, decidieron encender el mayor número posible de fuegos y alejar de allí al ejército, aunque no por el mismo camino que habían planeado, sino hacia el mar, en dirección contraria a aquella en que los siracusanos los esperaban. La retirada del ejército no era, en su conjunto, hacia Catania, sino hacia la otra parte de Sicilia, hacia donde se encuentran Camarina, Gela y otras ciudades griegas o bárbaras de esta región.

Prendieron, pues, muchos fuegos y se pusieron en marcha durante la noche. Pero, como suele ocurrir en todos los ejércitos y en particular en los

que son numerosos, hicieron su aparición los miedos y los temores; en especial porque marchaban de noche, por una tierra enemiga y a corta distancia del enemigo, se originó en la tropa un desconcierto. Las fuerzas de Nicias, que iban en vanguardia, continuaron en formación compacta y se adelantaron considerablemente; en cambio el grupo de Demóstenes —que representaban la mitad o algo más del ejército— se segregó de él y continuó el avance desordenadamente. No obstante, al amanecer alcanzaron el mar. Subieron por el camino llamado Eloor y continuaron la marcha con intención de, una vez alcanzado el río Cacáparis, proseguir su curso tierra adentro, pues esperaban que los sículos (cuya ayuda habían reclamado) les salieran al encuentro por allí. Pero una vez llegaron al río, encontraron en él un destacamento siracusano que estaba bloqueando el paso con un muro y empalizada. Rechazaron el destacamento y cruzaron el río, continuando su avance hacia otro río, el Erineo, ya que los guías les aconsejaban tomar dicha dirección.

81. Mientras tanto, los siracusanos y sus aliados, al hacerse de día y percatarse de que los atenienses habían escapado, acusaron en su mayor parte a Gilipo de que los había dejado escapar deliberadamente. Se pusieron a perseguirlos a toda prisa, por donde había pocas dudas de que se habían retirado, y les dieron alcance a la hora del almuerzo. Tan pronto entraron en contacto con las tropas de Demóstenes, que iban en retaguardia y avanzaban más lenta y desordenadamente desde la noche en que se había producido aquel desconcierto, cayeron de inmediato sobre ellos dando comienzo a la batalla. Los jinetes siracusanos los cercaron con gran facilidad, al estar separados de los otros, y les estrecharon más y más el cerco. Por su parte, el ejército de Nicias se encontraba a una distancia de cincuenta estadios más adelantado. En efecto, Nicias había aligerado la marcha, pues pensaba que su salvación, en una situación como ésta, no residía en esperar deliberadamente al enemigo y presentar batalla, sino en alejarse lo más rápidamente posible, luchando sólo cuando se vieran obligados a ello.

Demóstenes, en cambio, se encontraba expuesto en general a una situación de apuro más continuo, ya que al ir en retaguardia de la marcha era el primero al que atacaban los enemigos; además, en aquella ocasión, al darse cuenta de que los siracusanos le perseguían, se preocupaba más de organizarse para la batalla que de continuar avanzando, hasta el extremo de que, rodeado por el enemigo, quedaron tanto él como los atenienses que le acompañaban en gran desconcierto. En efecto, obligados a retirarse hacia un lugar cercado por un pequeño muro, con un camino a uno y otro lado y no pocos olivos, recibían una lluvia de proyectiles desde todas partes. Los siracusanos practicaban este tipo de escaramuzas con preferencia —y con

razón— al combate a pie firme, ya que arriesgarlo todo en un combate contra unos hombres desesperados no jugaba tanto a favor suyo como de los atenienses; al mismo tiempo, como el éxito era ya seguro, cada cual procuraba evitar la muerte antes de que se produjera, pensando además que con esta forma de combate también terminarían doblegando y capturando al enemigo.

82. Así pues, después de haber estado todo el día disparando proyectiles desde todas partes contra los atenienses y sus aliados, y ver que éstos se encontraban ya en una situación apuradísima a causa de las heridas y otros sufrimientos, Gilipo y los siracusanos con sus aliados hicieron una proclama prometiendo la libertad, dirigida en primer lugar a los isleños que se pasaran a su bando. Efectivamente, algunas ciudades —no muchas— hicieron defección. Algo más tarde se llegó a un acuerdo con las restantes tropas de Demóstenes, según el cual éstos depondrían las armas a cambio de que ninguno muriera ni de muerte violenta, ni en prisión, ni por privársele de la indispensable comida. En total se entregaron unos seis mil hombres, y depositaron sobre unos escudos vueltos hacia arriba todo el dinero que llevaban, llenando cuatro escudos. De inmediato enviaron estos prisioneros a Siracusa.

Por su parte, Nicias y sus hombres llegaron aquel día al río Erineo, lo cruzaron e instaló el campamento sobre una zona algo elevada.

83. Los siracusanos les dieron alcance al día siguiente y les hicieron saber que los hombres de Demóstenes se habían entregado, por lo que les invitaban a que ellos hicieran otro tanto. Pero Nicias desconfiaba, por lo que convino con el enemigo en enviar un jinete a verificarlo. De regreso éste, confirmó que sí se habían entregado. Nicias hizo saber por medio de un heraldo a Gilipo y a los siracusanos que estaba dispuesto a llegar a un pacto con ellos en nombre de los atenienses: reintegrar a los siracusanos en su totalidad la suma de dinero que hubieran gastado en la guerra si dejaban marchar a su ejército; y hasta que se efectuara la entrega del dinero, dejar como rehenes a algunos atenienses, uno por cada talento.

Pero los siracusanos y Gilipo no aceptaron estas propuestas, sino que se lanzaron al ataque y los rodearon, lanzándoles proyectiles desde todos los lados hasta llegada la noche. También estas tropas se hallaban en una situación apuradísima por falta de trigo y demás cosas necesarias. Sin embargo, esperaron la hora del descanso nocturno y se dispusieron a reemprender la marcha. Pero tan pronto tomaron las armas, los siracusanos se dieron cuenta de ello y empezaron a cantar el peán. Al haberse percatado los atenienses de que los habían descubierto, depusieron nuevamente las armas, excepto unos trescientos hombres. Estos, abriéndose paso a la fuerza a través de la guardia, marcharon durante la noche por donde pudieron.

84. Una vez se hizo de día, Nicias puso en marcha el ejército. Por su parte los siracusanos y sus aliados se dedicaron a atacarlos con la misma táctica: disparándoles y lanzándoles dardos desde todas partes. Los atenientes abreviaban el paso en dirección al río Asínaro, pues no sólo se veían acosados por el ataque generalizado de muchos jinetes y del resto de las tropas (y pensaban que todo les iría mejor si conseguían cruzar el río), sino también por causa de su desesperada situación y por la necesidad de beber.

Cuando llegaron al río se precipitaron en él sin orden alguno; y como cada cual quería ser el primero en cruzarlo y los enemigos presionaban, la travesía resultaba muy difícil. En efecto, obligados a avanzar en filas apretadas, caían unos sobre otros pisoteándose; algunos murieron al caer sobre sus propios dardos y armas, mientras otros se enredaban y eran arrastrados por la corriente. Entre tanto, los siracusanos, apostados sobre la otra orilla del río —que era muy escarpada— disparaban desde arriba sobre los atenientes, quienes, en su mayoría, se dedicaban ávidamente a beber agua, amontonados unos sobre otros dada la estrechez con que el río discurría. A su vez, los peloponesios descendieron sobre ellos, masacrando sobre todo a los que se encontraban en el río. El agua de inmediato se tornó turbia, pero la seguían bebiendo, a pesar de que era una mezcla de sangre y lodo, disputándose muchos incluso con las armas.

85. Finalmente, cuando ya muchos cadáveres se apiñaban unos sobre otros en el río y el ejército estaba aniquilado (unos en el río, otros —si alguien había escapado— a manos de la caballería), Nicias se entregó a Gilipo, confiando más en él que en los siracusanos. Autorizó a Gilipo y a los lacedemonios a que hicieran con él lo que quisieran, con tal de que pusieran fin a la matanza de sus hombres. Entonces Gilipo dio órdenes de que se limitaran a hacerlos prisioneros. Reagruparon a los supervivientes, excepción hecha de un buen número de ellos, a quienes los soldados escondieron como posesión suya. Enviaron un destacamento en persecución de los trescientos que habían cruzado la línea de vigilancia durante la noche y los capturaron. Así pues, la parte de ejército que pasó a posesión del Estado no fue muy numerosa; aunque sí lo fue la robada, de modo que Sicilia entera se llenó de prisioneros, ya que no habían sido obtenidos —como los de Demóstenes— a resultas de un acuerdo. Por lo demás, una buena parte del ejército pereció, pues la masacre llegó a alcanzar proporciones descomunales, superando a todas las anteriores durante la guerra de Sicilia. También murieron muchos durante los repetidos ataques que se produjeron en el transcurso de la retirada. Sin embargo, también fueron muchos los que consiguieron escapar, unos en estos mismos momentos y otros más tarde,

después de haber vivido como esclavos y haberse fugado. Estos encontraron refugio en Catania.

86. Los siracusanos y sus aliados se congregaron y, una vez recogido el mayor número posible de prisioneros y despojos, se retiraron a su ciudad. Arrojaron a las canteras a todos los demás atenienses y sus aliados que hicieron prisioneros por parecerles que era el lugar más seguro para vigilarlos. A Nicias y a Demóstenes, sin embargo, y a pesar de la oposición de Gilipo, los degollaron. En efecto, Gilipo pensaba que sería una bella hazaña para él, amén de sus otros méritos, llevar ante los lacedemonios a los estrategos del ejército enemigo. Se daba la circunstancia, además, de que uno de ellos, Demóstenes, era considerado por los lacedemonios su peor enemigo a causa de los sucesos de Pilos; mientras que el otro, por el contrario, gozaba de su más alta estima por estos mismos acontecimientos, ya que Nicias se interesó vivamente en que los lacedemonios de la isla fueran puestos en libertad y convenció a los atenienses para que concluyeran el tratado. Por esta razón los lacedemonios estaban bien dispuestos para con él y no por otro motivo se entregó, lleno de confianza, a Gilipo. Sin embargo, según se cuenta, algunos siracusanos que habían mantenido contactos con él, temerosos de que si fuera sometido a tormento les pudiera procurar problemas en aquel feliz momento, y otros —en particular los corintios— temían que sobornara a alguien (pues era hombre rico) y escapara para volver a causarles nuevas dificultades; así que convencieron a los aliados para que lo ejecutaran.

Por dicho motivo, o por otros muy parecidos, murió Nicias, el hombre que de entre los griegos de mi tiempo menos mereció haber alcanzado tan infeliz fin, por su conducta constantemente orientada a la práctica de la virtud.

87. Respecto a los prisioneros de las canteras, los siracusanos los trataron al principio muy duramente. En efecto, al ser muchos en un espacio profundo y reducido sufrían primero los rigores del sol y del calor al estar al descubierto, y luego, al llegar las frías noches del otoño, a causa del brusco cambio de temperatura, provocaban la aparición de enfermedades. Además, al verse obligados por falta de espacio a hacerlo todo en el mismo sitio, y acumularse unos sobre otros los cadáveres de los que morían a consecuencia de las heridas, del cambio de temperatura y por otras causas parecidas, se originaban unos olores insoportables. Al propio tiempo sufrían hambre y sed (les dieron, efectivamente, a cada uno durante ocho meses un cótilo de agua y dos de pan). En resumen, no se vieron libres de ninguno de cuantos sufrimientos es verosímil que padecieran unos hombres arrojados a un lugar de esta clase. Durante unos setenta días vivieron en estas condiciones todos

juntos; más tarde, excluidos los atenienses y algunos sicilianos e italiotas que habían luchado de su parte, fueron todos vendidos. El total de hombres hechos prisioneros (aunque no resulta fácil calcularlo con exactitud) no fue inferior a siete mil. Se trató del episodio más importante durante esta guerra [griega], e incluso —al menos según a mí me parece— de cuantos acontecimientos griegos conocemos por tradición. Fue el más esplendoroso para los vencedores y el más desafortunado para los perdedores. En efecto, en todos los campos, totalmente derrotados, y sin sufrir ninguna derrota que fuera pequeña bajo ningún punto de vista, supuso la ruina total —según se suele decir— de sus fuerzas de tierra, de sus naves y de todo lo demás. Sólo unos pocos, de los muchos que eran, regresaron a la patria. Estos fueron los acontecimientos de la expedición a Sicilia.

Libro VIII: Capítulos 47-56, 63-70, 96-97

[*Contexto y contenido.* En el año 411 Atenas, debilitada por el fracaso de la expedición a Sicilia, entra en un período de convulsiones internas hasta el punto de que el régimen democrático es depuesto por un golpe tramado por el sector oligárquico. La flota, estacionada en la isla de Samos, favorece la restauración de la democracia y está dispuesta a navegar hacia Atenas para desplazar a los oligarcas, pero es frenada por Alcibíades, quien está nuevamente en el bando ateniense luego de haber militado en el bando espartano. Tucídides aprueba la idea de Alcibíades de no abandonar Samos, pues la presencia de la flota frente a las costas del imperio persa era decisiva para la mantención de lo poco que quedaba del poder ateniense. En efecto, en este período entra en escena Tisafernes, un hábil sátrapa persa, que practica una política de intrigas y promesas no cumplidas cuya meta es desgastar a espartanos y atenienses por igual. En el capítulo 97 se encuentra la toma de posición favorable por parte de Tucídides frente al régimen de oligarquía ampliada o democracia restringida que sucedió a la oligarquía estricta. Desgraciadamente no sabemos casi nada acerca de cómo funcionaba, pero sí sabemos que duró poco y que la democracia tradicional fue restaurada muy luego.]

47. Alcibíades daba estos consejos a Tisafernes y al rey, con quienes vivía, fuera porque creía que era lo que mejor podía aconsejarles, fuera porque preparaba su propio regreso a su patria, pues sabía que si no provocaba su ruina, tendría él algún día la posibilidad de convencerla para que le reclamara. A su juicio, la mejor manera de llegar a convencerla consistía en

hacerle ver que era amigo de Tisafernes. Y así ocurrió realmente. En efecto, los soldados atenienses que estaban en Samos se enteraron de que ejercía una gran influencia sobre él; además, por su parte, Alcibíades estableció contacto con los individuos más influyentes a fin de que en su nombre recordaran a los más nobles ciudadanos que su deseo era regresar bajo un régimen oligárquico, en vez de en este malvado régimen democrático que le había exiliado, para vivir entre sus conciudadanos tras haberles granjeado la amistad de Tisafernes. Por todo esto, y sobre todo por sus sentimientos personales, los trierarcas y los atenienses más influyentes de cuantos se hallaban en Samos estaban resueltos a derribar la democracia.

48. Este movimiento surgió primero entre el ejército, y desde aquí alcanzó luego la ciudad. Algunos, pasando desde Samos al continente, entraron en conversaciones con Alcibíades, y como éste les prometiera la amistad primero de Tisafernes y luego la del rey con la condición de que no estuviera vigente el régimen democrático (ya que así aumentaría la confianza del rey), los ciudadanos más influyentes —que eran precisamente los que mayores contribuciones soportaban— concibieron grandes esperanzas de reconquistar para sí mismos el poder, y de vencer a los enemigos. Una vez de regreso a Samos se pusieron a preparar con sus partidarios una conjura, y decían abiertamente a la masa del pueblo que el rey sería su amigo y que les proporcionaría dinero, una vez que estuviera de regreso Alcibíades y no mantuvieran el régimen democrático. Por su parte, la masa, aunque en un primer momento se mostró molesta por lo que se tramaba, se mantuvo tranquila ante las bellas expectativas del sueldo pagado por el rey; de otro lado, los promotores del movimiento oligárquico, tras haber puesto al corriente de todo a la masa, se dedicaron a estudiar entre sí, y con la mayor parte de los miembros de su facción, las propuestas de Alcibíades.

Todos las encontraron ventajosas y dignas de confianza, excepto Frínico, que aún seguía siendo estratega, a quien no agradaron en absoluto. Le parecía, por el contrario —como en realidad era— que a Alcibíades no le interesaba más la oligarquía que la democracia, sino que sólo atendía a ver la manera de cambiar el actual ordenamiento de la ciudad para poder regresar a ella reclamado por sus partidarios. Y que en cambio lo que ellos debían procurar sobre todo era que no surgieran luchas internas. Por otra parte, al rey no le convenía (ahora que los peloponesios habían conseguido ser sus iguales en el mar y disponían de ciudades de importancia en el territorio de su imperio) pasarse al bando de los atenienses —de quienes no se fiaba— y buscarse complicaciones, ya que le era posible hacerse amigo de los peloponesios, de quienes no había recibido hasta ahora daño alguno.

Finalmente, en cuanto a las ciudades aliadas (a las que, en efecto, había prometido un régimen oligárquico, ya que ellos mismos no iban a gobernarse democráticamente) dijo que sabía muy bien que ni se pasarían al bando ateniense aquellas que habían hecho defección, ni afianzarían los lazos de alianza las que quedaban. Tales ciudades, en efecto, rehusarían ser esclavas tanto con un régimen oligárquico como con uno democrático, por preferir la libertad con cualquiera de uno de ellos. Y en cuanto a los que venían en llamarse hombres nobles y de bien, pensaban estas ciudades que no les procurarían menos problemas que el partido del pueblo, desde el momento en que estos tales eran los impulsores e inductores de proyectos malos para el pueblo, y de los que ellos obtenían muy buenos provechos. En efecto, bajo el régimen de éstos, sería el reino de la violencia y de las muertes arbitrarias; mientras que un régimen democrático ofrecía garantías a los ciudadanos y suponía un freno para los oligarcas.

Las ciudades conocían todo esto por experiencia directa, y Frínico sabía con certeza que era así como pensaban. Así que, al menos a él, no le agradaban ni las propuestas de Alcibíades ni nada de lo que en el momento presente se estaba haciendo.

49. Sin embargo, los conjurados que se habían reunido aceptaron, de acuerdo con lo que al principio les había parecido bien, lo que ahora se les proponía, y se dispusieron a enviar a Atenas como embajadores a Pisandro y a otros más, para que negociaran el regreso de Alcibíades y la abolición de la democracia en la ciudad, así como para hacer a Tisafernes amigo de los atenienses.

50. Por su parte Frínico, que sabía que se iba a tratar el asunto del regreso de Alcibíades y que los atenienses lo iban a aprobar, sintió miedo por haberse manifestado en contra, ya que si efectivamente aquél regresaba, buscaría causarle daño a causa de su oposición. Así que recurrió a lo siguiente: envió a Astíoco, el navarco de los lacedemonios, que en aquel momento aún se encontraba en la zona de Mileto, un mensaje secreto en el que le participaba que Alcibíades comprometía la situación de los lacedemonios procurando hacer a Tisafernes amigo de los atenienses; y le describía todos los detalles con claridad. Pensaba que sabrían disculparle el que persiguiera así —incluso en detrimento de la ciudad— a su adversario.

Pero Astíoco, sin pensar ni un solo momento castigar a Alcibíades (además de que éste ya no se ponía al alcance de sus manos al igual que antes), acudió a Magnesia para entrevistarse con él y al mismo tiempo con Tisafernes, y les reveló no sólo la carta que había recibido de Samos, sino que actuó de delator. No obstante, se dice que por intereses personales se declaró partidario de Tisafernes en este asunto y en algunos otros. Y fue

éste el motivo por el que se opuso con muy poca firmeza al asunto de la reducción del sueldo. A su vez, Alcibíades envió a toda prisa a quienes ejercían el poder en Samos una carta contra Frínico en la que explicaba todo lo que éste había hecho, reclamando en ella se le condenara a muerte. Entonces Frínico, asustado al máximo ahora a causa del extremo peligro al que le exponía esta denuncia, envió una nueva misiva a Astíoco reprochándole el hecho de que no hubiera mantenido bien en secreto lo de antes, y al mismo tiempo ofrecía a los peloponesios la posibilidad de aniquilar por completo a las fuerzas atenienses que se encontraban en Samos. Con todo detalle le narraba la manera de realizar la empresa, dado que Samos carecía de fortificaciones. Y añadía que, ahora que su vida estaba amenazada por causa de cuanto había hecho en pro de ellos, no se le podía reprochar que hiciera esto y cualquier otra cosa antes que caer bajo los golpes de sus peores enemigos. Por su parte Astíoco también denunció todo esto a Alcibíades.

51. Pero Frínico, que presentía el comportamiento desleal de aquél, así como la inminente llegada de una carta de parte de Alcibíades a este propósito, tomó la iniciativa y anunció al ejército que los enemigos se disponían, en vista de que Samos carecía de murallas y de que las naves no estaban ancladas en el puerto, a atacar su campamento; que él estaba perfectamente informado de esto, y que por tanto era necesario fortificar cuanto antes Samos y mantenerse en alerta general. Dado que era estratega, tenía autoridad para tomar estas medidas. Así pues, comenzaron los trabajos de fortificación, de modo que Samos —que en cualquier caso iba a ser amurallada— lo fue mucho antes. Poco después llegó la carta de Alcibíades, en la que se acusaba a Frínico de haber traicionado al ejército y que los enemigos estaban listos para atacar. Pero como Alcibíades daba la impresión de no ser digno de crédito, sino que al conocer de antemano los planes del enemigo le achacaba a Frínico ser cómplice de ellos, movido por odio personal contra él, no logró ocasionarle daño alguno, sino que por el contrario sirvió para confirmar más bien el aviso de éste, en cuanto que Alcibíades dijo exactamente lo mismo.

52. Después de esto, Alcibíades continuó actuando cerca de Tisafernes, tratando de convencerle para que se hiciera amigo de los atenienses; éste, aunque seguía temiendo a los peloponesios porque disponían allí de mayor número de naves que los atenienses, aún se encontraba proclive a dejarse convencer, en caso de que la cosa aún fuera posible, sobre todo después de haber constatado la hostilidad que los peloponesios habían manifestado en Cnido a propósito del tratado concertado por Terímenes (el asunto se remontaba al tiempo en que aquéllos se encontraban en Rodas).

En aquellas circunstancias, Licas confirmó las palabras que Alcibíades había pronunciado anteriormente a propósito de que los lacedemonios pretendían liberar a todas las ciudades, pues afirmó que era inadmisibles un acuerdo en el que estuviera estipulado que el rey podía ejercer su autoridad sobre las ciudades sobre las que en otro tiempo él o sus antepasados habían imperado. En conclusión, Alcibíades, como hombre que apostaba fuerte, adulaba y presionaba a Tisafernes con gran empeño.

53. Entretanto Pisandro y los demás embajadores atenienses que habían partido de Samos llegaron a Atenas y hablaron delante del pueblo, exponiendo un resumen de los principales argumentos: especialmente el de que podían, invitando a Alcibíades a regresar y no gobernándose por un régimen democrático como el de ahora, tener como aliado al rey y derrotar a los peloponesios.

Pero fueron muchos los que se pronunciaron en contra de la modificación del sistema democrático, y los enemigos de Alcibíades protestaban a voz en grito que sería un gran escándalo que éste pudiera regresar después de haber violado las leyes, e incluso los Eumólpidas y Céricas apelaron a los Misterios —que había sido la causa por la que se le había desterrado— y se opusieron en nombre de los dioses a que lo repatriaran. Entonces Pisandro se acercó a la tribuna para hacer frente a tan gran oposición y descontento y empezó a citar y a preguntar uno por uno a los opositores si había alguna esperanza de salvación para la ciudad, ahora que los peloponesios tenían en el mar un número de naves prestas al ataque no menor que las suyas, contaban con mayor número de ciudades aliadas y con que el propio rey y Tisafernes les estaban proporcionando dinero, mientras que ellos carecían de él a menos que alguien consiguiera persuadir al rey a que se pasara al bando de Atenas. Y una vez que, al hacerles esta pregunta, contestaran negativamente, les dijo ya abiertamente:

“Pues bien, no nos será posible obtener tal alianza si no nos gobernamos con mayor moderación y no confiamos los cargos a un número más reducido de ciudadanos, con vistas a que el rey confíe en nosotros. Y no debemos deliberar ahora más sobre la forma de gobierno (ya que podremos, con el paso del tiempo, modificar lo que menos nos guste de ella) cuanto sobre nuestra salvación, y sobre que tenemos que repatriar a Alcibíades, que es el único que en la actualidad puede llevar a la práctica este proyecto”.

54. Al oírle el pueblo, al principio mostró cierta repugnancia ante la idea de la oligarquía, pero al demostrarles claramente Pisandro que no había otro medio de salvación sintió miedo, y cedió, dado además que se esperaba poder modificar más adelante la situación. Y aprobaron que Pisandro y

otras diez personas más acudieran a tratar con Tisafernes y con Alcibíades de la manera que más conveniente les pareciera. Al mismo tiempo, como Pisandro había hecho algunas acusaciones contra Frínico, el pueblo le destituyó de su puesto de mando, así como también a su colega Escirónides, y en su lugar enviaron como jefes de la flota a Diomedonte y León. Pisandro, en efecto, había acusado a Frínico de haber entregado a traición Yasos y Amorgos y por ello estimaba que no era la persona más indicada para negociar con Alcibíades. Así pues, Pisandro entró en contacto con todas las sociedades secretas (que existían ya desde antes en la ciudad para intervenir en los procesos y en las elecciones de magistrados) y las exhortó a que se unieran y se pusieran de acuerdo para derribar el régimen democrático. Y después de haber tomado todas las medidas ante la situación del momento, con vistas a que no se perdiera más tiempo, emprendió junto a los diez ciudadanos su periplo en busca de Tisafernes.

55. En el transcurso de este mismo invierno, una vez que León y Diomedonte se habían reunido ya con la flota ateniense, lanzaron un ataque contra Rodas. Y al encontrarse con que las naves de los peloponesios estaban varadas, efectuaron un desembarco y derrotaron en batalla a los rodios que acudieron a defenderse. Se retiraron luego a Calca y a partir de ese momento continuaron haciendo la guerra desde ella más que desde Cos, ya que así les resultaba más fácil la vigilancia, en el caso de que la flota de los peloponesios se hiciera a la mar en cualquier dirección.

A su vez, también apareció en Rodas el lacedemonio Jenofóntidas, enviado desde Quíos por Pedarito, diciendo que ya estaba concluida la fortificación de los atenienses, y que si no acudían con todas las naves a prestar socorro, sus intereses en Quíos se perderían. Los peloponesios, entonces, pensaron acudir allí. En el ínterin el propio Pedarito y el contingente de tropas auxiliares con que contaba, a más de las fuerzas de Quíos, lanzaron un ataque conjunto contra la fortificación que protegía a las naves atenienses, tomaron una parte de ella y se apoderaron de algunas naves que estaban en tierra. Pero los atenienses lanzaron un contraataque y pusieron en fuga primero a los quiotas; el resto del ejército que acompañaba a Pedarito fue derrotado, resultando muerto el propio Pedarito y muchos quiotas; también cogieron muchas armas.

56. Después de esto, los quiotas se vieron sometidos a un bloqueo tanto terrestre como marítimo más severo aún que antes, y el hambre en la ciudad era grande. Entre tanto, los embajadores atenienses que acompañaban a Pisandro se presentaron ante Tisafernes y entablaron conversaciones acerca del posible acuerdo. Y Alcibíades (que, en efecto, no se encontraba completamente seguro de las intenciones de Tisafernes, ya que éste conti-

nuaba temiendo a los peloponesios, y aún quería —de acuerdo con lo que Alcibíades le aconsejaba— desgastar a ambos contendientes) recurrió a la siguiente estratagema: hacer que las exigencias de Tisafernes fueran tan exorbitadas que no resultara posible llegar a un acuerdo con los atenienses.

A mí me parece que también Tisafernes buscaba esto mismo, aunque su razón era por miedo; en cambio Alcibíades, al haberse percatado de que aquél tampoco estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, no quería dar a los atenienses la impresión de no ser capaz de persuadirlo, sino que eran los propios atenienses quienes no ofrecían concesiones suficientes a un Tisafernes que estaba persuadido y deseoso de llegar a un acuerdo. En efecto, Alcibíades, hablando en presencia y en nombre de Tisafernes, exageró hasta tal extremo las pretensiones de éste que, a pesar de que los atenienses accedían con mucho a todo lo que se les pedía, tuvo lugar la ruptura por parte de los atenienses. Pedía en efecto que le cedieran toda Jonia, así como las islas vecinas y muchas otras zonas; mas como tampoco los atenienses se opusieron a esto, Alcibíades, temeroso de que quedara en evidencia su impotencia, pidió en el curso de la tercera entrevista que el rey tuviera el derecho de construir naves y de navegar a lo largo de la costa de su territorio en dirección y con el número de naves que quisiera. En ese momento los atenienses entendieron que el acuerdo era inviable y que habían sido engañados por Alcibíades, por lo que se retiraron malhumorados y se dirigieron a Samos.

63. [...] Por estas fechas, e incluso antes, la democracia estaba abolida en Atenas. En efecto, después que los embajadores que acompañaban a Pisandro regresaron a Samos tras su misión ante Tisafernes, reforzaron aún más el estado de cosas en el ejército e invitaron a los más influyentes samios a que intentaran establecer al igual que ellos un régimen oligárquico, a pesar de que algunos habitantes se habían soliviantado contra otros para evitar un gobierno oligárquico.

Por aquel mismo tiempo los atenienses que estaban en Samos, celebrando todo tipo de conciliábulos entre sí, decidieron prescindir de los servicios de Alcibíades, a la vista de que no quería unírseles (además de que un hombre como él no tenía cabida en un régimen oligárquico), y ver ellos por sí mismos (ya que se encontraban seriamente comprometidos) la manera de que la empresa pudiera proseguir adelante, decididos a continuar al mismo tiempo la guerra aportando generosamente de su propio peculio dinero y cualquier otra cosa necesaria, en la idea de que afrontaban sacrificios no por otros, sino por sí mismos.

64. Así pues, tras haberse animado los unos y los otros, enviaron entonces de inmediato a Pisandro y la mitad de los miembros de su embajada a Atenas para que se ocuparan de los asuntos de allí, y se les dieron

órdenes además de que establecieran el régimen oligárquico en las ciudades vasallas que fueran encontrando de camino; a la otra mitad de los miembros de la embajada los despacharon en todas direcciones a las demás ciudades vasallas; finalmente, a Diítrefes, que se encontraba en la zona de Quíos y había sido designado para ejercer el mando en la zona de Tracia, lo mandaron a su territorio. Este, tan pronto llegó a Taso, abolió la democracia, aunque cuando salió de allí, los tasios, en menos de dos meses, fortificaron la ciudad, en cuanto pensaban que no tenían ninguna necesidad de un régimen aristocrático vinculado a Atenas, y esperaban día tras día ser liberados por los lacedemonios.

En efecto, fuera de la ciudad había, en las proximidades de los peloponesios, un grupo de tasios que habían sido desterrados por los atenienses. Este grupo, en unión de los amigos que tenían en la ciudad, se esforzaban por todos los medios en conseguir que se les enviara una flota para provocar la defección de Taso. Y ocurrió exactamente lo que querían; la ciudad recobró su soberanía sin correr ningún peligro y el partido democrático (que se habría opuesto a ellos) quedó disuelto.

Por tanto los acontecimientos tuvieron en Taso un desarrollo contrario a las expectativas de los atenienses que intentaban implantar la oligarquía, y creo que igual ocurrió también en muchas otras ciudades. En efecto, una vez que éstas alcanzaron mayor grado de moderación y menos miedo a las represalias, buscaron la independencia completa, sin tener en cuenta la falaz promesa de buen gobierno ateniense.

65. Por su parte, Pisandro y los que con él iban costeando derrocaban las democracias en las diversas ciudades, de acuerdo con lo convenido; de algunas de ellas reclutaron un contingente de hoplitas con los que llegaron a Atenas como fuerzas de apoyo propio. Allí se encontraron con que sus camaradas de partido ya habían llevado a cabo la mayor parte de la tarea. En efecto, algunos jóvenes puestos de acuerdo secretamente asesinaron a un tal Androcles, que era el principal jefe del partido popular y había contribuido de forma decisiva al destierro de Alcibíades. Su muerte tuvo principalmente dos motivaciones: por su papel de demagogo y porque querían agradar a Alcibíades, en cuanto pensaban que éste iba a regresar y procurarles la amistad de Tisafernes. También dieron muerte de manera similar, a escondidas, a algunos otros ciudadanos incómodos. De antemano habían elaborado y hecho público un programa según el cual no se debía retribuir ningún servicio a nadie fuera de a los soldados en campaña, ni debían participar en los asuntos de la ciudad más de cinco mil ciudadanos, precisamente aquellos que estuvieran en condiciones de servir al Estado con sus bienes o su persona.

66. Esto, sin embargo, no era sino un pretexto ante la masa del pueblo, ya que iban a hacerse cargo de la ciudad precisamente las mismas

personas que promovieron la revolución. No obstante, la Asamblea del pueblo se seguía reuniendo, al igual que el Consejo designado por sorteo. Obviamente no aprobaron ninguna decisión que no estuviera de acuerdo con los conjurados, ya que los oradores eran de su grupo y hablaban sobre cuestiones previamente acordadas. Ningún otro ciudadano les contradecía por el miedo que les daba ver que los conjurados eran muchos. Y si alguien se oponía, al punto moría mediante algún cómodo expediente, sin que se buscara a los culpables ni se persiguiera judicialmente a los sospechosos, sino que el pueblo permanecía sin reaccionar y experimentaban tal terror que se consideraba afortunado si (aun permaneciendo en silencio) se veía libre de violencias.

Pensaban que los conjurados eran más que los que en realidad eran, y por ello se sentían desanimados, y se veían incapaces de descubrir esto dada la enorme magnitud de la ciudad y el grado de desconocimiento recíproco entre los ciudadanos. Por este mismo motivo resultaba imposible manifestar su dolor a otra persona cuando uno estaba enojado, para así vengarse de quien le había ofendido. Efectivamente, habría encontrado que a quien le iba a informar era o un desconocido o un conocido en quien no podía confiar. Los miembros del partido popular se trataban en medio de continuos celos, como si el interlocutor fuera un miembro activo de cuanto sucedía. En efecto, había personas de quienes nunca se habría pensado que se hubieran puesto del bando de los oligarcas; fueron estos tales precisamente los que generaron mayor desconfianza entre la masa y quienes contribuyeron en mayor medida al éxito de los oligarcas, ya que reafirmaron en el pueblo su estado de desconfianza recíproca.

67. Fue precisamente en tal estado de cosas cuando llegó Pisandro con los suyos, y se aplicaron a lo que quedaba por hacer. Reunieron en primer lugar la Asamblea y propusieron se eligieran diez ciudadanos con plenos poderes para redactar proyectos legales. En un día previamente fijado presentarían al pueblo las propuestas por ellos redactadas, a fin de asegurar a la ciudad la mejor forma de gobierno futuro. Más adelante, llegado el día fijado, convocaron a la Asamblea en Colono (se trata de un santuario de Posidón, situado fuera de la ciudad, a unos diez estadios) y los redactores de las propuestas se limitaron a manifestar lo siguiente: que cualquier ateniense pudiera presentar impunemente la propuesta que quisiera; y si alguien acusaba de ilegalidad al autor de la propuesta o le molestaba de cualquier otra manera, que le impusieran a ese tal graves sanciones.

Propusieron entonces abiertamente ya poner término al mandato de los cargos públicos del anterior ordenamiento, suprimir sus retribuciones y

elegir cinco proedros que a su vez eligieran a cien ciudadanos, y cada uno de éstos a tres que se añadirían a ellos. Estos cuatrocientos ciudadanos acudirían al edificio del Consejo y estarían investidos de plenos poderes para gobernar como mejor les pareciera. En cuanto a los Cinco Mil, los convocarían cuando lo creyeran oportuno.

68. El autor de esta propuesta fue Pisandro, quien desde cualquier punto de vista fue quien con más empeño y más abiertamente contribuyó a derrocar tal democracia. Sin embargo, el que había planeado todo el asunto de manera que alcanzara este resultado, y quien desde hacía más tiempo se había dedicado a él, fue Antifonte, un hombre que entre los atenienses de su época no fue inferior a ninguno en valía y que sobresalía por su capacidad de concebir planes y exponer sus ideas. No acudía a hablar ante la Asamblea del pueblo, ni participaba voluntariamente en ningún debate, pues el pueblo sospechaba de él por su reputación de hombre hábil; ahora bien, era el hombre más útil a la hora de dar consejo y prestar ayuda a quienes debían hacer frente a algún debate ante un tribunal o la Asamblea. Más tarde, después que cayó el régimen de los Cuatrocientos y sus miembros fueron sometidos a juicio y tratados sin piedad por el pueblo, fue él sin duda el hombre que, acusado de haber contribuido a la instauración del régimen oligárquico, mejor se defendió de una acusación capital de entre todos los de mi tiempo.

También Frínico se distinguió entre todos por su gran entusiasmo en favor de la oligarquía, ya que temía a Alcibíades y sabía que éste estaba al corriente de todas sus intrigas con Astíoco cuando estaba en Samos; estimaba muy verosímil que Alcibíades no pudiera regresar nunca a Atenas bajo un sistema oligárquico. Una vez que se incorporó a la conjura demostró ser un hombre con quien se podía contar al máximo en una situación de peligro.

Terámenes, hijo de Hagnón, también fue uno de los principales copartícipes en derribar la democracia. Se trataba de un hombre de no escasas capacidades, tanto en el hablar como por su acertado juicio. De este modo, era natural que esta empresa, llevada a cabo por muchos e inteligentes ciudadanos, alcanzara éxito, aun tratándose de un asunto de gran envergadura. En efecto, no era fácil arrebatar la libertad al pueblo ateniense cien años después de la caída de los tiranos; un pueblo que no sólo no había conocido la sumisión, sino que durante más de la mitad de este período se había habituado a mandar sobre otros.

69. Una vez que la Asamblea se disolvió tras haber ratificado estas propuestas sin que nadie se opusiera, a continuación los Cuatrocientos fueron instalados en la sala del Consejo de la siguiente manera: todos los atenienses estaban siempre en sus puestos de vigilancia, unos en los muros

y otros en los retenes, a causa de la ocupación de Decelia por parte de los enemigos. Aquel día, pues, dejaron que marcharan a ocupar sus puestos, como de costumbre, a los que no participaban en la conjuración, mientras que a los conjurados se les dieron instrucciones de que aguardaran, no en sus puestos de guardia, sino lejos de ellos, y que en el caso de que alguien ofreciera resistencia a la empresa tomaran las armas para impedirselo. Había también ciudadanos de Andros y de Tenos, trescientos caristios, así como colonos de Egina, a quienes los atenienses habían enviado para poblar la isla, los cuales habían acudido con sus armas precisamente para este fin y habían recibido idénticas instrucciones. Una vez quedaron éstos así emplazados, llegaron los Cuatrocientos, cada uno de los cuales llevaba un puñal oculto, acompañados de los ciento veinte jóvenes que utilizaban cuando necesitaban pasar a la acción. Penetraron en la sala del Consejo e invitaron a los consejeros elegidos por sorteo, que se hallaban allí reunidos, que cogieran su sueldo y se marcharan. Habían traído consigo la suma correspondiente al período de mandato que aún les quedaba, y según iban saliendo los consejeros se la iban entregando.

70. Dado que el Consejo desalojó su sede de esta manera sin ofrecer resistencia alguna, y los demás ciudadanos se mantuvieron tranquilos sin tomar ninguna iniciativa, los Cuatrocientos entraron en la sala del Consejo y por el momento se limitaron a sortear entre sí a los prítanos, y en cuanto a los dioses les hicieron las plegarias y sacrificios de costumbre al acceder al cargo. Más adelante, sin embargo, modificaron profundamente las instituciones democráticas, aunque sin repatriar a los exiliados, por causa de Alcibíades; y en todo lo demás gobernaban la ciudad con métodos violentos. Dieron muerte a algunos ciudadanos, no muchos, a quienes consideraron oportuno eliminar, encarcelaron a otros y aun a otros los desterraron. Enviaron además heraldos a Agis, el rey de los lacedemonios, que se hallaba en Decelia, diciéndole que querían dialogar, y que lo natural era que se pusiera de acuerdo con ellos, en vez de con el partido del pueblo, que era indigno de confianza.

96. Cuando llegó a Atenas la noticia de lo que había ocurrido en Eubea, se produjo una conmoción mayor que ninguna otra de las anteriores. En efecto, ni la derrota sufrida en Sicilia (que en su tiempo pareció muy grave) ni ningún otro acontecimiento les atemorizó nunca hasta este extremo de ahora. Efectivamente, en unos momentos en los que las tropas de Samos estaban sublevadas, cuando no se disponía en Atenas de otras naves, y mucho menos de hombres con que equiparlas, cuando ellos mismos se hallaban involucrados en luchas intestinas, sin saber en qué momento estallaría el conflicto entre los ciudadanos, y cuando les había sobrevenido

además una catástrofe tan grande, en la que habían perdido no sólo la flota, sino sobre todo Eubea, de la que obtenía mayores beneficios que del Ática, ¿cómo no iban a abandonarse a la más completa desesperación?

Pero lo que de manera particular y más de cerca les angustiaba era que los enemigos, ahora vencedores, se atrevieran a lanzarse directamente sobre ellos, yendo sobre el Pireo, que ahora carecía de naves. Y pensaban que esto estaba a punto de ocurrir.

En realidad, eso es lo que hubieran fácilmente llevado a cabo, de haber sido los peloponesios más audaces. De este modo o habrían provocado una división aún más profunda en la ciudad (de haber fondeado allí bloqueándola) o si se hubieran quedado para efectuar un asedio habrían obligado a que la flota de Jonia acudiera en ayuda de sus familiares y de toda la ciudad, a pesar de su enemistad con la causa oligárquica. Y con ello habrían controlado el Helesponto, Jonia, las islas y toda la región hasta Eubea, lo que equivale a decir todo el imperio ateniense.

No fue ésta, sin embargo, la única ocasión en la que los lacedemonios se evidenciaron como los mejores enemigos para enfrentarse a los atenienses, sino que hubo otras muchas ocasiones. En efecto, dada las profundas diferencias de carácter (los unos muy vivos, los otros muy lentos, los unos decididos, los otros irresolutos), los lacedemonios concedieron enormes ventajas a los atenienses, dado sobre todo el carácter marítimo del conflicto. Y fueron los siracusanos quienes mejor pusieron esto de mani-fiesto, ya que al tener un carácter especialmente similar al de los atenienses, fueron los que mejor les plantaron batalla.

97. Ante estas noticias, y a pesar de todo, los atenienses comenzaron a equipar veinte naves y convocaron la Asamblea. Celebraron una primera reunión en la llamada Pnix, que es donde en el pasado solían celebrarlas. En ella decidieron deponer a los Cuatrocientos y decretaron confiar los poderes a los Cinco Mil (sus componentes serían todos los que pudieran procurarse el armamento de hoplita) y que nadie percibiera un sueldo por ninguna magistratura. En caso contrario, considerar maldito a quien fuera. A continuación celebraron otras asambleas multitudinarias, en las que eligieron nomotetas y se votaron otras cuestiones relativas al gobierno del Estado.

Fue ahora la primera vez, al menos por cuanto se refiere a mi época, que los atenienses se gobernaron bastante bien. Se logró, en efecto, una moderada combinación de oligarquía y democracia, y ello contribuyó a que la ciudad se recobrara de la mala situación en que estaba. Aprobaron en votación el regreso de Alcibíades y de los que con él se habían exiliado. Y tanto a él como al ejército de Samos les enviaron unos mensajes invitándolos a que participaran en los asuntos de la ciudad. □